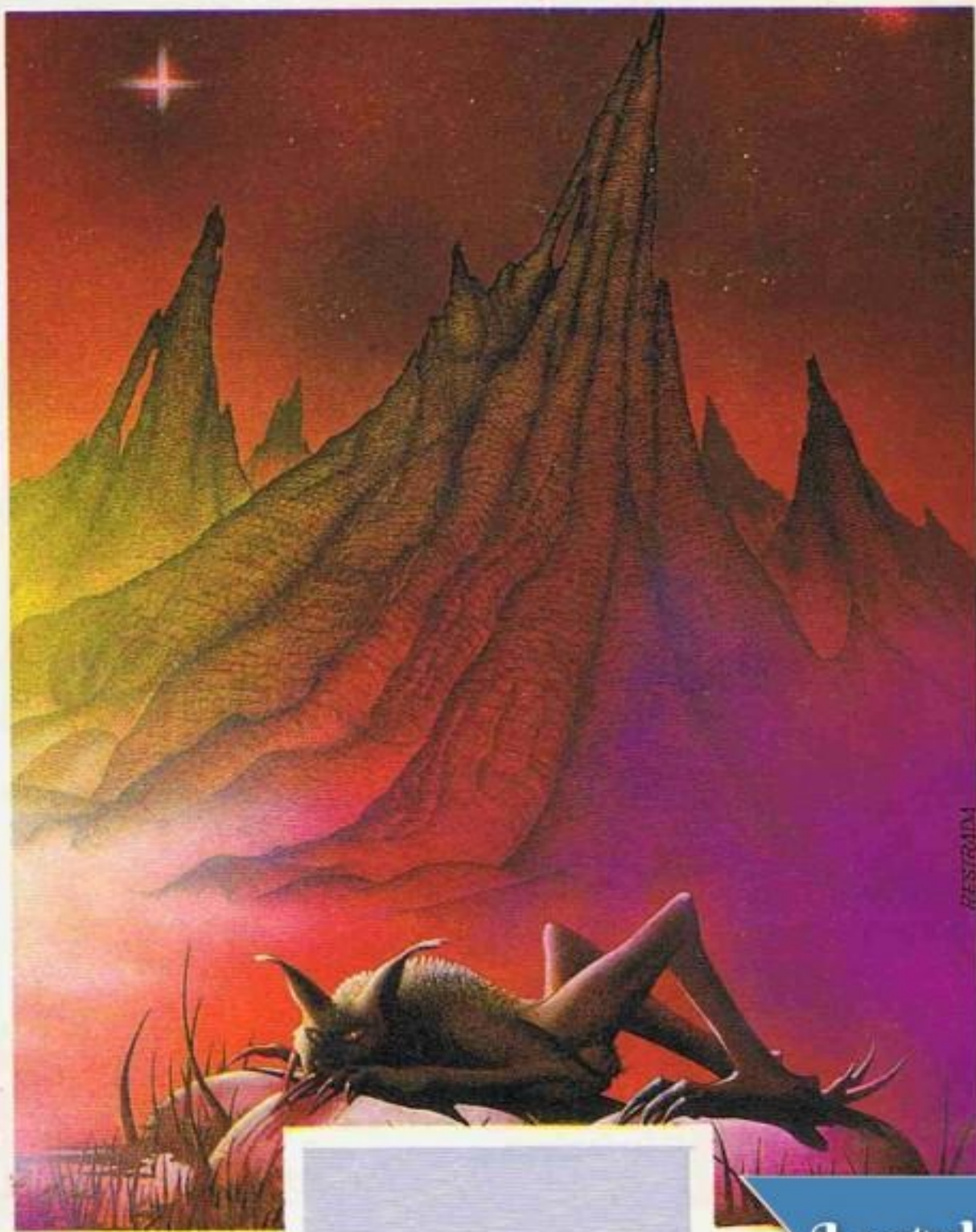


Fredric Brown

**PESADILLAS Y
GEEZENSTACKS**



Lectulandia

Una colección de relatos cortos que giran alrededor de los seres más estrambóticos y las pesadillas más desquiciantes que se hayan producido en nuestro espacio, nuestro tiempo y nuestra galaxia (olvídese de las otras).

Lectulandia

Fredric Brown

Pesadillas y Geezenstacks

ePub r1.0

viejo_oso 13.10.13

Título original: *Nightmares and Geezenstacks*

Fredric Brown, 1961

Traducción: Cecilia Pérez

Ilustración portada: Rafael Estrada

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Desagradable

Walter Beauregard fue un libertino entusiasta por espacio de casi cincuenta años. Pero ahora, a los sesenta y cinco, estaba en peligro de perder sus atributos como miembro de la unión de libertinos. ¿En peligro de perder? Seamos honestos; los había perdido. Durante los últimos tres años visitó doctor tras doctor, charlatán tras charlatán, probó brebaje tras brebaje... con resultados totalmente negativos.

Finalmente recordó sus libros de magia y nigromancia. Eran libros que se complacía en coleccionar y leer como parte de su extensa biblioteca, pero nunca los había tomado demasiado en serio; hasta ahora. No tenía nada que perder.

En un mohoso volumen encontró lo que buscaba. Tal y como rezaban las instrucciones, dibujó el pentagrama, copió los signos cabalísticos, encendió las velas y en voz alta leyó, con cuidado, el encantamiento.

Hubo un destello de luz y una columna de humo. E inesperadamente apareció el demonio. No describiré al demonio, aunque • podría asegurar que no les habría gustado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Beauregard. Trató de mantener la voz firme, pero era evidente que le temblaba un poco.

El demonio lanzó un sonido chirriante con sobretonos de contrabajo que fuera tocado con un serrucho sin filo. Dijo entonces:

—No podrías pronunciarlo. En tu parco lenguaje puede traducirse por Desagradable. Llámame así: Desagradable. Imagino que deseas lo habitual.

—¿Qué es lo habitual? —quiso saber Beauregard.

—Un deseo, por supuesto. Muy bien, se te concederá. Pero no tres: eso de los tres deseos es pura superstición. Sólo uno. Sin embargo, no te gustará.

—Sólo uno deseo. Y no puedo imaginar que no me complazca.

—Ya lo verás. Sé cuál es tu deseo. Y esta es la respuesta. —Obsceno, extendió la mano y en ella apareció un bañador de color plateado. Se lo entregó a Beauregard, ordenándole—: Úsalo.

—¿Qué es esto?

—Esto es lo que parece. Un bañador. Pero es especial, confeccionado con un material del futuro que aparecerá unos milenios más adelante. Es indestructible; nunca se rompe ni se gasta. Buena clase, aunque el encantamiento sea bastante antiguo. Póntelo y lo comprobarás.

El demonio se desvaneció.

Walter Beauregard se desnudó y se probó los hermosos calzones de baño. De inmediato se sintió maravillosamente bien. La virilidad se extendió por todo su cuerpo. Se sentía como un jovencito emprendiendo su carrera de libertino.

Rápidamente se puso una bata y unas sandalias. (¿He mencionado que era un

hombre rico? ¿Y que su casa era un *pent-house* en lo alto del hotel más elegante de Atlantic City? Pues así era). Bajó en su ascensor privado y salió a la lujosa piscina del hotel, que, como de costumbre estaba rodeada de bellezas en *bikini*, luciendo sus encantos con el pretexto de broncearse al sol, mientras esperaban proposiciones de hombres ricos como Beauregard.

Se tomó tiempo para hacer su elección, pero no demasiado.

Dos horas más tarde, vestido aún con los calzones mágicos, se sentó en el borde de la cama y miró suspirando a la hermosa rubia que yacía a su lado en el lecho, sin el *bikini* y profundamente dormida.

Desagradable tenía razón. Y su nombre estaba perfectamente justificado. El bañador milagroso, indestructible e irrompible, operaba a la perfección. Pero si se lo quitaba, o cuando simplemente empezaba a bajárselo...

Abominable

Con un ademán, Sir Chauncey Atherton se despidió de los guías sherpas que acamparían en aquel lugar y lo dejarían continuar solo. Era el país del *abominable hombre de las nieves*, a unos cuantos centenares de millas al norte del Monte Everest, en el Himalaya. Ocasionalmente estos seres podían ser vistos en el Everest o en otras montañas tibetanas o nepalíes, pero también en el Monte Oblimov, al pie del cual los sherpas, que no se atrevían a escalarlo, aguardarían su retorno, si es que regresaba. Se requería ser un valiente para rebasar ese punto, y Sir Chauncey lo era.

También era un buen conocedor de las mujeres, y por ello se encontraba allí: para intentar, solo, no únicamente el arriesgado ascenso, sino también un rescate aún más peligroso. Si Lola Gabraldi vivía todavía, estaría en manos de un abominable hombre de las nieves.

Sir Chauncey no conocía en persona a Lola Gabraldi. De hecho, apenas un mes antes había sabido de su existencia, cuando vio la película que llevó a millones de espectadores la imagen de la mujer más bella de la Tierra, la estrella de cine más arrebatadora que jamás produjera Italia. Con un solo filme sustituyó, en las mentes de los conocedores de los encantos femeninos, a Bardot, a Lollobrígida y a Ekberg, como símbolo de la perfección femenina, y Sir Chauncey era una de las máximas autoridades en la materia. Desde que la vio por primera vez en la pantalla, supo que tendría que conocerla o moriría en la empresa.

Pero, al poco, Lola Gabraldi desapareció. Después de su primera película, hizo un emocionante viaje por la India para gozar de unas vacaciones y se unió a un grupo de alpinistas que estaba a punto de iniciar el ascenso al Monte Oblimov. El grupo regresó sin Lola. Uno de sus componentes declaró que vio cómo, a una distancia demasiado grande para socorrerla, era secuestrada por un criatura peluda, de nueve pies de altura y aspecto más o menos humano: un abominable hombre de las nieves. El grupo la buscó durante varios días, antes de darse por vencido y regresar a la civilización. Todos estaban de acuerdo que no era posible, a esas alturas, encontrarla con vida.

Todos, a excepción de Sir Chauncey, quien inmediatamente voló a la India desde Inglaterra.

Ahora luchaba entre las nieves eternas. Además del equipo de escalada, llevaba un rifle de alto calibre con el cual, el año anterior, había matado tigres en Bengala. Si era bueno para los tigres, razonó, también sería efectivo con los hombres de las nieves.

La nieve se arremolinaba a su alrededor, cuando estaba a punto de sobrepasar la línea de las nubes. Repentinamente, a una docena de yardas de distancia, casi al límite máximo de su visión, pudo vislumbrar, entre la tormenta, una monstruosa

figura. Levantó el rifle y disparó. La figura se desplomó y continuó su caída por el borde de un abismo de miles de pies de profundidad.

En el momento del disparo, unos gruesos y velludos brazos aprisionaron a Sir Chauncey, por la espalda. Una mano lo levantó con facilidad, la otra le arrebató el rifle y lo dobló en forma de «L», tan fácilmente como si se tratara de un mondadientes, antes de arrojar lejos el arma inútil.

Una voz se dejó oír desde un punto situado un par de pies por encima de su cabeza.

—Quieto, no te haré daño.

Sir Chauncey era un valiente, pero sólo pudo articular un chillido, a pesar del tono tranquilizador de las palabras que escuchaba. Lo estrechaban tan fuertemente que no podía levantar la vista ni volver el rostro para ver a la criatura que lo mantenía prisionero.

—Te explicaré —arbitró la voz—. Nosotros, a quienes tú llamas *abominables hombres de las nieves*, somos humanos, pero hemos sufrido una mutación. Muchos siglos atrás fuimos una tribu como los sherpas. Por azar descubrimos una sustancia que, al cambiarnos físicamente, nos permitía adaptarnos en tamaño, pilosidad y otros cambios fisiológicos, al frío extremo y a la altura, para instalarnos en estas montañas, en un territorio donde otros no pueden sobrevivir, a excepción de los breves periodos que pasan en él las expediciones de alpinistas. ¿Entiendes?

—S-s-sí —alcanzó apenas a balbucear Sir Chauncey—. Empezaba a sentir un débil asomo de esperanza. Si el monstruo se tomaba la molestia de darle explicaciones, con seguridad no intentaría matarle.

—Te lo explicaré más ampliamente. Nuestro número es pequeño y tiende a disminuir. Por esa razón, ocasionalmente capturamos, como hemos hecho contigo, a algún explorador o alpinista. Le hacemos tomar la droga y, después de sufrir los cambios fisiológicos, se convierte en uno de nosotros. Es el modo de mantener nuestro número relativamente constante.

—P-p-pero —tartamudeó Sir Chauncey—, ¿es eso lo que le ocurrió a la mujer que busco, a Lola Gabraldi? ¿Es ella, ahora, un ser peludo de ocho pies de estatura y...?

—*Era*. La acabas de matar. Uno de nuestra tribu la tenía como compañera. No tomaremos represalias por haberla matado, pero deberás ocupar su lugar.

—¿Ocupar su lugar? —Pero... yo soy un *hombre*.

—Y le doy gracias a Dios por ello —musitó la voz, mientras Chauncey sentía sintió como era alzado en vilo y volteado para enfrentarse a un robusto cuerpo velludo, con el rostro a la altura justa de ser enterrado entre un par de gigantescos senos peludos—: Doy gracias a Dios por ello... porque yo soy una abominable *mujer* de las nieves.

Sir Chauncey se desmayó mientras su nueva compañera lo conducía, estrechándole amorosamente contra su pecho, como si fuera un muñeco de trapo.

Rebote

El poder le llegó repentinamente a Larry Snell, surgido de la nada e inesperadamente. Cómo y por qué lo obtuvo, nunca lo supo. Vino a él; eso es todo.

Podía haberle ocurrido a un tipo mejor. Snell era un bribón de poca monta, que obtenía la mayor parte de sus ingresos mediante la venta de lotería y el tráfico de mariguana a los adolescentes. Era gordo y fofo, con los ojos siempre entrecerrados, que le hacían parecer casi tan perverso como era en realidad. Su única virtud redentora era la cobardía; ésta le mantuvo siempre al margen de la comisión de crímenes violentos.

Aquella noche estaba hablando con un corredor de apuestas, desde la cabina telefónica de una taberna, discutiendo acerca de una apuesta que había efectuado esa misma tarde. Finalmente, dándose por vencido, gruñó:

—¡Muérete! —y colgó el auricular con indignación. No volvió a pensar en ello hasta que más tarde supo que el corredor *había* caído muerto mientras hablaba por teléfono, justamente a la hora de su conversación.

Eso le dio a Larry Snell algo en qué pensar. No era un ignorante; sabía bien lo que era el mal de ojo. De hecho, ya lo había intentado antes pero sin resultado. ¿Había cambiado algo acaso? Valía la pena probar. Hizo una cuidadosa lista de veinte personas a quienes, por una u otra razón, odiaba. Las llamó por teléfono una por una, espaciando las llamadas en el curso de una semana, y a cada una le dijo que se muriera. Lo hicieron, todas.

No fue sino hasta el final de la semana cuando descubrió que no sólo tenía esta facultad, sino el Poder. En cierta ocasión, hablando con una dama, una artista de *strip-tease* perteneciente a un cabaret muy distinguido, que ganaba veinte veces más que él, le dijo burlonamente:

—Encanto, ven al camerino después de la última función, ¿eh?

Así lo hizo ella, lo cual fue una sorpresa, porque sólo estaba bromeando. La chica era objeto de las pretensiones de tipos con mucho dinero y de *playboys* bien parecidos, pero se rindió de inmediato ante aquella proposición casual, hecha en tono de broma por Larry Snell.

¿Tendría el Poder? Lo probó a la mañana siguiente, antes de que ella se marchara, le preguntó cuánto dinero tenía y se lo pidió. Ella le entregó todo lo que llevaba: algunos cientos de dólares.

Eso era todo lo que necesitaba para empezar un negocio en grande. A finales de la semana ya era rico; pedía prestado a todos los conocidos, incluyendo a amistades superficiales que ocupaban puestos sobresalientes en la jerarquía del bajo mundo y que, por lo tanto, eran bastante solventes, ordenándoles después que olvidaran el hecho. Se cambió de su hotelucho a un apartamento de soltero, y no es necesario

decir que nunca dormía solo, a no ser por propósitos de recuperación.

Era una hermosa vida; pero, una semana después, Snell recapacitó y pensó que estaba desperdiciando su Poder. ¿Por qué no lo usaba primero para apoderarse de la nación y después del mundo, convirtiéndose así en el más poderoso dictador de la Historia? ¿Por qué no se apoderaba de todo, incluyendo un harén en vez de sólo una dama cada noche? ¿Por qué no tener un ejército para respaldar el hecho de que su menor deseo fuera ley para todos? Si sus mandatos eran acatados por teléfono, también serían obedecidos por radio y televisión. Lo único que tenía que hacer era pagar (¿pagar?, ¡exigir!) una cadena mundial para que todos le escucharan en cualquier rincón de la Tierra. O en casi todos: quedaría al frente, respaldado por una mayoría, y sería fácil meter en vereda a los demás, posteriormente.

Eso sí sería un asunto serio, el más serio que hubiera ocurrido jamás, así que decidió tomarse algún tiempo para planearlo de tal modo que no existiera la posibilidad de cometer un error. Decidió pasar unos días a solas, lejos de la ciudad y de todos, para redondear sus planes.

Contrató un avión para que lo llevase a una parte relativamente despoblada de la sierra, y ocupó una posada mediante el simple procedimiento de decir a los demás huéspedes que se largaran. Empezó a dar largos paseos, pensando y soñando. Encontró un sitio que pronto se convirtió en su favorito: una pequeña colina en un valle rodeado de montañas, un magnífico escenario. Allí meditaba y dejaba crecer su euforia al analizar lo que podía hacer.

¿Dictador?, ¡cuernos! Se haría coronar emperador. Emperador del Mundo. ¿Por qué no? ¿Quién se enfrentaría a un hombre dotado de tal Poder? El Poder de hacer que cualquiera obedeciese las órdenes que él diera...

—¡Muéranse!... —gritó desde la cima de la colina, con maligna exuberancia, sin fijarse si había o no alguien al alcance de su voz...

Una pareja de chicos lo encontraron al día siguiente y corrieron al pueblo a notificar que un hombre muerto se hallaba en la cima de la Colina del Eco.

Pesadilla gris

Se despertó sintiéndose maravillosamente bien, bajo el cálido y brillante sol de primavera. Se había quedado dormido durante algo menos de media hora, según pudo deducir por el ángulo de las sombras que formaba el sol y que apenas habían cambiado.

El parque se veía hermoso con el verdor de la primavera, más suave que el del verano; el día resultaba magnífico y él era joven y estaba enamorado. Locamente enamorado, maravillosamente enamorado. Y feliz en su amor: la noche anterior, sábado, se había declarado a Susana y ella le aceptó, más o menos. No le dio un sí definitivo, pero le invitó para que esa tarde le conociese su familia, y le dijo que deseaba que ellos le quisieran y él a ellos. Si eso no significaba la aprobación, ¿entonces qué era? Se habían enamorado casi a primera vista, y por eso aún ni siquiera conocía a sus padres.

¡Oh, la dulce Susana, con los suaves cabellos castaños, la graciosa naricilla, las pecas marcadas y los grandes ojos de color café!

Era la mujer más maravillosa que uno pudiera desear.

Bueno, ya era tarde: Susana le había citado a esa hora. Se levantó del banco y, como sentía los músculos un poco entumecidos por la siesta, bostezó voluptuosamente. Se dirigió hacia la casa, que quedaba a unas manzanas de la suya.

Subió los escalones y llamó a la puerta. Esta se abrió y por un segundo se imaginó que la propia Susana salía a abrirle, pero no fue así. Probablemente se trataba de su hermana; Susana había mencionado que tenía una hermana un año menor que ella.

Se inclinó y se presentó, preguntando por Susana. Le pareció que la muchacha le miraba con extrañeza. Después le dijo:

—Pase, por favor. Ella no está en este momento, pero si gusta aguardar en la sala...

Esperó en la sala. Le extrañó que ella hubiera salido.

Entonces oyó la voz de la chica que le había recibido, hablando en el vestíbulo y, con explicable curiosidad, se levantó y fue a la puerta para escuchar. Parecía estar hablando por teléfono.

—Harry, por favor ven enseguida y trae contigo al doctor. Sí, es el abuelo... No, no es otro ataque al corazón. Es como la vez que le dio amnesia y pensó que la abuela aún vivía. No, no es demencia senil, Harry, es sólo amnesia, pero esta vez la cosa es peor. Cincuenta años menos... su memoria es la de cuando aún no se había casado con la abuela...

Repentinamente viejo, envejecido cincuenta años en cincuenta segundos, lloró en silencio, recostado en el marco de la puerta...

Pesadilla verde

Se despertó plenamente consciente de su decisión: la gran decisión que había tomado mientras reposaba la noche anterior, tratando de dormir. Tendría que mantenerla sin flaquear si quería sentirse nuevamente como un hombre, como un hombre completo. Tendría que ser firme al pedirle el divorcio a su esposa o todo se perdería y nunca volvería a reunir el valor necesario. Ahora veía claro que, ya desde el principio mismo de su matrimonio seis años atrás, resultaba inevitable que las cosas llegaran a este estado.

Estar casado con una mujer más fuerte que él, más fuerte en todos los sentidos, no sólo era intolerable sino que lo convertía, progresivamente, en un indefenso y débil ratón. Su mujer podía ganarle en todo, y lo hacía. Una atleta como era, podía derrotarlo con facilidad en tenis, en golf, en todo. Podía montar y patinar mejor que él; conducir un automóvil con más pericia. Experta en casi todo, le hacía parecer un torpe jugador de bridge, de ajedrez e incluso de póker, al cual jugaba como una consumada profesional. Y lo que era aún peor: gradualmente ella tomó las riendas de sus negocios y asuntos financieros y los llevó a una prosperidad económica que él jamás se hubiera atrevido a imaginar. No existía una sola faceta en la cual su ego, o lo poco que quedaba de él, no hubiera sido lastimado y golpeado durante los años de matrimonio.

Hasta ahora, hasta que Laura llegó. Dulce, delicada y pequeña, Laura estaba de visita en su casa y era todo lo contrario de su esposa: frágil y menuda, adorablemente indefensa y dulce. Estaba loco por ella y sabía que era su salvación. Casándose con Laura sería nuevamente un hombre. Estaba seguro que se casaría con él; tenía que hacerlo, era su única esperanza. Tenía que ganar, no importaba lo que su esposa dijera o hiciera.

Se bañó y se vistió rápidamente, temiendo la próxima escena con su esposa, pero ansioso de afrontarla con el poco valor que le quedaba. Bajó las escaleras y la encontró sola, desayunando en la mesa.

Ella levantó la vista, y comentó:

—Buenos días, querido. Laura ha terminado de desayunar y ha salido a dar un paseo. Le pedí que lo hiciera, para poder hablar contigo a solas.

Bien, pensó él sentándose en el lado opuesto. Su esposa notó lo que le ocurría y trató de facilitar las cosas trayendo el asunto a colación.

—William, quiero divorciarme. Sé que esto será un golpe para ti, pero... Laura y yo nos amamos y vamos a marcharnos juntas, lejos de aquí.

Pesadilla blanca

Se despertó de pronto, preguntándose por qué dormía si no quería hacerlo. Echó una rápida ojeada a la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Los números, que brillaban en una oscuridad casi absoluta, le indicaron que pasaban unos minutos de las once. Había descansado; fue suficiente una breve cabezada. Se había quedado dormido en el sofá, menos de media hora antes. Si su esposa realmente quería estar con él, habría de ser más tarde. Tendría que esperar hasta estar segura de que la condenada hermana de él estuviera dormida, profundamente dormida.

Resultaba una situación ridícula. Sólo llevaban casados tres semanas, volvían de la luna de miel, y era la primera vez que dormía solo durante ese tiempo. Y todo porque su hermana Débora había insistido absurdamente en que pasaran la noche en su apartamento. Cuatro horas más de viaje y hubieran llegado a casa, pero insistió tanto Débora que tuvieron que aceptar. Después de todo, se confesó, una noche de abstinencia no le vendría mal; de hecho, estaba fatigado y sería mucho mejor aprovechar esta oportunidad para conducir descansado y fresco a la mañana siguiente.

Por supuesto, el apartamento de Debie sólo tenía un dormitorio y él sabía de antemano, antes de aceptar su invitación, que no podría acceder a su ofrecimiento de dormir fuera y dejarles a él y a Betty en la habitación. Hay formas de hospitalidad que uno no puede aceptar; ni siquiera de nuestra dulce y cariñosa hermana soltera. Pero estaba seguro, o casi seguro, que Betty esperaría a que Débora se durmiera para ir a reunirse con él, aunque fuera breve el momento de intimidad, ya que se sentiría cohibida pensando que algún ruido podía despertar a su cuñada.

Seguramente vendría, por lo menos para darle un beso de buenas noches, y quizá se arriesgara a ir un poco más lejos, como él estaba decidido a hacer. Por esa razón la esperaba en silencio.

Claro que ella vendría, sí... la puerta se abrió despacio en la oscuridad y se cerró de nuevo silenciosamente, oyéndose únicamente el chasquido de la cerradura y el suave roce de la *negligeé* o camisón, o lo que fuera, al caer al suelo. Un momento más tarde, el cuerpo desnudo se estrechaba contra el suyo y la única conversación fue un murmullo:

—Querido... —y después no fueron necesarias más palabras.

Ninguna palabra durante los interminables minutos que pasaron hasta que la puerta se abrió nuevamente, esta vez dejando pasar una luz blanca y delineando, con blanco horror, la silueta de su esposa de pie en el marco de la puerta comenzando a gritar.

Pesadilla azul

Se despertó con la mañana más brillante y azul que hubiera visto nunca. Por la ventana de la habitación podía ver un cielo increíble. George se tiró rápidamente de la cama, bien despierto, para no perder otro minuto de su primer día de vacaciones. Se vistió procurando no despertar a su esposa. Habían llegado a la casa de campo, prestada por un amigo para pasar las vacaciones, bastante tarde la noche anterior, y Vilma llegó muy cansada del viaje; la dejaría dormir tanto como ella quisiera. Se llevó los zapatos a la salita, para ponérselos allí.

El pequeño Tommy, su hijo de cinco años, salió bostezando del cuarto más pequeño, donde dormía.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó George. Y cuando Tommy asintió, le dijo—. Vístete y réunete conmigo en la cocina.

George fue a la cocina; pero, antes de empezar a desayunar, salió a la puerta y echó un vistazo a los alrededores. Cuando llegaron, estaba ya oscuro y sólo conocía el lugar por referencias. Ahora aparecía ante sus ojos el bosque virgen más hermoso que jamás hubiera podido imaginarse. La casa de campo más cercana, según le dijeron, estaba a una milla de distancia, al otro lado de un lago no muy grande. No alcanzaba a verlo por los árboles, pero el camino que se iniciaba en la puerta de la cocina conducía hasta sus orillas, a menos de un cuarto de milla de distancia. Su amigo le dijo que estaba bien para nadar y pescar. La natación no le interesaba a George; no tenía miedo al agua, pero tampoco le gustaba de forma especial, y nunca aprendió a nadar. Su esposa sí era una buena nadadora y también lo era Tommy; un verdadero renacuajo.

Tommy se le unió enseguida; para el chico, la idea de estar vestido era ponerse un bañador, y eso no le llevó mucho tiempo.

—Papá —propuso—, vamos a ver el lago antes de desayunar, ¿eh?

—Muy bien —aceptó George—. No tenía hambre y, para cuando regresaran, quizá Vilma estaría ya despierta.

El lago era hermoso, de un azul más intenso que el del cielo, y terso como un espejo. Tommy se lanzó alegremente al agua mientras George le pedía insistentemente que se quedara cerca de la orilla.

—Puedo nadar bien, papá. Muy bien.

—Sí, pero tu madre no está aquí. Mantente cerca.

—El agua está tibia, papaíto...

A lo lejos, George vio saltar un pez. Después del desayuno volvería con su caña para tratar de pescar una trucha.

Le dijeron que la vereda que corría a lo largo de la orilla conducía a un lugar, un par de millas más adelante, donde se podían alquilar botes. Trató de distinguir a lo

lejos ese embarcadero.

Repentinamente hubo un grito de angustia:

—¡Papaíto, mi pierna...!

George se dio la vuelta y vio desaparecer la cabeza de Tommy, a unos veinte metros de distancia. Debía tratarse de un calambre, pensó frenéticamente; Tommy sabía nadar muy bien.

Durante un segundo estuvo a punto de arrojarse al agua, pero se dijo que de nada serviría ahogarse también. Si pudiera avisar a Vilma habría alguna posibilidad...

Corrió hacia la casa. Unos cien metros antes empezó a gritar, a todo pulmón:

—¡Vilma! ¡Vilma!

Cuando llegó a la cocina, ella salió, en pijama todavía. Corrió tras él, de regreso al lago y pronto le alcanzó dejándole atrás, hasta llegar a la orilla del lago con una ventaja de casi cincuenta metros, y arrojarse al agua nadando vigorosamente hacia el punto donde apareció durante un momento la parte posterior de la cabeza del niño flotando en la superficie.

Vilma llegó en unas cuantas brazadas, lo agarró y entonces, al enderezar el cuerpo para regresar, George pudo ver con horror, un horror reflejado también en los ojos azules de su esposa, que ella estaba de pie sobre el fondo del lago, abrazando a su hijo muerto, ahogado en tan sólo tres pies de agua.

Pesadilla amarilla

Se despertó cuando sonó la alarma del reloj, pero se quedó en la cama después de haberla parado, repasando cuidadosamente los planes para el asesinato que cometería esa noche.

Todos los detalles habían recibido una cuidadosa atención; esto sería el repaso final. Esa noche, a las ocho y cuarenta y seis minutos, sería un hombre libre, en todos los sentidos. Escogió ese momento de su cuadragésimo cumpleaños, porque era la hora exacta del día, o mejor dicho de la noche, en que nació. Su madre era muy aficionada a la astrología y, por eso, el momento de su nacimiento fue tan cuidadosamente registrado. Personalmente, él no era supersticioso, pero consideró halagador para su sentido del humor que su nueva vida empezara a los cuarenta años de edad, con precisión astrológica.

De todos modos, el tiempo corría. Como abogado especializado en administrar propiedades, pasaba por sus manos mucho dinero y, a veces, también parte se quedaba en ellas. Un año antes había tomado prestados cinco mil dólares y los empleó en un negocio que parecía un medio seguro de duplicar o triplicar la inversión, pero no fue así y perdió el dinero. Tomó prestado más dinero, para jugar, y de un modo o de otro recuperar la primera pérdida. Ahora debía ya más de treinta mil; el fraude apenas podría ocultarse algunos meses y no tenía ninguna esperanza de poder reemplazar el dinero perdido, dentro de ese plazo. Se dedicó cuidadosamente a reunir todo el dinero en efectivo que le fue posible sin despertar sospechas, haciendo ajustes parciales en las cuentas encomendadas a su cuidado, y para esa misma tarde la cantidad reunida sería de más de cien mil dólares, suficiente para pasar el resto de su vida.

Nunca lo atraparían. Planeó todos los detalles de su viaje, su destino, su nueva identidad y todo estaba a punto.

Tuvo que trabajar en ello durante varios meses.

La decisión de matar a su esposa fue un pensamiento secundario. El motivo era simple: la odiaba. Adoptó esa decisión cuando tomó la determinación de no ir nunca a la cárcel, de matarse si alguna vez era apresado. Por consiguiente, dado que moriría de todos modos si lo atrapaban, no tenía nada que perder dejando tras de sí una esposa muerta en vez de una viva.

Difícilmente pudo contener la risa al pensar en lo apropiado que había sido el regalo de cumpleaños que recibió de ella con un día de anticipación: una maleta nueva. También le habló de celebrar el cumpleaños encontrándose los dos en la ciudad, a las siete de la noche, para cenar. Estaba muy lejos de saber cuál sería la continuación de la fiesta. Planeaba llevarla a casa a las ocho cuarenta y seis y satisfacer su sentido del destino quedando viudo en ese preciso momento. Había

además una ventaja práctica en asesinarla. Si la dejaba viva, ella se imaginaría lo sucedido y sería la primera en llamar a la policía cuando notase su ausencia por la mañana. Muerta, no encontrarían el cuerpo de inmediato, pues antes pasarían quizá dos o tres días, lo que le permitiría obtener más tiempo.

Las cosas marcharon sobre ruedas en la oficina; para la hora en que fue a encontrarse con su esposa, todo estaba listo. Ella se entretuvo mientras cenaban y tomaban algunas copas, y él empezó a preguntarse si llegarían a casa a las ocho cuarenta y seis. Era ridículo, lo sabía, pero resultaba un hecho de la mayor importancia que el momento de su libertad fuese entonces y no un minuto después. Miró su reloj.

Fallaría por medio minuto si esperaba hasta estar dentro de la casa. La oscuridad del pórtico era perfecta para realizar el crimen. La golpeó violentamente con la culata del arma mientras ella esperaba a que abriera la puerta. La tomó en sus manos antes de que cayera al suelo y se las arregló para sostenerla con un brazo, mientras abría la puerta y entraba.

Entonces accionó el interruptor y la luz amarilla inundó el salón. Antes de que pudieran ver que su esposa estaba muerta y que él la sostenía en pie, todos los invitados a la fiesta de cumpleaños gritaron:

—¡Sorpresa!

Pesadilla roja

Se despertó sin saber que había despertado hasta que el segundo temblor, sólo un minuto después del primero, sacudió la cama ligeramente y derribó los objetos que había sobre la mesilla.

Descubrió que estaba totalmente despierto y que probablemente no sería capaz de volver a dormirse. Miró al dial luminoso del reloj y vio que eran ya las tres en punto: la mitad de la noche. Salió de la cama y caminó en pijama hasta la ventana. Estaba abierta, una fría brisa la cruzó y él pudo ver luces titilantes y parpadeantes en el negro cielo, a la vez que escuchaba los sonidos de la noche. Por alguna parte, campanas. ¿A aquella hora? ¿Advertían de algún desastre? ¿Se habría producido un terremoto, en algún punto cercano, y de él provenían los ligeros temblores? ¿O quizá se acercaba un verdadero terremoto y las campanas advertían a la gente para que saliera de las casas y se quedara a salvo al aire libre?

Súbitamente, no a causa del miedo, sino por algún extraño impulso que no quiso analizar, deseó estar en cualquier parte menos allí. Y echó a correr.

Corrió, bajando al vestíbulo y cruzando la puerta principal, apresurándose silenciosamente, descalzo, por la ancha calzada que conducía a la entrada del jardín. A través de la puerta, llegó a un campo... ¿un campo? ¿Desde cuándo había una pradera justo al salir de su casa? Especialmente una como aquella, con postes, tan gruesos como si fueran telefónicos, cortados a su altura. Antes de que pudiera organizar sus pensamientos y se preguntase *dónde* estaba, *quién* era él mismo y qué estaba haciendo *allí*, se produjo otro temblor. Este fue más violento: le hizo tambalearse y trastabilló hasta uno de los postes; chocó con él y se hizo daño en el hombro; salió despedido en otra dirección, y estuvo a punto de caerse definitivamente. ¿Qué era aquel extraño impulso que le obligaba a ir hacia... dónde?

Pero, en aquel momento, se produjo el terremoto más grande de todos; el suelo pareció levantarse bajo sus pies, le sacudió y acabó cayendo de espaldas mirando a un cielo monstruoso en el que repentinamente apareció con brillantes letras rojas *una palabra*. La palabra era *FALTA* y, mientras la miraba, las demás luces empezaron a titilar, las campanas dejaron de sonar y allí terminó todo.

Desgraciadamente

Ralph NC-5 suspiró aliviado cuando tuvo a la vista el Cuarto Planeta de Arturo en el espacoscopio, exactamente en el lugar en que el computador le había advertido que lo encontraría. Arturo IV era el único planeta habitable o inhabitable de su ruta y se encontraba a muy pocos años luz del más próximo sistema estelar.

Necesitaba alimento —las reservas de combustible y de agua eran las correctas, pero el departamento de Plutón había cometido un error al cargar comida— y, probablemente, de acuerdo con el manual espacial, los nativos eran amistosos: le darían cualquier cosa que les pidiera.

El manual resultaba poco claro en aquel punto; volvió a releer la breve sección dedicada a los arturianos tan pronto como hubo dispuesto los mandos para el aterrizaje automático.

Los arturianos, leyó, son inhumanos, pero muy amables. Un piloto que aterrice en Arturo IV sólo tendrá que pedir lo que quiere y ellos se lo entregarán gratuita, amablemente y sin pedir explicación alguna.

La comunicación con ellos, sin embargo, debe hacerse mediante papel y lápiz, pues carecen de órganos vocales y auditivos. No obstante, leen y escriben inglés con cierta corrección.

Ralph NC-5 intentó decidir qué querría comer en primer lugar, después de dos días de completa abstinencia alimenticia, precedidos por cinco de alimentación racionada: hacía una semana que descubrió el error de la carga de comida en las bodegas.

Comidas, maravillosa comidas, pasaban una tras otra por su mente.

Aterrizó. Los arturianos, una docena de seres efectivamente inhumanos —doce pies de alto, con seis brazos y de un brillante color magenta— se acercaron a él; su jefe hizo una reverencia y le tendió un papel y un lápiz.

En aquel instante, supo exactamente lo que quería: escribió rápidamente y devolvió el bloc. Pasó de mano en mano entre los arturianos.

Abruptamente, sintió que le agarraban, que le maniataban. Y que le llevaban hasta una estaca donde los inhumanos apilaban ramas y arbustos. Uno de ellos los prendió fuego.

Chilló en protesta, pero ellos, como no tenían orejas, no pudieron oírle. Gritó de dolor y luego dejó de gritar.

El manual del espacio era muy correcto al decir que los arturianos leían y escribían el inglés con cierta corrección. Pero omitía el hecho de que eran muy parcos de vocabulario: lo último que tendría que haber pedido Ralph NC-5 era un filete a la plancha.

El cumpleaños de Granny

Los Halperin eran una familia muy unida. Wade Smith, uno de los dos únicos presentes que no llevaban el apellido Halperin, los envidiaba, porque no tenía familia. Pero la envidia se sumergía en el tibio calor del vaso que tenía en la mano.

Era la fiesta de cumpleaños de Granny, su octogésimo cumpleaños; todos los presentes, a excepción de Smith y otro hombre, se apellidaban Halperin. Granny tenía tres hijos y una hija; todos estaban allí, y a los tres hijos, casados, les acompañaban sus esposas. Contando a Granny eran ocho Halperin. También había cuatro miembros de la segunda generación, o sea nietos, y como uno de ellos llevó a su esposa, sumaban trece en total. Trece Halperin, contó Smith; incluyéndole a él y al otro extraño, un hombre llamado Cross, eran quince adultos. Al principio de la fiesta, asistieron también otros tres Halperin más, biznietos, pero los habían mandado a dormir temprano.

A Smith le agradaban todos, aunque ahora que los chicos estaban durmiendo, el licor fluía libremente y la fiesta resultaba un poco ruidosa para su gusto. Todos bebían: incluso Granny, sentada en una silla semejante a un trono, tenía en la mano un vaso de jerez, el tercero de la noche.

Era una dulce anciana maravillosamente vivaz, pensó Smith. Definitivamente una matriarca que, con toda su dulzura, manejaba a la familia con puño de hierro dentro de un guante de terciopelo.

Smith fue a la fiesta invitado por Bill, uno de los hijos de Granny; era el abogado de Bill, y gran amigo suyo. El otro individuo ajeno a la familia, Gene o Jan Cross, parecía ser amigo de los nietos de la anciana.

En el otro lado del salón, Cross hablaba con Hank Halperin y Smith se estaba dando cuenta de que cualquiera que fuese el tema de su conversación, degeneraba en una discusión en la que sobresalían las airadas voces de ambos. Confiaba en que no hubiera problemas: la fiesta era demasiado agradable para terminar con una pelea.

Pero, repentinamente, el puño de Hank salió disparado hacia la mandíbula de Cross, haciéndole caer de espaldas. La cabeza se golpeó contra el borde de piedra de la chimenea, con un ruido sordo, y el hombre quedó inmóvil. Inmediatamente, Hank se inclinó, sobre Cross, palpándole el pecho. Palideció y, cuando se puso en pie, exclamó:

—Muerto. ¡Oh, Dios mío, no quise hacerlo... pero él dijo...!

Granny ya no sonreía. Su voz sonó áspera e insinuante:

—Él trató de pegarte primero, Hank, yo lo vi. Todos lo vimos, ¿no es así?

Con la última frase se volvió hacia Wade Smith, el único además de aquel individuo ajeno a la familia.

Smith se movió molesto.

—Yo... yo no he visto cómo ha empezado, señora Halperin.

—Usted lo ha visto, al igual que nosotros —tronó la anciana—. Usted los miraba en ese momento, señor Smith.

Antes de que Wade Smith pudiera responder, Hank Halperin exclamó:

—¡Cielos, Granny! Lo siento mucho, pero eso no es una respuesta. Estoy en un verdadero apuro. Recuerde que pasé siete años en el ring, como profesional. Y los puños de un boxeador o ex-boxeador se consideran, legalmente, como armas letales. Aunque él me hubiera golpeado primero, sería calificado como homicidio en segundo grado. Usted lo sabe, señor Smith; es abogado. Y conociendo mis antecedentes, la policía no va a andarse con contemplaciones.

—Me... me temo que tiene razón —asintió Smith, con incomodidad—. Pero, ¿no sería mejor que alguien llamara a la policía, a un médico o a ambos?

—Dentro de un momento, Smith —intervino Bill Halperin—. Primero tenemos que dejar aclarado esto entre nosotros. Fue en defensa propia, ¿no es así?

—C... creo que sí. No sé...

—Un momento —interrumpió la voz de Granny—. Aunque fuese en defensa propia, Hank está en un aprieto. Y, además, ¿creéis que podemos confiar en Smith una vez que esté fuera de aquí? ¿Y el juicio?

Bill Halperin empezó...

—Pero, Granny, tendremos que...

—Tonterías, William. Yo he visto lo que ha ocurrido. Todos lo hemos visto: ellos dos riñeron, Cross y Smith, y se mataron mutuamente. Cross mató a Smith, y entonces, aturdido por los golpes recibidos, cayó y se golpeó en la cabeza. No vamos a dejar que Hank vaya a la cárcel, ¿no es así, chicos? No un Halperin, no uno de nosotros. Henry, arregla ese cuerpo de tal modo que parezca que intervino en una pelea. Y el resto de vosotros...

Los hombres Halperin, a excepción de Henry, formaron un círculo alrededor de Smith; las mujeres, a excepción de Granny, quedaron detrás de ellos. El círculo se cerró.

Lo último que Smith vio claramente fue a Granny sentada en su trono, con los ojos brillando de excitación. Y lo último que escuchó antes del repentino silencio fue el eco de la risa cloqueante de Granny Halperin. Entonces, el primer golpe le aturdió.

El ladrón de gatos

El Jefe de Policía de Midland City tenía dos gatos, uno de los cuales se llamaba Notita y el otro Memorión. Pero este hecho no tiene nada que ver con que los gatos fueran gatos, pues esta historia se refiere a lo que el Jefe de Policía denominó como una inexplicable serie de robos: una ola de crímenes cometidos por un solo hombre.

El ladrón, forzando las puertas, penetró en diecinueve casas o apartamentos en un período de pocas semanas. Aparentemente, enfocaba su trabajo con mucho cuidado, y no parecía una simple coincidencia el que en cada casa atracada hubiese un gato.

Y que sólo robase el gato.

A veces descubría dinero a la vista y en otras ocasiones hallaba joyas; pero no les prestaba la menor atención. Al volver a casa los propietarios, se encontraban forzada la puerta o una ventana, que el gato no estaba y que nada había sido robado o revuelto.

Por aquella razón —si es que quisiéramos extendernos sobre lo obvio, cosa que haremos—, los periódicos y el público empezaron a llamarle Ladrón de Gatos.

En el vigésimo asalto —y el primero en que fracasó— le atraparon. Con la ayuda de los periódicos, la policía tendió una trampa anunciando que los propietarios de un siamés premiado acababan de regresar de una feria de gatos celebrada en una ciudad cercana, donde el animal no sólo se había llevado el premio a la mejor crianza, sino el mucho más valioso de ser el mejor animal de la exposición.

Cuando apareció la historia en los periódicos, acompañada de una preciosa foto del animal, la policía rodeó la casa e hizo salir a los propietarios. Era lo obvio.

Dos horas después, el ladrón apareció, forzó la casa y entró en ella. Le cogieron con las manos en la masa, mientras se llevaba al campeón siamés bajo el brazo.

Al llegar a la estación de policía, le interrogaron. El Jefe de Policía sentía curiosidad, lo mismo que los periodistas.

Para su sorpresa, el ladrón fue capaz de dar una explicación perfectamente lógica y comprensible de la inusual y especializada naturaleza de sus robos. No le soltaron, claro está, y eventualmente fue juzgado, pero recibió una sentencia muy suave pues incluso el juez reconoció que, aunque sus métodos para conseguir gatos eran ilegales, su objetivo no dejaba de ser laudatorio.

Era un científico aficionado. Para su investigación, necesitaba gatos. Los gatos robados eran llevados a su casa y, piadosamente, entregados al sueño eterno. Luego, cremaba a los gatos en un horno para cumplir sus fines.

Metía las cenizas en jarros y experimentaba con ellas, pulverizándolas en varias gradaciones de espesor, tratándolos de diversos modos, y, a continuación, echando agua caliente sobre ellas. Intentaba descubrir la fórmula para hacer gatos al instante: *gatistant*.

La casa

Vaciló un instante en el corredor y echó una última y larga mirada al camino que tenía a su espalda: a los verdes árboles que crecían a su vera, a los campos amarillos, a las distantes colinas y a la brillante luz del sol. Después abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí.

Se volvió al oír el extraño ruido de la puerta al cerrarse y solamente apreció una pared en blanco. No existía picaporte ni cerradura y si acaso tenía bordes aquella puerta, ajustaban tan bien que no se distinguían en absoluto.

Ante él vio un vestíbulo lleno de telarañas. El piso tenía una espesa capa de polvo, en la que aparecían dos delgadas y alargadas huellas, como si fueran el testimonio del paso de dos serpientes muy pequeñas o dos gusanos muy grandes. Eran muy débiles y no reparó en ellas hasta que llegó a la primera puerta de la derecha, la que tenía la inscripción *Semper Fidelis* en viejos caracteres ingleses.

Detrás de la puerta encontró un pequeño cuarto rojo, no mayor que un vestidor grande. En un lado había una sola silla, con una pata rota y colgando un retrato, enmarcado con elegancia, de Benjamín Franklin. Pendía torcido y el cristal estaba agrietado. No había polvo en el piso y parecía como si el cuarto hubiera sido limpiado recientemente. En el centro del piso yacía una cimitarra curva. Tenía manchas rojas sobre la empuñadura, y en el filo se podía apreciar una gruesa capa de un líquido verdoso. Fuera de esto, el cuarto estaba vacío.

Después de permanecer allí un largo rato, cruzó el vestíbulo y entró al cuarto del lado opuesto. Era grande, del tamaño de un pequeño auditorio, pero sus desnudas paredes negras lo hacían parecer más pequeño, a primera vista. Tenía muchas hileras de butacas de teatro de color púrpura, pero no se veía plataforma ni escenario alguno y los asientos comenzaban a tan sólo unos cuantos centímetros del liso muro de enfrente. No tenía nada más, aunque sobre el asiento más cercano descansaba una ordenada pila de programas. Tomó uno de ellos, pero se lo encontró en blanco, a excepción de dos anuncios comerciales en la contraportada, uno de cepillos de dientes Prophylactic y el otro anunciando un parque residencial. En una de las primeras páginas vio que alguien había escrito a lápiz la palabra o nombre *Garfinkle*.

Se metió el programa en el bolsillo y regresó al vestíbulo, oteando ávidamente en busca de las escaleras.

Detrás de una puerta cerrada frente a la que pasó, escuchó que alguien, obviamente aficionado, hacía surgir notas de lo que le pareció una guitarra hawaiana. Llamó a la puerta, pero sólo obtuvo por respuesta el sonido de unos pies alejándose precipitadamente, y después, el silencio. Cuando abrió la puerta y miró dentro, sólo vio un cadáver, en proceso de descomposición, colgando de la lámpara, y el olor que lo asaltó fue tan nauseabundo que cerró la puerta apresuradamente y se dirigió a las

escaleras.

Las escaleras eran angostas y estaban torcidas. No había barandilla y tuvo que apoyarse en la pared para subir. Se dio cuenta de que los siete primeros escalones estaban limpios, pero, en cambio, en el polvo que había más arriba del séptimo peldaño vio otra vez las huellas paralelas. A la altura del tercer escalón, partiendo de la parte superior, convergían y se desvanecían.

Entró en la primera puerta a la derecha y se encontró en una espaciosa habitación, lujosamente amueblada. Se dirigió a una gran cama de postes tallados en madera y recorrió las cortinas. La cama estaba muy bien hecha, y en la almohada vio un papel clavado con un alfiler. Una mano de mujer había anotado rápidamente, *Denver, 1909*. Sobre el reverso, otra mano había copiado una ecuación algebraica.

Abandonó el cuarto en silencio, pero se detuvo en la puerta para tratar de percibir un sonido que provenía de atrás, de un portón negro al otro lado del corredor.

Era la voz profunda de un hombre cantando en una lengua extraña y poco familiar. Se elevaba y descendía en una cadencia monotónona como un himno budista, repitiendo a menudo la palabra *Ragnarok*. La palabra le parecía vagamente familiar, y la voz sonaba como la suya, pero ahogada por sollozos.

Permaneció con la cabeza inclinada hasta que la voz se esfumó en un triste y trémulo silencio y la penumbra se arrastró por la galería con la pericia de un experimentado ladrón.

Entonces, como despertando, caminó a lo largo del ahora silencioso corredor hasta que llegó a la tercera y última puerta y advirtió que su nombre estaba impreso, sobre el panel superior, en diminutas letras de oro. Quizá habían mezclado radio con el oro de las letras, porque brillaban en la semioscuridad del amplio pasillo.

Permaneció un buen rato con la mano sobre el picaporte, y finalmente entró, cerrando la puerta a su espalda. Escuchó el chasquido de la cerradura y supo que nunca se abriría de nuevo, pero no sintió temor.

La oscuridad era una masa negra y tangible que retrocedió de un salto cuando encendió un fósforo. Observó entonces que el cuarto era una reproducción exacta de la habitación de la casa de su padre, cerca de Wilmington: la habitación en la cual había nacido. Ahora sabía dónde buscar las velas. Encontró dos en un cajón, y un pequeño trozo de una tercera, y supo que, encendidas una tras otra, durarían casi diez horas. Prendió la primera y la puso en el candelabro de latón de la pared, desde donde proyectaba sombras danzarinas de cada silla, de la cama y de la pequeña mesa situada al lado de ésta.

Sobre la mesa contigua, en el cesto de costura de su madre, estaba el número de Marzo de *Harper's*; tomó la revista y la hojeó ociosamente.

Al cabo de un rato la dejó caer al suelo, pensando tiernamente en su esposa, quien había muerto muchos años atrás; una débil sonrisa tembló en sus labios al recordar

algunos pequeños incidentes de los años, días y noches que pasaron juntos. También pensó en muchas otras cosas.

No fue sino hasta que sólo quedaba media pulgada de vela, en la novena hora, y la oscuridad empezaba a espesarse en los rincones más alejados del cuarto, cuando gritó, golpeó y clavó las uñas en la puerta, hasta que sus manos se convirtieron en sangrienta carne viva.

Segunda oportunidad

Jay y yo estábamos en la tribuna del estadio Cominkey, en Chicago, para ver de nuevo el partido del 9 de Octubre de 1959, de la Serie Mundial de béisbol, que estaba a punto de iniciarse.

En el partido original, exactamente quinientos años atrás, los Dodgers de Los Angeles ganaron nueve a tres, lo que provocó el término de la serie en seis juegos y se adjudicaron el campeonato. Por supuesto, en esta ocasión podría resultar diferente, aunque las condiciones, al comienzo, fueran muy semejantes a las del juego original.

Los Medias Blancas de Chicago estaban ya en el campo y los jugadores lanzaban la pelota a través del diamante, antes de pasársela a Wynn, el *pitcher* titular, para que calentara el brazo. Kluszewski estaba en primera, Fox en segunda, Goodman en tercera, y Aparicio en el *short*. Gillian era el primer hombre al bate, por los Dodgers; Podres sería su *pitcher*.

Evidentemente, no se trataba de los jugadores originales propietarios de tales nombres. Eran androides, hombres artificiales que difieren de los robots en que no están hechos de metal sino de plástico flexible, y se mueven gracias a músculos obtenidos en los laboratorios y diseñados como réplicas exactas, dentro de lo posible, de los jugadores originarios de medio milenio antes. Y como para todos los atletas reproducidos, los registros originales, las fotografías, los vídeos de televisión y otras fuentes fueron exhaustivamente estudiados: cada androide no sólo se parecía al antiguo jugador que representaba, sino que estaba ajustado para ser tan hábil y no más que su prototipo en el partido. No jugaban la temporada completa —el béisbol está ahora limitado a las confrontaciones de las Series Mundiales disputadas una vez al año, en los semimilenarios aniversarios de los partidos originales, pero si hubieran jugado toda la temporada, sus promedios de bateo y de carreras serían iguales a los de los jugadores que imitaban; y de igual modo sería el registro de los partidos ganados por los lanzadores.

En teoría, los resultados deberían ser iguales a los de los partidos ya jugados; pero, por supuesto, se producían variaciones por el hecho de que los *managers* respectivos, también androides, podían escoger diferentes jugadas y hacer distintas sustituciones. Por lo general, el mismo equipo ganaba las series, tal y como ocurriera originalmente, pero no siempre por el mismo número de juegos, y las anotaciones de los resultados variaban bastante de las originales.

En este partido en concreto se mantuvo la misma anotación, cero a cero durante dos entradas, como en el original, pero sufrió una alteración en la tercera (la entrada más grande de los Dodgers, con seis carreras). Esta vez, Wynn dejó entrar en base a tres hombres, con un solo *out*, y se las arregló, poniendo toda la carne en el asador, para dejar a los Dodgers sin anotar.

Las gradas rugían. Y Jay, que daba favoritos a los Medias Blancas, igualó mi apuesta; antes temía ofrecer a la par, y esperó a que terminase media entrada.

En la sexta entrada... Pero el juego está grabado, ¿para qué entrar en detalles? Los Medias Blancas ganaron con una carrera de margen y continuaron en la Serie. Tenían tres juegos cada uno, y al día siguiente los Medias tendrían la oportunidad de sorprendernos y ganar el campeonato.

Jay (su verdadero nombre es J con doce dígitos después de la inicial) y yo nos pusimos en pie para abandonar el estadio, como el resto de los espectadores. Por todas partes se observaba una oleada de brillante acero a lo largo de las tribunas.

—Me pregunto —comentó Jay— lo que sería ver un partido con seres humanos de verdad. Tengo menos de doscientos años pero no se ha visto a nadie vivo desde hace, por lo menos, cuatrocientos años. ¿Qué tal si me acompañas a una sesión de lubricante? Si no voy, ahora, empezaré a enmohecerme. ¿Por qué no apostamos para el partido de mañana? Los Medias Blancas tendrán otra oportunidad, aun cuando la raza humana no la tuvo. Bueno, por lo menos mantenemos vivas sus tradiciones en la medida de lo posible.

Los grandes descubrimientos perdidos I

La invisibilidad

Tres grandes descubrimientos se llevaron a cabo, y se perdieron trágicamente, durante el siglo XX. El primero de ellos fue el secreto de la invisibilidad.

Fue descubierto en 1909 por Archibald Praeter, embajador de la corte de Eduardo VII en la del sultán Abd-el-Krim, regente de un pequeño Estado aliado en cierto modo con el Imperio Otomano.

Praeter, un biólogo *amateur* pero entusiasmado autodidacta, inyectaba a ratones diversos sueros, con el propósito de encontrar una sustancia reactiva que ocasionara mutaciones. Cuando inoculaba a su ratón número 3019, éste desapareció. Aún estaba allí; podía sentirlo bajo su mano, pero no lograba verle ni un pelo. Lo colocó cuidadosamente en su jaula y, dos horas más tarde, el animalito reapareció sin sufrir daño alguno.

Continuó experimentando con dosis cada vez mayores y observó que podía hacer invisible al ratón durante un período de veinticuatro horas. Las dosis mayores lo enfermaban o le producían torpeza en sus movimientos. También advirtió que un ratón que moría durante un período de invisibilidad, aparecía de nuevo en el momento mismo de la muerte.

Dándose cuenta de la importancia de su descubrimiento, envió telegráficamente su renuncia a Inglaterra, despidió a sus sirvientes y se encerró en sus habitaciones, para experimentar con él mismo. Empezó con pequeñas inyecciones que lo hacían invisible durante unos cuantos minutos y la aumentó hasta verificar de que su tolerancia era igual que la de los ratones; la dosis que le hacía invisible más de veinticuatro horas, lo enfermaban. También descubrió que, aunque nada de su cuerpo era visible, la desnudez era esencial; la ropa no desaparecía con el preparado.

Praeter era un hombre honesto y de bastantes recursos económicos, así que no pensó en el crimen. Decidió volver a Inglaterra y ofrecer su descubrimiento al gobierno de Su Majestad, para ser empleado en el servicio de espionaje o en acciones bélicas.

Pero antes decidió permitirse un capricho. Siempre había sentido curiosidad por el celosamente guardado harén del Sultán en cuya corte estuvo destinado. ¿Por qué no echarle un vistazo desde el interior?

Por otra parte, algo que no podía precisar con exactitud le preocupaba de su descubrimiento. Quizá hubiese alguna circunstancia en la cual... Pero no podía pasar de ese punto en sus pensamientos. El experimento estaba definitivamente concluido.

Se desnudó y se hizo invisible inyectándose la máxima dosis tolerable. Fue muy sencillo pasar entre los guardianes eunucos e introducirse en el harén. Pasó una tarde

muy entretenida e interesante admirando a las cincuenta y tantas beldades en las ocupaciones diurnas de mantenerse bellas, bañándose y ungiendo sus cuerpos con aceites aromáticos y perfumes.

Una de ellas, una circasiana, lo atrajo extremadamente. Se le ocurrió, como a cualquier otro hombre en su lugar, que si se quedaba durante toda la noche, perfectamente a salvo ya que permanecería invisible hasta la tarde siguiente, podría averiguar cuál era la habitación de la belleza y, después de que las luces se hubiesen apagado, seducirla; ella se imaginaría que el sultán le hacía una visita.

La vigiló hasta ver a qué cuarto se retiraba. Un eunuco armado ocupó su puesto junto al cortinaje del pórtico y los demás se distribuyeron en cada una de las entradas a los diversos aposentos. Archibald esperó hasta que estuvo seguro de que ella dormía, y entonces, en el momento en que el eunuco miraba hacia otro lado y no podía percibir el movimiento de la cortina, se deslizó a su interior. Aquí la oscuridad era completamente absoluta, aunque andando a tientas pudo encontrar el lecho. Con cuidado extendió una mano y acarició a la mujer dormida. Ella se despertó y gritó aterrorizada. (Lo que él no sabía era que el sultán nunca visitaba el harén por la noche, sino que enviaba a por una o algunas de sus esposas para que lo acompañasen en sus propias habitaciones).

De pronto, el eunuco que estaba de guardia en la puerta entró y lo agarró opresivamente de un brazo. Lo primero que pensó fue que ahora sabía con precisión cuál era la circunstancia más desdichada de la invisibilidad: que era completamente inútil en la oscuridad absoluta. Y lo último que escuchó fue el siseo de la cimitarra bajando hacia su cuello desnudo.

Los grandes descubrimientos perdidos II

La invulnerabilidad

El segundo gran descubrimiento perdido fue el secreto de la invulnerabilidad. Fue descubierto en 1952 por un oficial de radar de la Marina de los Estados Unidos de América, el teniente Paul Hickendorf. El aparato era electrónico y consistía en una pequeña caja que podía llevarse incluso en el bolsillo; cuando se accionaba cierto dispositivo de la caja, la persona que la llevaba se veía rodeada por un campo de fuerza cuyo poder, en función de lo que podía medirse mediante las excelentes matemáticas de Hickendorf, era virtualmente infinito.

El campo también resultaba completamente impermeable a cualquier grado de calor y a cualquier cantidad de radiación.

El teniente Hickendorf llegó a la conclusión de que cualquier hombre —mujer, niño o perro— encerrado en dicho campo de fuerza, podría resistir la explosión de una bomba de hidrógeno a bocajarro, sin resultar afectado en modo alguno.

No se hacían explotar bombas de hidrógeno en aquellas fechas, pero mientras terminaba de ajustar su artefacto, el teniente se encontraba en un barco, un crucero, que navegaba por el Océano Pacífico en ruta hacia un atolón llamado Eniwetok, y se rumoreaba que tendrían que presenciar la detonación de la primera bomba de tales características.

El teniente Hickendorf decidió esconderse en la isla que serviría de blanco y permanecer allí hasta el momento del estallido de la bomba, para después salir ileso; demostrando de este modo, fuera de cualquier género de duda, que su descubrimiento era operativo: una defensa infalible contra el arma más poderosa de todos los tiempos.

Fue difícil, pero pudo ocultarse con éxito y allí estaba, a unos cuantos metros de la bomba-H, después de haberse acercado lo más que pudo al lugar de la explosión.

Sus cálculos fueron absolutamente correctos y no sufrió ni la menor lesión; ni un rasguño, ni una quemadura.

Pero el teniente Hickendorf no previó la posibilidad de que sucediera algo imprevisto, y eso fue lo que ocurrió. Salió disparado de la superficie terrestre, con una velocidad de aceleración mayor que la de escape, en línea recta, ni siquiera en órbita. Cuarenta y nueve días más tarde cayó en el sol, aún sin lesión alguna pero, desdichadamente, muerto hacía ya bastante tiempo, puesto que el campo de fuerza admitía sólo el aire suficiente para respirar unas cuantas horas, y así su descubrimiento se perdió para la humanidad, por lo menos durante el transcurso del siglo XX.

Los grandes descubrimientos perdidos III

La inmortalidad

El tercer gran descubrimiento que se perdió en el siglo XX fue el secreto de la inmortalidad, descubierto por un oscuro químico de Moscú llamado Ivan Ivanovitch Smetakovsky, en 1978. Smetakovsky no dejó registrado cómo hizo su descubrimiento o cómo supo que tendría éxito antes de probarlo, por dos razones.

Tenía miedo de revelarlo al mundo porque sabía que una vez que lo ofreciera, aun a su propio gobierno, el secreto se filtraría a través del Telón de Acero y causaría el caos. La U.R.S.S. podría manejarlo, pero en las naciones bárbaras e indisciplinadas el resultado inevitable de una droga para la inmortalidad sería una explosión demográfica que con toda seguridad conduciría a una agresión a los países comunistas.

Y temía emplearla en sí mismo, porque no tenía la seguridad de querer ser inmortal. Tal como estaban las cosas, incluso en la U.R.S.S., por no mencionar el resto del mundo, ¿valía la pena vivir para siempre?

Se comprometió a no dársela a nadie ni a tomarla, hasta que no adoptase una decisión al respecto.

Durante ese tiempo llevó consigo la única dosis de la droga, que obtuvo. Era solamente una pequeña cantidad envasada en una cápsula insoluble que podía ser escondida incluso en la boca. La sujetó a una de sus piezas dentales postizas, haciéndola descansar entre ésta y la mejilla para no correr el peligro de tragársela inadvertidamente.

De esa forma tenía la posibilidad de decidir en cualquier momento, pues no tendría más que sacar la cápsula de la boca, romperla con la uña y tragar su contenido para ser inmortal.

Así lo decidió un día cuando, después de enfermar de neumonía y ser llevado a un hospital de Moscú, comprendió, tras escuchar una conversación entre el doctor y una enfermera que pensaban erróneamente que dormía, que esperaban su muerte en un plazo de horas.

El temor a la muerte demostró ser mayor que el de la inmortalidad, cualquiera que fuesen los riesgos que ésta trajera, así es que, tan pronto como el doctor y la enfermera abandonaron la habitación, rompió la cápsula y tragó el contenido.

Esperaba, ya que la muerte parecía tan inminente, que la droga actuase a tiempo para salvarle la vida. Y la droga dio resultado, pero cuando hizo su efecto él ya había caído en un estado de semicoma y delirio.

Tres años más tarde, en 1981, todavía permanecía en el mismo estado y los médicos rusos diagnosticaron finalmente el caso y dejaron de sentirse intrigados por

él.

Obviamente, Smetakovsky había tomado alguna especie de droga para hacerse inmortal, una droga que les era imposible analizar o aislar, y que le impedía morir. No cabía duda de que el efecto se prolongaría indefinidamente, si es que no era eterno.

Pero, por desgracia, la droga también hizo inmortales a los neumococos de su cuerpo, las bacterias (*diplococcipneumoniae*) que le causaron originalmente la neumonía y que ahora continuarían viviendo para siempre manteniéndolo en estado de coma. Por tanto, los médicos, siendo realistas y no viendo ninguna razón para prestarle atención y cuidados a perpetuidad, simplemente lo enterraron.

Carta mortal

Laverty pasó por una de las ventanas abiertas y cruzó silenciosamente la alfombra, hasta que se situó detrás del hombre de cabellos grises que trabajaba en el escritorio.

—Hola, diputado —saludó.

El diputado Quinn volvió la cabeza y se puso en pie, tembloroso, al ver el revólver con el que le apuntaba Laverty.

—Laverty —recriminó—, no seas necio.

—Te dije que lo haría algún día. He esperado cuatro años, pero ya ha llegado la hora.

—No quedará impune, Laverty. He dejado una carta que deberá ser entregada si yo muero.

—Mientes Quinn —rió Laverty—. No podrías escribir una carta responsabilizándome de nada sin explicar mis motivos. No te gustaría que me juzgaran y me condenaran, porque saldría a relucir la verdad. Y eso ennegrecería tu memoria.

Laverty apretó seis veces el gatillo.

Volvió a su automóvil, lo condujo hasta un puente para librarse del arma asesina; después se dirigió a su apartamento y se acostó.

Durmió tranquilamente hasta que sonó el timbre de la puerta. Se puso una bata, fue a la puerta y abrió.

Su corazón se detuvo, y allí mismo se desplomó.

El hombre que llamó a la puerta de Laverty, sorprendido, se conmovió, pero hizo lo debido. Pasó sobre el cuerpo de Laverty y utilizó el teléfono del apartamento para llamar a la policía. Luego, esperó.

—¿Su nombre? —preguntó el teniente.

—Babcock. Henry Babcock. Había traído una carta para el señor Laverty. Esta carta.

El teniente la cogió, vaciló un instante y la abrió desdoblado el pliego.

—Pero si es sólo una hoja de papel en blanco.

—No sé nada, teniente. Mi superior, el diputado Quinn, me dio esa carta hace mucho tiempo. Mis órdenes eran entregársela inmediatamente al señor Laverty cuando le ocurriera algo extraño al diputado. Así que, después de oír la noticia por la radio...

—Sí, ya lo sé. Fue asesinado esta noche. ¿Qué clase de trabajo desempeñaba usted para él?

—Bueno, era un secreto, pero no creo que eso importe ahora. Acostumbraba a tomar su lugar en las reuniones y discursos sin importancia que él deseaba evitar.

Como usted ve, teniente, soy su doble.

La procesión

El Rey, mi señor feudal, es un hombre sin ilusiones. Lo comprendemos y no le culpamos, porque la guerra ha sido demasiado larga y amarga y somos tan patéticamente pocos los que quedamos... Pero aún así, desearía que no perdiera el valor. Nos unimos a su pena por haber perdido a nuestra Reina, porque también la amábamos todos, pero ya que la Reina de los Negros murió con ella, su pérdida no significa que hayamos perdido la contienda. Sin embargo, nuestro Rey, quien debiera ser una torre de fortaleza, sonrío débilmente y sus palabras, que intentan darnos valor, suenan falsas en nuestros oídos, porque escuchamos en su voz los ecos del temor y la derrota. No obstante, le amamos y moriremos por él, uno a uno.

Uno a uno moriremos en su defensa, aquí, en sus ensangrentados y amargos campos, hollados por las cabalgaduras de los Caballeros, mientras vivían; Sin embargo, ya todos han muerto, tanto los nuestros como los de los Negros. ¿Conoceremos alguna vez un final, una victoria?

Sólo podemos tener fe, y no caer en el cinismo y la herejía, como mi pobre amigo el Obispo Tibault.

—Luchamos y morimos, sin saber por qué —me murmuró una vez, al principio de la guerra, cuando permanecíamos codo con codo defendiendo a nuestro Rey, al tiempo que la batalla rugía en un extremo alejado del campo.

Ese fue sólo el principio de su herejía. Había dejado de creer en Dios y ahora creía en dioses, dioses que jugaban con nosotros sin que les importáramos como personas. Peor aún, creía que nuestros movimientos ni siquiera nos pertenecían, que no éramos sino muñecos peleando en una guerra inútil. Y llegaba al colmo al pretender —¡qué absurdo!— que Blanco no es necesariamente bueno ni Negro forzosamente malo, ¡y que en la escala cósmica no importa quién gane la guerra!

Por supuesto, sólo a mí me lo decía, y sólo en murmullos, cuando de esas cosas hablaba. Conocía sus deberes como obispo. Luchó bravamente y murió con valor, ese mismo día, empalado en la lanza de un Caballero Negro. Oré por él: *Dios, acoge su alma y dale paz; no sabía lo que decía.*

Sin fe no somos nada. ¿Cómo podía Tibault estar tan equivocado? Los Blancos deben ganar. La victoria es lo único que puede salvarnos. Sin la victoria, nuestros compañeros desaparecidos, aquellos que han dado sus vidas en el campo de batalla para que nosotros vivamos, habrían muerto en vano. Y tú también, Tibault.

Estabas equivocado, tan equivocado... Hay un Dios, y es un Dios tan grande, que te perdonará tu herejía, porque no había mal en ti, Tibault, sino duda. No, la duda es error, pero no maldad.

Sin fe no hay...

¡Pero algo está ocurriendo! Nuestra Torre de Asalto, que estaba al lado de la

Reina al principio del combate, se moviliza contra el malvado Rey Negro, nuestro enemigo. El villano se encuentra cercado y no puede escapar. ¡Hemos ganado!
¡Hemos ganado!

Una voz en los cielos dice calmadamente:

—Jaque mate.

¡Hemos ganado! Esta guerra, esta lucha despiadada no ha sido en vano. Tibault, estabas equivocado, estabas...

Pero, ¿qué ocurre ahora? La Tierra se inclina; un lado del campo de batalla se levanta y nos deslizamos, tanto Blancos como Negros, hacia... hacia una monstruosa *caja*, un ataúd colectivo dentro del cual yaceremos muertos...

¡NO ES JUSTO; HEMOS GANADO! ¡DIOS! ¿TENÍA RAZÓN TIBAULT? ¡NO ES JUSTO; GANAMOS!

El Rey, mi señor feudal, también se arrastra por el tablero.

NO ES JUSTO; NO ESTÁ BIEN; NO ES...

Afición

—He oído un rumor —comentó Sangstrom—, relativo a que usted... —volvió la cabeza y miró a todos los lados para estar completamente seguro de que él y el droguero estaban solos en la farmacia. El droguero era un hombrecillo con aspecto de gnomo, su edad podía ser cualquiera entre los cincuenta y los cien años. Estaban solos; pero, de todos modos, Sangstrom bajó la voz—: relativo a que usted tiene un veneno que no deja rastro alguno.

El droguero asintió. Salió del mostrador, cerró la puerta principal y se dirigió a una puerta en la parte posterior.

—Estaba a punto de tomar mi café —explicó—. Acompañeme a tomar una taza.

Sangstrom le siguió a un cuarto en la parte posterior, cubierto por estantes de botellas, desde el piso hasta el techo. El droguero enchufó una cafetera eléctrica, trajo dos tazas y las depositó en una mesa que tenía una silla a cada lado. Indicó una a Sangstrom y él tomó asiento en la otra.

—Bien —señaló—, dígame, ¿a quién desea matar y por qué?

—Eso no importa. ¿No es suficiente que le pague por...?

El droguero le interrumpió, levantando una mano.

—Sí importa. Debo estar convencido de que usted merece lo que puedo darle. De otro modo... —se encogió de hombros.

—Muy bien —aceptó Sangstrom—. Se trata de mi mujer. El porqué... —Empezó la larga historia. Antes de llegar al final, la cafetera terminó su tarea y el droguero interrumpió brevemente la historia, para servir el café. Sangstrom concluyó su narración.

—Sí —asintió el pequeño droguero—, ocasionalmente proporciono un veneno que no deja rastro. Lo hago sin coste alguno, si creo que el caso lo requiere. He ayudado a muchos asesinos.

—Bien —urgió Sangstrom—, démelo entonces, por favor.

—Ya lo he hecho —sonrió el droguero—. Para cuando el café estuvo listo, ya había decidido que usted lo merecía. Como le dije, es sin cargo alguno. Pero el antídoto tiene un precio.

Sangstrom palideció y tomó sus precauciones, no contra las palabras que pronunciara el droguero sino contra la posibilidad de una traición o alguna forma de chantaje. Sacó una pistola de su bolsillo.

El droguero rió quedamente.

—No se atreverá a usar eso. ¿Podría encontrar el antídoto —señaló los estantes— entre tantos millares de botellas? ¿O quizá encontraría un veneno más rápido y virulento? Si cree que estoy fanfarroneando, que no está realmente envenenado, dispare entonces. Sabrá la respuesta dentro de tres horas, cuando el veneno empiece a

hacer su efecto.

—¿Cuánto por el antídoto? —gimió Sangstrom.

—Un precio razonable. Mil dólares. Después de todo, hay que vivir. Aunque sea un aficionado a evitar asesinatos, no hay razón para no sacar una pequeña ganancia de ello, ¿no cree?

Sangstrom gruñó y bajó la pistola, pero la dejó al alcance de la mano, mientras sacaba la cartera. Quizá después de conseguir el antídoto podría usarla. Contó mil dólares en billetes de cien y los puso sobre la mesa.

El droguero no hizo ningún movimiento para cogerlos.

—Otra cosa, para seguridad de su esposa y mía. Escribiré una confesión de sus intenciones: de sus iniciales intenciones de asesinar a su esposa. Entonces me esperará hasta que yo haya regresado de enviársela por correo a un amigo que trabaja en el Departamento de Homicidios. Él la conservará como evidencia, para el caso de que alguna vez decida matar a su esposa. O a mí. Cuando esté el documento en el correo, me sentiré seguro y podré regresar aquí para facilitarle el antídoto. Le daré papel y pluma...

»¡Ah!, y otra cosa, aunque no sea una exigencia, desde luego. ¿Quiere correr la voz acerca de mi veneno sin rastros por favor? Uno nunca sabe, señor Sangstrom. Quizá la siguiente vida que salve sea la suya.

El anillo de Hans Carvel

(Reescriba y en cierta medida modernizada versión de las obras de Rabelais.)

Érase una vez que vivía en Francia un próspero aunque ligeramente envejecido joyero llamado Hans Carvel. Además de ser un hombre estudioso y entendido, resultaba un hombre admirable. Y un hombre al que le gustaban las mujeres, pero que, por unas razones u otras, y aunque no llevase una vida de célibe, había conseguido permanecer como bachiller hasta aquel momento: bueno, digamos que su edad era de sesenta años y no mencionemos ya en qué dirección la había encauzado.

A aquella edad, se enamoró de la hija de un alguacil: una joven y hermosa muchacha, animada y vivaz, un plato capaz de saciar el apetito de un rey.

Y se casaron.

A las pocas semanas de aquel feliz matrimonio, Hans Carvel empezó a sospechar que su joven esposa, a quien amaba profundamente, era *demasiado* animada y *demasiado* vivaz. Y que todo cuanto era capaz de ofrecer a su esposa —además del dinero, cosa de la que disponía abundantemente— quizá no bastase para contentarla. ¿Quizá no?, se preguntaba. *Seguro* que no.

No sin falta de razón, empezó a cabilar, hasta que estuvo prácticamente seguro de que ella completaba su vida amorosa con algún —o posiblemente algunos— hombres más jóvenes que él.

El pensamiento fue abriéndose paso en su mente. De hecho, le condujo a un estado de distracción tal que las pesadillas le atenazaban casi todas las noches.

En uno de aquellos sueños, cierta noche, se encontró a sí mismo hablando con el Diablo, explicándole el dilema, y ofreciendo el tradicional precio por algo, *cualquier cosa*, que asegurase la fidelidad de su esposa.

En el sueño, el Diablo asentía amablemente y le decía a Hans:

—Te daré un anillo mágico. Lo encontrarás cuando despiertes. Mientras lleves el anillo, a tu esposa le resultará completamente imposible serte infiel sin tu conocimiento y consentimiento.

Y el Diablo se esfumó y Hans Carvel despertó.

Y encontró, efectivamente, un anillo y descubrió que lo que le dijo el Diablo era totalmente verdad.

Pero su joven esposa también se despertó y le dijo:

—Hans, cariño, no es para tu dedo. *Eso* no se pone *ahí*.

Flota vengadora

Vinieron de la negrura del espacio, desde una distancia inimaginable. Convergieron en Venus y lo barrieron. Cada uno de los dos millones y medio de seres de aquel planeta, todos colonos de la Tierra, murieron en cuestión de minutos, y toda la flora y fauna de Venus desapareció con ellos.

Era tal el poder de sus armas que hasta la misma atmósfera del planeta, repentinamente condenado, ardió y se evaporó. Venus estaba doblegado e inerme, y fue tan inesperado el ataque y tan rápidos y devastadores los resultados, que no pudo hacerse un solo disparo de defensa.

Seguidamente, se dirigieron hacia el siguiente planeta, hacia el exterior: la Tierra.

Pero no fue lo mismo. La Tierra estaba preparada; por supuesto, no porque hubiera tenido margen para hacerlo en los contados minutos que transcurrieron desde la llegada de los invasores al sistema solar, sino porque en aquel entonces, el año 2820, la Tierra se encontraba en guerra con su colonia marciana, que había crecido hasta alcanzar la mitad de la población terrestre, y combatía por su independencia. En el momento del ataque a Venus, las flotas de la Tierra y Marte maniobraban para entrar en combate cerca de la luna.

Pero la batalla terminó antes que cualquier otra de la Historia. Una flota conjunta de naves terrestres y marcianas, unidas ante la emergencia, salieron al encuentro de los invasores y los encontraron entre Venus y la Tierra. Eramos numéricamente superiores y los invasores fueron barridos del espacio, totalmente aniquilados.

En las siguientes veinticuatro horas se firmó la paz entre la Tierra y Marte, en la capital terrestre de Alburquerque: una paz sólida y duradera, basada en el reconocimiento de la independencia de Marte, y sellada con una alianza perpetua entre los dos mundos, ahora los únicos planetas habitables del sistema solar, frente a cualquier agresión extraña. Comenzaron a elaborar planes para la creación de una flota vengadora que encontrase la base de los atacantes y los destruyera antes de que enviaran otra flota contra nosotros.

Los instrumentos terrestres y las naves de patrulla detectaron la llegada de los invasores, aunque no a tiempo para salvar Venus, y la lectura de los instrumentos mostró la dirección de donde habían venido los extraños, e indicó, aunque no mostró exactamente la magnitud, que procedían de una distancia inimaginable.

Una distancia que habría resultado imposible de salvar si no hubiera sido por el C-plus Drive, inventado recientemente, que permitía a una nave acelerarse hasta una velocidad muy superior a la de la luz. Se trataba de un modelo no experimentado todavía porque la guerra Marte-Tierra había agotado los recursos de ambos planetas, y el C-plus Drive no tenía objeto dentro del sistema solar, dado que se requerían vastas distancias para acelerar a mayor velocidad que la luz.

Ahora..., sin embargo, tenía un propósito definido; la Tierra y Marte combinaron sus esfuerzos y sus tecnologías para tratar de enviar una flota contra el planeta originario de los invasores y acabar con él. Tomaría diez años, y se estimaba que el viaje consumiría diez más.

La flota vengadora, no muy grande en número pero increíblemente poderosa en armamento, dejó Puertomarte en el 2830.

No volvió a saberse nada de ella.

Y no fue hasta un siglo más tarde cuando se conoció su posición, y sólo gracias al razonamiento deductivo de Jon Spencer 4, un gran historiador y matemático.

»Sabemos —escribió Spencer— desde hace algún tiempo, que un objeto que exceda la velocidad de la luz viaja hacia atrás en el tiempo. Por tanto, la flota vengadora alcanzó su destino, de acuerdo con nuestra cronología, antes de haber iniciado su jornada.

»No sabíamos, hasta ahora, las dimensiones del universo en que vivimos. Pero mediante la experiencia de la flota vengadora, podemos deducirlas ya. En una dirección, por lo menos, el universo mide C^c millas de un extremo a otro. En diez años, viajando hacia adelante en el espacio y hacia atrás en el tiempo, la flota cubrió exactamente esa distancia, $186.334^{186.334}$ millas. La flota, siguiendo la línea recta, viajó circunnavegando el universo, hasta su punto de partida, y llegó allí diez años antes de haber salido. Destruyó el primer planeta que encontró, y también la flota que salía a su encuentro, y, al hacerlo, con seguridad dio la orden de cese el fuego en el instante en que la flota Tierra-Marte lo alcanzaba.

»Es ciertamente una asombrosa paradoja reconocer que la flota vengadora estaba encabezada por el almirante Barlo (quien también tuvo a su cargo la flota terrícola durante el conflicto marciano-terrestre), en los momentos en que las flotas combinadas de Marte y la Tierra se asociaron para destruir a quienes pensaban que eran invasores extraños, y que muchos otros hombres en ambas flotas, durante aquel día memorable, más tarde formaron parte del personal de la flota vengadora.

»Es interesante especular qué hubiera sucedido si el almirante Barlo, al final de su jornada, hubiera reconocido Venus en lugar de destruirlo. Pero tal especulación es fútil, pues no podría haberlo hecho, porque ya la había destruido, y, de no ser eso cierto, no hubiera actuado como almirante de la flota enviada para vengar la destrucción. El pasado no puede alterarse.

La cuerda trucada

El señor George Darnell y su esposa —cuyo nombre era Elsie, por si puede interesarles— estaban dando la vuelta al mundo en su luna de miel. En su *segunda* luna de miel, que empezó el día que celebraron su vigésimo aniversario. George andaba en la treintena y Elsie en la veintena en aquella primera luna de miel, con lo que, si empleo la regla de cálculo, obtengo que en el momento de nuestra historia corría por la cincuentena George y por la cuarentena Elsie.

Ella vivía plenamente sus peligrosos cuarenta (frase aplicable tanto a una mujer como a un hombre) y se sentía muy, pero que muy desanimada por lo que había pasado... o, más específicamente, por lo que *no* había pasado, durante las primeras tres semanas de su segunda luna de miel. Pues, para ser completamente honestos, nada, absolutamente nada, *había pasado*.

Hasta que llegaron a Calcuta.

Se registraron en un hotel para una estancia de una única noche y, tras refrescarse un poco, decidieron dar un paseo por la ciudad para poder ver, durante el día y la noche que pensaban pasar en ella, todo lo que pudieran.

Llegaron al bazar.

Y allí se encontraron a un fakir hindú efectuando el truco de la cuerda trucada. No se trataba de la versión espectacular y complicada en la que un muchacho trepa por la soga y... pero bueno, ya se saben la historia completa del truco hindú de la soga trucada...

Aquella era una versión más simplificada. El fakir, con un pequeño rollo de cuerda dispuesto en el suelo ante sí, repetía una y otra vez unas cuantas notas con la flauta; y gradualmente, a medida que tocaba, la cuerda se iba levantando en el aire para quedarse rígida.

Aquello le dio a Elsie Darnell una maravillosa idea... aunque no se la contó a George. Volvió con él a la habitación del hotel y, después de cenar, esperó hasta que se durmiera... como siempre, a las nueve en punto.

Ella, entonces, tranquilamente salió de la habitación y abandonó el hotel. Encontró a un taxista y, por señas, consiguió que la llevara al bazar, donde encontró al fakir.

Hizo toda una representación mímica para darle a entender al fakir que quería comprarle la flauta, además de ofrecerle unas cuantas monedas para que le enseñase a tocar las simples y repetidas notas que hacían que la cuerda se levantase.

Inmediatamente después, volvió al hotel y subió a la habitación. Su esposo, George, roncaba sonoramente... como siempre.

Situándose junto a la cama, Elsie empezó a tocar suavemente la sencilla melodía de la flauta.

Una y otra vez.

Mientras tocaba, gradualmente, la sábana empezó a levantarse por encima de su dormido esposo.

Cuando estuvo lo suficientemente alta, dejó de tocar y, con un alegre grito, apartó la sábana.

¡Y allí mismo, totalmente erecto en el aire, estaba la parte inferior del pijama de George!

Error fatal

El señor Walter Baxter fue durante mucho tiempo un ávido lector de historias de crímenes y detectives, así es que, cuando decidió asesinar a su tío, sabía que no debería cometer un solo error.

Y que, para evitar la posibilidad de caer en el error, la simplicidad habría de ser la nota dominante. Simplicidad absoluta. Sin preparar ninguna coartada que pudiera fracasar. Sin *modus operandi* complicado. Sin huellas.

Bueno, una huella pequeña. Una muy simple. También tendría que robar todo el dinero que hubiera en la casa de su tío, para que el asesinato pareciera un accidente producto del propio robo. De otro modo, como único heredero de su tío, él mismo sería un sospechoso demasiado obvio.

Se tomó su tiempo para conseguir una pequeña palanca, de tal modo que nadie pudiese seguir la pista de su adquisición hasta él. Le serviría tanto como herramienta como para cometer el homicidio.

Planeó hasta el detalle más nimio, sabiendo que no se podría permitir ningún error y que, ciertamente, no lo cometería. Con extremado cuidado eligió la noche y la hora.

La palanca abrió la ventana con facilidad y sin hacer ruido. Entró a la estancia. La puerta de la habitación estaba abierta, pero al no oír ningún sonido procedente del interior, decidió terminar primero con los detalles del robo. Sabía dónde guardaba su tío el dinero, pero era preciso provocar un cierto desorden: como si se hubiese producido una búsqueda. Tenía suficiente luz de luna como para ver con claridad el camino; se movió silenciosamente...

En casa, dos horas más tarde, se desvistió rápidamente y se acostó. No existían posibilidades de que la policía se enterara del crimen antes del día siguiente, pero estaba listo para el caso de que vinieran por sorpresa. Hizo desaparecer el dinero y la palanca; le dolió destruir varios cientos de dólares, pero era el único método seguro, y no representaban nada ante los cincuenta mil o más que heredaría.

Llamaron a la puerta. ¿Tan pronto? Trató de calmarse; fue a la puerta y la abrió. El sheriff y un ayudante se abrieron paso al interior.

—¿Walter Baxter? Traigo una orden de arresto. Vístase y venga con nosotros.

—¿Una orden de arresto? ¿Por qué?

—Robo con fractura. Su tío lo vio y le reconoció desde la puerta de la habitación. Se quedó quieto hasta que usted salió y luego fue al pueblo a denunciarlo.

Walter Baxter abrió la boca. Después de todo, cometió un error.

Planeó un asesinato perfecto; pero abstraído con el robo, había olvidado cometerlo.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver I

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, fue muy feliz. Sabía que tendría al mundo en un puño si conservaba el secreto de su invención. Podría convertirse en el hombre más rico de la tierra, un potentado más allá de los sueños de la avaricia. Todo lo que tenía que hacer era emprender breves viajes al futuro para saber qué acciones subirían en el mercado y qué caballos ganarían, para después regresar al presente y comprar esas acciones o apostar a tales caballos.

Primero comenzaría con las carreras, desde luego, ya que necesitaría mucho capital para jugar en el mercado de valores, mientras que en las pistas podría empezar con una apuesta de un par de dólares y rápidamente multiplicarla hasta lograr miles. Pero habría de apostar en las propias taquillas del hipódromo; pues, jugando así, quebraría con demasiada rapidez a cualquier corredor de apuestas y, además, no conocía a ninguno. Por desgracia, los únicos hipódromos en actividad en ese momento eran los del sur de California y Florida, ambos más o menos equidistantes: a unos cien dólares en pasajes de avión. No tenía para empezar, y le llevaría semanas ahorrar tal cantidad a partir de su salario de empleado de supermercado. Sería horrible tener que esperar tanto tiempo, sobre todo para empezar a ser rico.

Repentinamente recordó la caja de caudales del supermercado donde trabajaba en el turno de tarde, desde la una a las nueve, que era la hora del cierre. Habría por lo menos mil dólares en la caja, y la cerradura era de tiempo. ¿Qué mejor que una máquina del tiempo para atacar una cerradura de tiempo?

Cuando fue a trabajar aquel día se llevó su máquina; era bastante compacta y la diseñó de modo que cupiera dentro del estuche de una cámara fotográfica, de modo que pudo introducirla en la tienda con facilidad. Cuando puso en el casillero su sombrero y abrigo, también dejó la máquina del tiempo.

Trabajó como de costumbre, hasta unos minutos antes de la hora del cierre. Entonces se ocultó en la bodega tras una pila de cajas de cartón. Tenía la seguridad de que nadie lo echaría de menos durante la salida de los empleados, y así fue. Para mayor seguridad esperó casi una hora más, asegurándose de que todos se habían marchado. Entonces salió del escondite, sacó la máquina del casillero y fue hacia la caja. Esta tenía un mecanismo fijo, para abrirse automáticamente once horas más tarde; Eustace ajustó su máquina del tiempo, exactamente a ese período.

Se aferró bien a la palanca de la caja. Uno o dos experimentos anteriores le enseñaron que todo lo que usara, llevara o cogiera, viajaría con él a través del tiempo. Entonces, apretó el obturador de la máquina.

No sintió nada, pero escuchó el mecanismo de la caja al abrirse y, al mismo momento, exclamaciones y voces excitadas a su espalda. Se volvió, comprendiendo de inmediato el error cometido: eran las nueve de la mañana del día siguiente y los

empleados de la tienda, los del turno de mañana, ya se encontraban allí, notando la falta de la caja y formando un cerrado semicírculo alrededor del hueco que quedaba en su lugar cuando la caja y Eustace aparecieron de súbito.

Por fortuna, aún tenía la máquina en la mano. Rápidamente giró el indicador a cero, y oprimió el botón.

Y, por supuesto, volvió nuevamente al punto de partida y...

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver II

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo sabía que tendría el mundo en un puño, mientras mantuviera el secreto. Todo lo que tenía que hacer para enriquecerse rico era llevar a cabo breves viajes al futuro, para ver qué caballos ganarían en las carreras y qué acciones subirían y después regresar y apostar a esos caballos o comprar esas acciones.

Los caballos serían lo primero, pues requerían menos capital; aunque él no tenía ni siquiera dos dólares que apostar, por no mencionar el coste de los pasajes de avión hacia el hipódromo más cercano.

Pensó en la caja fuerte del supermercado donde trabajaba como empleado en el almacén. En la caja habría por lo menos mil dólares y tenía una cerradura de tiempo. Una cerradura de tiempo sería un juego de niños para una máquina de tiempo.

Así que cuando fue a trabajar aquel día se llevó la máquina del tiempo oculta en un estuche de cámara fotográfica y la dejó en su casillero. Cuando a las nueve cerraron la tienda se escondió en el almacén y esperó una hora hasta estar seguro de que todos se habían marchado. Entonces sacó la máquina y se dirigió a la caja.

Fijó la máquina para un lapso de once horas más tarde, pero entonces pensó en otra posibilidad. Dicho ajuste lo trasladaría a las nueve de la mañana del siguiente día. La caja se abriría entonces, pero también estaría abriéndose la tienda y tendría gente a su alrededor. Así que, en vez de lo anterior, fijó la máquina para un plazo de veinticuatro horas, asió la palanca de la caja y oprimió el botón de la máquina del tiempo.

Al principio pensó que nada ocurría. Entonces se percató de que la manivela de la caja se movía cuando le dio vuelta y que, por lo tanto, el salto a la noche del siguiente día era un hecho. Y, por supuesto, el mecanismo de tiempo de la caja se abrió en ese transcurso. Abrió la caja y cogió todo el dinero que encontró, guardándolo en todos sus bolsillos.

Antes de salir por la puerta lateral, buscó el pasador que mantenía la caja cerrada por el interior, pero entonces le asaltó un pensamiento brillante. En vez de salir por una puerta hizo uso de la máquina del tiempo, aumentando el misterio al dejar las puertas perfectamente cerradas y regresando al punto donde había ultimado su idea, día y medio *antes* del robo.

Así, para cuando tuviera lugar el robo, él podía tener una coartada perfecta; estaría en un hotel de la Florida o California, a más de mil kilómetros de la escena del crimen. No pensó antes en la máquina del tiempo como una generadora de coartadas, pero ahora se daba cuenta de que cumplía dicho propósito a la perfección.

Marcó el cero en la máquina y oprimió el botón.

Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver III

Cuando Eustace Weaver inventó su máquina del tiempo, sabía que tendría al mundo en un puño, mientras mantuviera la invención en secreto, porque jugando a las carreras y a la bolsa se haría fabulosamente rico en muy poco tiempo. El único problema era que estaba totalmente arruinado.

De pronto recordó la tienda en la que trabajaba y la caja de caudales que operaba con una cerradura de tiempo. Pero una cerradura de tiempo no sería problema para quien tuviera una máquina del tiempo.

Se sentó, a pensar, en el borde de la cama. Metió la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo y, al hacerlo, sacó también un puñado de billetes, ¡billetes de diez dólares! Buscó en los demás bolsillos y encontró dinero en todos. Lo reunió en la cama, lo contó y resultó que tenía, aproximadamente, mil cuatrocientos dólares.

De pronto se dio cuenta de lo ocurrido y rió alegremente. Había ido hacia adelante en el tiempo y había vaciado la caja de caudales del supermercado, empleando la máquina para retornar al punto en que planeaba el robo. Y dado que el atraco aún no había ocurrido en el tiempo normal, todo lo que tenía que hacer era largarse del pueblo y estar a mil millas de distancia de la escena del robo, cuando éste ocurriera.

Dos horas más tarde estaba en un avión con destino a Los Angeles, hacia el hipódromo de Santa Anita, sumido en sus pensamientos. Algo sobre lo que no había pensado antes era el hecho aparente de que, cuando diera un salto al futuro y regresara, no recordaría nada de lo que todavía no había sucedido en realidad.

Pero el dinero regresó con él. Por tanto, también sucedería lo mismo con notas y apuntes, o publicaciones sobre carreras de caballos o las páginas de finanzas de los diarios. No tendría problemas.

En Los Angeles tomó un taxi y se hospedó en un buen hotel. Ya era bastante tarde y decidió aguardar hasta el día siguiente para dar un salto al futuro, así que, por el momento, se metió en la cama y durmió hasta casi el mediodía.

El taxi se detuvo en un embotellamiento en la autopista y no llegó al hipódromo de Santa Anita hasta que la primera carrera no hubo terminado, pero alcanzó a ver el número del ganador en el tablero y lo anotó en su programa. Vio cinco carreras más, sin apostar, anotando los ganadores cuidadosamente, y no se molestó con la última carrera. Abandonó la tribuna y se deslizó bajo ellas, buscando un sitio aislado donde nadie pudiera verlo. Colocó el dial de la máquina dos horas antes y oprimió el botón.

Nada ocurrió. Probó nuevamente, con el mismo resultado, y entonces una voz a su espalda le dijo:

—No funciona. Hay un campo que lo desactiva.

Se volvió y junto a él se encontraban dos jóvenes altos y esbeltos: uno era moreno

y el otro rubio y ambos tenían una mano en el bolsillo, en actitud de empuñar un arma.

—Somos de la Policía del Tiempo —informó el rubio— del siglo veinticinco. Venimos a sancionarle por uso ilegal de una máquina del tiempo.

—P-p-p-ero —tartamudeó Weaver— c-cómo pude saber que la carrera estaba... —Su voz se hizo más firme—: Además, todavía no he hecho ninguna apuesta.

—Es verdad —asintió el rubio—. En cualquier caso, cuando encontramos un inventor de una máquina del tiempo usándola para ganar cualquier clase de juego, le advertimos la primera vez. Pero hemos investigado y averiguado que el primer uso que hizo usted de ella fue para robar dinero de una tienda. Y eso es un crimen en cualquier siglo. —Sacó de su bolsillo algo que se parecía vagamente a una pistola.

—No intentarán... —protestó Eustace, retrocediendo.

—Por supuesto que sí —aseguró el joven rubio, y accionó el gatillo. Fue el fin de Eustace Weaver.

Expedición

—La primera gran expedición a Marte —recitó el profesor de Historia—, la que siguió a la exploración preliminar de naves de un solo hombre y cuyo propósito era establecer una colonia permanente, condujo a un gran número de problemas. Uno de los más complejos fue: ¿Cuántos hombres y cuántas mujeres habrían de tomar parte en el total de los treinta miembros de personal expedicionario?

»Al respecto, existían tres opiniones diferentes:

»Una insistía en el sentido de que la nave debería incluir a quince hombres y quince mujeres, muchos de los cuales, sin duda, encontrarían una pareja adecuada para dar a la colonia un arranque rápido.

»La segunda establecía que la nave llevara veinticinco hombres y cinco mujeres, bajo la hipótesis de que éstas firmaran una renuncia a cualquier tendencia monógama, basándose en la teoría de que cinco mujeres podrían mantener fácilmente a veinticinco hombres sexualmente felices, y que veinticinco hombres podrían mantener a cinco mujeres, aún más felices.

»La tercera opinión sostenía que la expedición debía constar de treinta hombres, ya que en aquellas circunstancias se mantendrían todos absolutamente concentrados en el trabajo. Pues se argumentaba que, dado que una segunda nave seguiría a la primera, poco más o menos un año después, transportando llevando casi exclusivamente mujeres, no sería muy difícil para los hombres aguantar el celibato durante ese lapso de tiempo. Especialmente, porque ya estaban acostumbrados a ello, porque las dos escuelas de Cadetes Espaciales, una para hombres y otra para mujeres, segregaban rígidamente los sexos.

»El Director de Viajes Espaciales solucionó la discusión mediante un sencillo expediente. El... ¿Sí, señorita Ambrose? —Una chica levantaba la mano.

—Profesor. ¿Fue esa expedición la encabezada por el capitán Maxon? ¿Al que llamaban el Toro Maxon? ¿Podría decirnos de dónde le vino el sobrenombre?

—A eso voy, señorita Ambrose. En las clases de años anteriores se les había hablado de la expedición, pero no de todos los detalles; ahora ya están en edad de conocerlos.

»El Director de Viajes Espaciales terminó con la discusión: cortó el nudo gordiano anunciando que el personal de la expedición se elegiría mediante sorteo, sin tener en cuenta el sexo, entre los graduados de ambas academias. No hay duda de que, personalmente, prefería la tripulación de veinticinco hombres y cinco mujeres, ya que la escuela de hombres tenía aproximadamente quinientos alumnos, por cien de la escuela de mujeres, y de acuerdo con la ley distributiva de las probabilidades, tocarían a cinco hombres por cada mujer. Sin embargo, la ley de las probabilidades no siempre funciona de igual forma para todas las series. Y en este caso salieron

elegidas por el sorteo, veintinueve mujeres y un solo hombre.

»Hubo fuertes protestas de casi todos, a excepción de los ganadores, pero el director se atuvo a lo estipulado; el sorteo fue legal y rehusó cambiar la posición de cualquiera de los ganadores. Su única concesión para aplacar al ego masculino fue nombrar a Maxon, el único hombre, capitán. La nave despegó y tuvo un feliz viaje.

»Cuando aterrizó la segunda expedición encontraron duplicada su población. Exactamente duplicada. Cada mujer miembro de la tripulación tenía un niño, incluso una gemelos, lo cual daba un total de treinta infantes.

»Sí, señorita Ambrose, puedo ver su mano alzada, pero permítame terminar, por favor. No, no hay nada espectacular en lo que les he dicho hasta ahora. Aunque muchos objetarían de inmediato el relajamiento de la moral, desde luego que no se trata de una gran hazaña para un hombre, dado el tiempo con que contó, el embarazar a veintinueve mujeres.

»Lo que otorgó al capitán su sobrenombre proviene del hecho de que las obras de la segunda nave fueron mucho más rápidas de lo estipulado y la segunda expedición no llegó un año después, sino solamente nueve meses y dos días más tarde.

»¿Contesta eso a su pregunta, señorita Ambrose?

Barba brillante

Ella estaba asustada, terriblemente asustada, desde que su padre la concediera en matrimonio al extraño hombre de la barba de color encendido.

¡Había algo tan siniestro en él, en su gran fuerza, en sus ojos aguileños, en el modo como la miraba...! Además corría el rumor —sólo un rumor, por supuesto— de que tuvo otras esposas y que nadie sabía lo que les había ocurrido Y también el extraño asunto del cuarto al que le prohibió entrar, y ni siquiera sólo asomarse al interior.

Hasta hoy lo había obedecido especialmente después de intentar abrir la habitación y encontrarla cerrado con llave.

Pero ahora estaba de pie enfrente de la puerta, con la llave, o con la que creía era la llave, en su mano. Era una llave que había encontrado, apenas una hora antes, en el escritorio de su esposo; sin duda se deslizó de uno de sus bolsillos, y parecía del tamaño justo para el agujero de la cerradura de la puerta del cuarto prohibido.

Ella probó y resultó la llave adecuada; la puerta se abrió. Al otro lado, sin embargo, no estaba lo que temía hallar. Pero en cambio encontró algo más sorprendente: un equipo electrónico tremendamente complicado.

—Bien, querida —resonó una sardónica voz a sus espaldas—, ¿sabes qué es eso?

Ella se dio media vuelta para enfrentarse a su esposo.

—Bueno... creo que... parece un...

—Exacto, querida, es una radio. Pero una radio extremadamente poderosa, que puede transmitir y recibir a distancias interplanetarias. Con ella, puedo establecer comunicación con el planeta Venus. Como verás, querida, yo soy un venusino.

—Pero no entien...

—No necesitas entenderlo; de todos modos, me explicaré. Soy un espía venusino, la vanguardia de una próxima invasión a la Tierra. ¿Qué creíste? ¿Que como mi barba es azul encontrarías un cuarto lleno de mis anteriores esposas asesinadas? Sé que padeces daltonismo, pero seguramente tu padre te dijo que mi barba es roja.

—Por su puesto, pero...

—Pero tu padre está también en un error. Él la vio roja, ya que cada vez que salgo tiño mi barba y cabellos de rojo, con una tintura fácilmente lavable. En casa, sin embargo, prefiero conservarla con su color natural, que es verde. Por esa razón escogí una esposa daltónica, ya que así no se percataría de la diferencia.

»Por esa razón siempre he elegido a mis esposas, daltónicas. —Suspiró pesadamente—. Por desdicha, además del color de mi barba, tarde o temprano cada una de ellas ha pecado de curiosidad excesiva, como tú. Pero no las conservo en esta habitación; todas están enterradas en el sótano.

Su mano, terriblemente fuerte, se cerró en el brazo de ella.

—Ven, querida, y te mostraré sus tumbas.

Jotacé

—Walter, ¿qué es un jotacé? —le preguntó la señora Ralston a su esposo, el doctor Ralston, mientras desayunaban.

—Bueno... creo que es la denominación que se emplea para referirse a un Joven Miembro de la Cámara de Comercio. No sé si todavía les llamarán así. ¿Por qué?

—Marta dice que Henry estuvo ayer musitando sin parar cosas sobre los jotacés, sobre cincuenta millones de jotacés. Y que la empezó a insultar cuando le preguntó lo que quería decir. —Marta era la mujer del señor Graham, y Henry, su marido, el doctor Graham. Vivían en la casa de al lado y ambos matrimonios eran muy amigos.

—Cincuenta millones —dijo el doctor Ralston pensativamente—. Debe ser el número de párticos.

Tendría que habérselo imaginado; él y el doctor Graham eran los responsables de los párticos: nacimientos por partenogénesis. Veinte años antes, en 1980, realizaron juntos el primer experimento de partenogénesis humana, la fertilización de una célula femenina sin ayuda alguna del macho. El fruto de aquel experimento, llamado John, contaba a aquellas alturas con veinte años y vivía en la casa que se alzaba junto a la del doctor y la señora Graham, pues éstos le habían adoptado unos años antes, tras la muerte de su madre en un accidente. Hasta que John no llegó a los diez años, obviamente saludable y normal, las autoridades no bajaron la guardia y permitieron que cualquier mujer que quisiera tener un hijo, soltera o casada con un marido estéril, lo hiciera mediante partenogénesis. Debido a la cada vez mayor carencia de hombres —la desastrosa epidemia de testerosis de la década de los 70 acabó con la tercera parte de la población masculina del planeta—, unas cincuenta millones de mujeres habían tenido hijos mediante el método partenogenético. Afortunadamente, de aquel modo se podía equilibrar el porcentaje de los sexos, pues todos los nacimientos eran niños.

—Marta cree —siguió diciendo la señora Ralston— que Henry se preocupa excesivamente por John, aunque no sabe por qué. Pues es un *buen* muchacho.

El doctor Graham entró apresuradamente en la habitación sin molestarse en llamar a la puerta. Tenía el rostro blanco y los ojos a punto de salirse de las órbitas al mirar a su colega.

—Yo tenía razón —dijo.

—¿Razón? ¿En qué?

—Sobre John. No se lo había dicho a nadie, pero, ¿te acuerdas de lo que hizo la otra tarde cuando se acabaron las bebidas para la fiesta?

El doctor Ralston se estremeció.

—¿Transformar el agua en vino?

—En ginebra; estábamos preparando martinis. Hoy se ha ido a esquiar al lago...

pero no se llevó, porque no tiene, los esquiés de agua... Me ha dicho que con fe, no le harían falta.

—Oh, *no* —exclamó el doctor Ralston. Ocultó el rostro entre las manos.

Una vez más en la historia se había producido un nacimiento a partir de una virgen. De momento, eran cincuenta millones los nacidos de aquella forma. Pasados diez años habría cincuenta millones de... jotacés.

—¡No! —se lamentó el doctor Ralston—, ¡*no!*

Contacto

Dhar Ry estaba sólo en su habitación, meditando. Desde el otro lado de la puerta captó un pensamiento que era equivalente a una llamada y, mirando hacia la entrada, deseó abrirla. Y se abrió.

—Entra, amigo mío —dijo. Podría haber proyectado la idea telepáticamente, pero habiendo dos persona presentes, parecía mucho más educado hablar.

Ejon Khee entró en la alcoba.

—Líder, no has descansado ni un instante en toda la noche —dijo.

—Sí, Khee. Dentro de una hora, el cohete de la Tierra deberá aterrizar y quiero verlo. Sí, lo sé, aterrizará a mil millas de nosotros, si sus cálculos son correctos. Más allá del horizonte. Pero, aunque aterrizase a dos veces esa distancia, el resplandor de la explosión atómica sería visible y yo he esperado mucho este primer contacto. Aunque ningún terrestre viaje en el cohete, de todas formas constituirá un primer contacto... para ellos. Naturalmente, nuestros grupos de telépatas han estado leyendo sus pensamiento a lo largo de los siglos, pero... este será el primer contacto *físico* entre Marte y la Tierra.

Khee se sentó cómodamente en uno de los bajos sillones.

—Cierto —dijo—. Creo que no he seguido con la debida atención los últimos informes. ¿Por qué emplean una cabeza nuclear? Sé que suponen que nuestro planeta está deshabitado, pero...

—Observarán el fogonazo desde los telescopios lunares y conseguirán así un... ¿cómo lo llaman...? un análisis espectrográfico que les dirá muchas más cosas de las que ahora saben (o creen saber; casi todo lo que consideran cierto es erróneo) sobre la atmósfera de nuestro planeta y la composición de su superficie. Digamos que es un disparo de... de estudio, Khee. Dentro de unas cuantas oposiciones llegarán hasta aquí. Y entonces...

Marte aguardaba esperanzado la llegada de los terrestres; o por mejor decirlo, lo que quedaba de Marte: una pequeña ciudad de unos novecientos habitantes. La civilización marciana era mucho más antigua que la terrestre, pero estaba moribunda. Aquello era todo lo que quedaba de ella: una ciudad, novecientos seres. Esperaban a los terrestres por una razón desinteresada y por otra interesada.

La civilización marciana se había desarrollado de un modo distinto a la de la Tierra. No realizaron ningún avance espectacular en lo relativo a las ciencias físicas ni a la tecnología. Pero habían desarrollado las ciencias sociales hasta un punto tal en que no se había cometido ningún crimen, ni se había declarado una guerra, en más de cincuenta mil años. Y, además, las ciencias parapsicológicas, las ciencias de la mente, se situaban más allá de los adelantos que las mentes de la Tierra apenas empezaban a descubrir.

Marte podría enseñarle muchas cosas a la Tierra. Para empezar, dos cosas muy sencillas: cómo terminar con el crimen y la guerra. Más adelante continuarían con la telepatía, la telequinesia, la empatía...

Y la Tierra, al menos aquella, era la confianza de Marte, podría enseñar cosas muy valiosas a los marcianos: cómo, mediante el empleo de la ciencia y la tecnología—demasiado tarde era ya para que los marcianos las desarrollasen, aunque hubieran tenido mentes adecuadas para hacerlo—, restaurar y rehabilitar un planeta moribundo y conseguir así que una raza destinada a perecer pudiera vivir y multiplicarse nuevamente. Cada uno de los planetas ganaría mucho... y ninguno de los dos perdería nada.

Aquella era la noche en que la Tierra establecería el primer contacto: un disparo de estudio. En el siguiente paso, un cohete con terrestres, o al menos con un terrestre, llegaría durante la siguiente oposición, dos años después, o cuatro años marcianos. Los marcianos conocían aquel dato gracias a los grupos de telépatas que captaban los pensamientos de los terrestres y descubrían sus planes. Desgraciadamente, a aquella distancia, la conexión era de un solo sentido y los marcianos no podían apremiar a los terrestres a adelantar el programa. O comunicarles a los científicos terrestres los datos que buscaban sobre la composición del suelo y la atmósfera marciana y de aquel modo acelerar el procedimiento.

Aquella noche, Ry, el líder (lo más parecido a una traducción de la palabra marciana correspondiente), y Khee, su ayudante administrativo y mejor amigo, meditaban juntos mientras llegaba la hora. Brindaron por el futuro—con una bebida basada en el mentol y que les causaba a los marcianos el mismo efecto que el alcohol a los terrestres— y subieron a la terraza del edificio en que se encontraban. Miraron hacia el norte, donde debería caer el cohete. Las estrellas resplandecían más allá de la tenue atmósfera...

En el Observatorio Número 1 de la Luna terrestre, Rog Everett, atento al visor del telescopio, dijo triunfalmente:

—Ya está, Willie. En cuanto hayamos revelado la película, sabremos de qué está compuesto el maldito planeta Marte. —Apartó la vista, porque ya no había nada que ver, y Willie Sanger le estrechó las manos efusivamente; era un momento histórico.

—Espero que no hayamos matado a nadie. Marcianos, quiero decir. Rog, ¿acertamos en el centro de Sirtis?

—Muy cerca. La longitud fue correcta, pero nos desviamos unas mil millas hacia el sur. No está mal para un disparo a cincuenta millones de millas. Willie, ¿tú crees que existirán marcianos?

Willie pensó unos segundos antes de responder.

—No.

Y Willie tenía razón.

Carrera de caballos

Garn Roberts, también conocido —aunque sólo para los altos oficiales de la Federación Galáctica— como Agente Secreto K-1356, dormía en una astronave para un solo tripulante que viajaba a catorce años luz por hora en control automático a doscientos seis años luz de la Tierra. Un timbrazo le despertó repentinamente. Se apresuró a llegar al telecom y lo encendió. La cara de Daunen Brand, Ayudante Especial del Presidente de la Federación, ocupó la pantalla y la voz de Brand llegó hasta él por el altavoz.

—K-1356, tengo un mensaje para usted. ¿Conoce el sol llamado Novra, en la constelación...?

—Sí —dijo Roberts rápidamente; la comunicación a aquella distancia consumía mucha energía, y quería ahorrarle al Ayudante Especial todo el tiempo que pudiera.

—Bien. ¿Conoce usted su sistema planetario?

—Nunca he estado allí. Sé que Novra tiene dos planetas habitados, eso es todo.

—Correcto. El planeta interior está habitado por una raza humanoide, no muy distinta de nosotros. En el planeta exterior vive una raza muy semejante a los caballos terrestres, sólo que cuentan con un tercer par de patas rematadas en manos, lo que les capacita para alcanzar un cierto grado de civilización. El nombre que se dan a sí mismo es impronunciable para los terrestres, de modo que les llamamos, sencillamente, Caballos. Saben lo que quiere decir el nombre, pero no les importa; no son muy sensibles a esas cosas.

—Sí, señor —replicó Roberts. Brand hizo una pausa.

—Ambas razas conocen el viaje espacial, aunque no tienen motores más rápidos que la luz. Entre los dos planetas —puede buscar sus nombres y coordenadas en la guía estelar— hay un cinturón de asteroides semejantes al de nuestro sistema solar, pero mucho más ancho: es lo que queda de la destrucción de un gran planeta que alguna vez orbitó entre los dos mundos habitados.

»Ninguno de los dos planetas contiene metales; los asteroides, por el contrario, son muy ricos y constituyen la fuente principal de abastecimiento de ambos mundos. Hace cien años que pelean por el control del cinturón, y la Federación Galáctica ha arbitrado en el tema para terminar con el conflicto haciendo que ambas razas, Humanoides y Caballos, reconozcan que cada individuo de cada raza puede reclamar, en vida, un asteroide y solo un asteroide.

—Sí, señor. Recuerdo haberlo leído en la Historia Galáctica.

—Excelente. Aquí viene el problema. Hemos recibido una queja de los Humanoides alegando que los Caballos han roto el tratado, reclamando asteroides bajo nombres de Caballos falsos para hacerse con más asteroides que ellos.

»Pues bien, éstas son sus órdenes: aterrizar en el planeta de los Caballos. Use

como identidad falsa la de un comerciante; no sospecharán, pues allí existen ya muchos. Son amistosos y no tendrá problemas. Será bien recibido si se presenta como comerciante terrestre. Su misión será comprobar si es cierta o no la aseveración de los Humanoides sobre la violación por parte de los Caballos del tratado y averiguar si éstos últimos han exigido más asteroides que los que justifique su número.

—Sí, señor.

—Infórmeme en cuanto haya cumplido su misión y abandonado el planeta. —La pantalla se quedó en blanco. Garn Roberts consultó guías y mapas, reajustó el control automático y volvió a la hamaca para seguir durmiendo.

Una semana más tarde, cuando hubo cumplido su misión y estaba ya a salvo a diez años luz del sistema de Novra, envió una señal al Ayudante Especial del Presidente de la Federación Galáctica; pocos minutos después, la cara de Daunen Brand aparecía en la pantalla del telecom.

—K-1356 informando acerca de la situación en Novra, señor —empezó Garn Roberts—. He podido echar un vistazo al censo de los Caballos; su número no sobrepasa los dos millones de ejemplares. A continuación, estudié las reclamaciones de los Caballos sobre los Asteroides. Tienen peticiones para más de cuatro millones. Lo obvio es que los Humanoides tienen razón y los Caballos han violado el tratado.

»Así que, ¿cómo iba a haber más asteroides de Caballos que Caballos?

Muerte en la montaña

Vivía en una cabaña en las laderas de una montaña. A menudo ascendía a la cumbre y miraba hacia el valle. Sus sandalias rojas parecían gotas de sangre sobre la nieve del pináculo.

En el valle, la gente vivía y moría. Él las miraba.

Veía las nubes que, a la deriva, pasaban sobre la cima. Las nubes adquirían formas extrañas. A veces eran naves, castillos o caballos. Más a menudo eran cosas extrañas nunca vistas por nadie, excepto por él en sus sueños. Y, sin embargo, las reconocía en las formas de las errantes nubes.

De pie en la puerta de su cabaña, siempre miraba brotar el sol entre el rocío de la mañana. En el valle le decían que el sol no se elevaba, sino que la tierra era redonda como una naranja y giraba de tal modo que; cada mañana, el ardiente sol semejaba saltar hacia el cielo.

Él les preguntaba por qué giraba la tierra, por qué el sol quemaba y por qué no caían al vacío cuando la Tierra los ponía cabeza abajo. Le dijeron que era así ahora, porque así había sido ayer y el día de anteayer, y porque las cosas nunca cambiaban.

Por la noche miraba las estrellas y las luces del valle. Al toque de queda, las luces se desvanecían, pero las estrellas continuaban brillando. Estaban demasiado lejos para escuchar la campana.

Él contaba el tiempo transcurrido por medio de las estrellas y los tres días de su progreso; para él, tres días hacían una semana. Para las gentes del valle, siete días eran una semana. Nunca soñaron con la tierra de Saarba, donde el agua fluye contra la corriente, donde las hojas de los árboles se encienden con una brillante flama azul y no se consumen, y donde tres días hacen una semana.

Una vez al año bajaba al valle. Hablaba con la gente, y algunas veces soñaba por ellos. Lo llamaban profeta, pero los chicos le arrojaban trozos de madera. No le gustaban los niños, porque en sus rostros podía ver escrito el mal que vivirían.

Había transcurrido ya un año desde la última visita al valle; entonces abandonó su choza y descendió de la montaña. Fue al mercado y habló a la gente, pero nadie le respondía o le miraba. Les gritó, pero no se dieron por aludidos.

Extendió la mano para tocar el hombro de una mujer y llamar su atención, pero la mano pasó a través del hombro y ella continuó caminando. Entonces se dio cuenta de que habla muerto en el transcurso de ese año.

Volvió a la montaña. Al lado del sendero vio una cosa que yacía donde él habla caído una vez, para levantarse y continuar su camino. Se volvió al llegar al umbral de su cabaña y vio a la gente del valle transportando aquella cosa. Cavaron una fosa en la tierra y enterraron lo que llevaban.

Pasaron los días.

Desde el umbral de su cabaña miró las nubes errando por las montañas. Las nubes adoptaban formas extrañas. A veces eran pájaros, espadas o elefantes. Con frecuencia eran cosas que sólo veía él. Soñó con verlas en la tierra de Saarba, donde el pan está hecho de polvo de estrellas, donde dieciséis libras hacen una onza y donde los relojes corren hacia atrás después de que oscurece.

Dos mujeres escalaron la montaña, entraron a la choza y miraron a su alrededor.

—No hay nada aquí —comentó la más vieja de las mujeres—. Ni siquiera sus sandalias.

—Regresa —le aconsejó la mujer joven—. Se hace tarde. Ven mañana, yo las encontraré.

—¿No tendrás miedo?

—El pastor cuida de sus ovejas —aseveró la joven.

La más vieja recorrió de vuelta el camino hacia el valle. La oscuridad descendió y la joven encendió una vela. Parecía temer a la oscuridad.

Él la miró, pero ella no lo veía. Sus cabellos eran negros como la noche, y sus ojos grandes y lustrosos, pero sus tobillos resultaban demasiado gruesos.

Se quitó sus ropas y se tendió en la cama. En sueños se agitó con inquietud y las mantas cayeron al suelo. La vela todavía ardía sobre la mesa.

La luz de la llama se derramaba sobre un pequeño crucifijo negro que yacía en la blanca oquedad de sus senos, levantándose y descendiendo con su respiración.

Él escuchó la campana del toque de queda y supo que llegaba la hora de ir a la cima de la montaña, porque aquella era la tercera noche.

Una tempestad descendió sobre la montaña. El viento aulló alrededor de la cabaña, pero la mujer no despertó. Él salió a la tormenta. El viento era cruel como nunca. La mano del miedo oprimió su corazón. Sin embargo, la estrella esperaba. El frío se hizo más intenso; la noche, más negra. Un manto de nieve descendió sobre la montaña, cubriendo el punto donde él cayera.

Por la mañana, la mujer encontró las sandalias rojas en el deshielo de la nieve y las llevó consigo en su regreso al valle.

—Tuve un sueño extraño —le contó la mujer más vieja—. Un hombre torcido sobre una cruz.

La joven se persignó.

—¿El Cristo?

—No —negó la más vieja—. Gritaba acerca de Saarba y el olvido.

—No los conozco —confesó la joven—. No existen tales lugares.

—Eso gritaba —apuntó la más vieja—. Ahora lo recuerdo.

—Sueños, sólo sueños —rió la joven.

La vieja se encogió de hombros.

Las nubes adoptan extrañas formas. A veces son hileras de cisnes o árboles. Con

frecuencia son cosas nunca vistas, salvo en la tierra de Saarba.

Las nubes son impersonales. Pasan rápidamente por las cúspides vacías.

Pocas posibilidades

Si ustedes han visto a un padre ansioso, en la sala de espera de cualquier hospital, encendiendo cigarrillo tras cigarrillo —habitualmente por el lado erróneo, si son de boquilla de filtro—, se imaginarán la preocupación que padecen.

Pero si creen que eso es preocupación, echen una ojeada a Jonathan Quinby paseando ante la sala de maternidad. Quinby no solamente enciende al revés los cigarros con filtro, sino que también los fuma así sin notar la diferencia.

Realmente tiene razones para preocuparse. Todo empezó la última vez que visitaron un zoológico. La última vez, en el sentido más estricto de la frase; Quinby ya no se acercaría nunca más a uno, jamás, ni tampoco su esposa. Ella cayó, ustedes saben, en...

Pero hay algo que debemos explicar, para que puedan entender lo que ocurrió aquella tarde. En sus años mozos, Quinby fue un ardiente estudiante de magia: de magia real, no de simple prestidigitación de club. Por desdicha, sus ensalmos y encantamientos no le proporcionaban resultado, aunque demostrasen ser muy efectivos en los demás.

A excepción de un encantamiento: uno que le permitía convertir a un ser humano en cualquier animal que escogiera y (repitiendo el mismo encantamiento al revés) nuevamente en ser humano. Un hombre malvado o vengativo hubiera hecho mal uso de esta habilidad, pero Quinby no era ninguna de las dos cosas y después de algunos experimentos —con sujetos que se ofrecieron voluntarios por curiosidad— nunca volvió a practicarlo.

Cuando diez años atrás, a la edad de treinta, se enamoró y contrajo matrimonio, lo empleó una vez más, simplemente para satisfacer la curiosidad de su esposa. Cuando le contó sus habilidades, ella dudó y le retó a probarlas; entonces, él la transformó brevemente en una gata siamesa. Ella le hizo prometer que no usaría nuevamente su habilidad anormal y, desde entonces, Quinby mantuvo su promesa.

A excepción de aquella vez, la tarde de su visita al zoológico. Caminaban a lo largo de la vereda, sin que hubiera nadie más a la vista, cerca de los fosos de los osos. Buscaron a los animales, pero todos se habían retirado a sus cuevas, para descansar. Fue entonces cuando su esposa se inclinó demasiado sobre la barandilla; perdió el equilibrio y cayó al foso. Milagrosamente no se hizo daño al caer.

Ella se puso en pie, mirando hacia arriba; colocó un dedo sobre sus labios y señaló a la entrada de la cueva. Él entendió; ella deseaba que la ayudara, pero en silencio, por temor a que cualquier sonido despertara a los osos dormidos. Él asintió, y ya se volvía para buscar ayuda, cuando una ahogada exclamación de su esposa le hizo mirar de nuevo hacia el foso, y se percató de que sería demasiado tarde.

Un joven oso macho salía de la cueva, gruñendo agresivamente y dirigiéndose

hacia ella, preparado para matarla.

Sólo había una cosa que hacer a tiempo para salvar la vida de su esposa, y Jonathan Quinby la hizo. Los osos machos no atacan a sus hembras.

Pero, en cambio, tienen otras ideas. Quinby permaneció retorciéndose las manos en impotente angustia, mientras se veía forzado a presenciar lo que le ocurría a su esposa en el foso de los osos. Después de cierto tiempo, el oso volvió a la cueva, y entonces —listo para hacer nuevamente el cambio si volvía a aparecer el macho—, Quinby pronunció el encantamiento al revés, para volver a su esposa a su forma original. Le indicó que podía apoyarse en los salientes de las paredes del foso y escalar lo suficiente como para que él pudiera extender su mano y sacarla del horrible antro. En unos minutos, ella estaba a salvo. Demudados y exhaustos, tomaron un taxi para ir a casa. Una vez allí acordaron no volver a mencionar el asunto: no podía haberse hecho otra cosa.

Durante unas semanas no mencionaron el infortunio. Pero entonces... bueno, llevaban diez años de casados y deseaban tener niños, pero éstos no llegaban. Ahora, tres semanas después de su terrible experiencia en el foso, ella estaba esperando... ¿un niño?

¿Han visto ustedes a un padre impaciente paseando por la sala de espera de un hospital, con el aspecto del hombre más preocupado de la tierra? Entonces consideren a Quinby, quien ahora pasea y espera. Pero, ¿qué espera?

Todavía no es el fin

El tinte de la luz, dentro del cubo de metal, era verdoso. La luz hacía parecer también ligeramente verdosa la piel blanca y mortecina de la criatura sentada en los controles.

Un ojo facetado, en el centro de la cabeza, vigilaba, sin parpadear, los siete diales. Desde que dejaran Xandor, el ojo no se había movido de los diales. El sueño era desconocido para la raza a la que pertenecía Kar-388Y. La compasión también les era desconocida. Una simple ojeada a las agudas y crueles facciones bajo el solitario ojo facetado, lo hubieran demostrado.

Las agujas de los diales cuarto y séptimo se detuvieron. Eso significaba que el cubo se había detenido en el espacio relativo a su objetivo inmediato. Kar extendió su brazo superior derecho y accionó el dispositivo del estabilizador. Después se puso en pie y estiró sus agarrotados músculos.

Kar se volvió hacia su compañero dentro del cubo, otro ser como él.

—Aquí estamos —señaló—. La primera parada, la Estrella Z5689, tiene nueve planetas, pero solamente el tercero es habitable. Esperemos encontrar en él criaturas que sean aptas para la esclavitud en Xandor.

Lal-16B, quien había permanecido sentado en rígida inmovilidad durante el viaje, se levantó y también se estiró.

—Esperémoslo así. Podremos volver a Xandor y ser agasajados mientras la flota viene a por ellos. Pero no seamos demasiado optimistas. Sería un milagro tener éxito en el primer lugar en el que nos detenemos. Probablemente habremos de buscar en un millar de sitios.

Kar se encogió de hombros.

—Entonces buscaremos en un millar de sitios. Con la muerte de los Lounacs, necesitaremos nuevos esclavos, so pena de tener que cerrar nuestras minas, en cuyo caso, desaparecerá nuestra raza.

De nuevo tomó asiento ante los controles y apretó un dígito que activaba una placavisión que mostraría lo que se encontraba debajo de ellos.

—Estamos en el lado oscuro del tercer planeta. Hay una capa de nubes debajo de nosotros. Usaré los controles manuales.

Accionó los controles. Unos minutos más tarde, dijo:

—Mira, Lal, en la placavisión. Luces espaciadas regularmente. ¡Una ciudad! El planeta está habitado.

Lal ocupó su sitio en el otro tablero e inspeccionó sus diales.

—No hay nada que temer. No existen vestigios de campos de fuerza alrededor de la ciudad. Los conocimientos científicos de la raza son primitivos. Si nos atacan, podremos barrer la ciudad con una descarga.

—Bien —aceptó Kar—. Pero permíteme recordarte que la destrucción no es nuestro propósito, todavía... Queremos ejemplares. Si resultan satisfactorios y la flota viene a llevarse tantos miles de esclavos como necesitemos, podremos destruir no sólo la ciudad sino todo el planeta. De esa manera, su civilización nunca progresará hasta el punto en que sean capaces de lanzar un ataque de represalia.

—Muy bien. Activaré el megacampo y seremos invisibles, a menos que posean visión más allá del ultravioleta, pero dado el espectro de su sol dudo que puedan hacerlo.

Al descender el cubo, la luz interior cambió del verde al violeta. Después quedó en reposo. Kar manipuló el mecanismo que abría la esclusa de aire.

Salió acompañado de Lal.

—Mira —señaló Kar—, dos bípedos. Dos brazos, dos ojos no se diferencian mucho de los Lounacs, aunque son más pequeños. Bien, aquí están nuestros especímenes.

Levantó su brazo izquierdo inferior, cuyos tres dedos sostenían una delgada varilla envuelta en alambre. Apuntó primero a una de las criaturas y después a la otra. Nada visible emanó del extremo de la varilla, pero ambas criaturas se inmovilizaron de inmediato, como estatuas.

—No son muy grandes, Kar —comentó Lal—. Me llevaré a uno y tú al otro. Podremos estudiarlos mejor dentro del cubo, cuando volvamos al espacio.

Kar los examinó brevemente, bajo la mortecina luz.

—Muy bien, es suficiente con dos. Además, uno parece ser macho y el otro, hembra. ¡Vámonos!

Un minuto más tarde, el cubo ascendía, y tan pronto como estuvieron fuera de la atmósfera, Kar activó el dígito estabilizador y se reunió con Lal, quien iniciaba el estudio de los ejemplares, durante el breve ascenso.

—Son vivíparos —indicó Lal—. Con cinco dedos y manos apropiadas para un trabajo razonablemente delicado. Pero hagamos la prueba más importante, la de la inteligencia.

Kar trajo las armazones cefálicas pareadas. Entregó un par a Lal, quien puso una en su propia cabeza y la otra en la de uno de los ejemplares.

Kar hizo lo mismo con el otro espécimen.

Después de unos cuantos minutos, Kar y Lal se miraron con desconsuelo.

—Siete puntos por debajo del mínimo —se lamentó Kar—. No podrían ser adiestrados ni para el trabajo más rudimentario en las minas. Son incapaces de entender las instrucciones más simples. Bueno, los llevaremos al museo de Xandor.

—¿Destruyo el planeta?

—No —denegó Kar—. Quizá dentro de un millón de años, si nuestra raza existe todavía para entonces, estos seres evolucionen lo suficiente para ser útiles a nuestros

propósitos. Vayamos a la siguiente estrella que tenga una familia planetaria.

El director de formato del *Milwaukee Star* estaba supervisando el cierre de la página local. Jenkins, el jefe del taller, terminaba de ajustar las cajas en la segunda columna.

—Hay sitio para una historia más en la octava columna, Pete —informó—. Unas treinta y seis líneas. Aquí hay dos notas que pueden servir indistintamente, ¿cuál prefieres?

El director de formato miró los tipos de las galeradas. Su larga práctica le permitía leer los titulares con una simple ojeada, aun cuando estuvieran invertidos.

—¿El artículo de la convención y del zoológico? Pon la de la convención. ¿A quién le importa que el director del zoológico informe que han desaparecido dos simios de la Isla de los Monos, durante la última noche?

Una historia de peces

Una noche, Robert Palmer encontró a su sirena en el océano, entre Cape Cod y Miami. Estaba con algunos amigos pero no tenía sueño cuando los demás se retiraron, por eso salió a dar un paseo a lo largo de la playa iluminada brillantemente por la luz de la luna. Y al doblar una curva, apareció ella sentada en un tronco semienterrado en la arena, peinando sus hermosos y negros cabellos.

Robert sabía, por supuesto, que las sirenas no existen realmente; pero, cierto o no, allí se encontraba ella. Se aproximó y, cuando estaba sólo a unos pasos de distancia, tosió discretamente.

Con un movimiento de sorpresa, ella echó hacia atrás sus cabellos, que cubrían su rostro y sus senos, y pudo comprobar que era más hermosa de lo que pudiera ser cualquier criatura.

Ella le miró con los profundos ojos azules, llenos de temor al principio.

—¿Eres un hombre? —preguntó.

En ese punto, Robert no tuvo ninguna duda; le aseguró que lo era. Ella sonrió, desaparecido el temor en sus ojos.

—He oído hablar de los hombres, pero nunca he conocido a ninguno. —Ella hizo un gesto para que se sentara a su lado, sobre el tronco.

Robert no vaciló. Se sentó y hablaron y hablaron; después de un rato, su brazo la rodeó y cuando finalmente ella le dijo que debía regresar al mar, la besó, y la sirena prometió encontrarlo la noche siguiente.

Él regresó a la casa de sus amigos; envuelto en una niebla de felicidad. Estaba enamorado.

Tres noches seguidas la vio, y en la tercera le dijo que la amaba y que desearía casarse con ella, pero existía un problema.

—Yo también te amo, Robert. Y el problema que tienes en mente podrá resolverse. Llamaré a un tritón.

—¿Tritón? Me parece conocer la palabra, pero...

—Es un demonio del mar. Tiene poderes mágicos y puede cambiar las cosas de tal modo que podamos casarnos, y él nos casará. ¿Sabes nadar bien? Tendremos que nadar para encontrarlo; los tritones nunca se acercan a las playas.

Él le aseguró que era un excelente nadador y ella le prometió que advertiría al tritón para la noche siguiente.

Regresó a la casa de sus amigos en un estado de éxtasis. No sabía si el tritón cambiaría a su amada en un ser humano o a él en un sireno, pero no le importaba. Estaba tan loco por ella que mientras ambos fueran iguales, y por tanto pudieran de casarse, no le importaba en qué forma fuera.

Ella le esperaba la noche siguiente, su noche de bodas.

—Siéntate —le rogó—. El tritón soplará su trompeta de concha de caracol, cuando llegue.

Se sentaron tiernamente abrazados, hasta que escucharon el sonido de una trompeta de concha de caracol resonando a lo lejos, en el mar. Robert se quitó rápidamente sus ropas, se lanzó al agua y nadaron hasta encontrar al tritón. Robert tragó agua mientras el tritón les preguntaba:

—¿Desean unirse en matrimonio? —Ambos respondieron con un ferviente sí.

—Entonces —pronunció el tritón—, os declaro marido y mujer. —Y Robert se encontró repentinamente con que ya no tragaba agua; unos cuantos movimientos de su recia cola lo mantuvieron fácilmente en la superficie. El tritón sopló una nota ensordecedora en su trompeta y se alejó nadando.

Robert nadó hasta quedar al lado de su esposa, la abrazó y la besó. Sin embargo, había algo que no marchaba; el beso fue agradable pero no emocionante. No sentía el cosquilleo en las ingles, que sintiera cuando la besaba allá en la playa. De pronto comprendió que, de hecho no tenía ingles. Pero, ¿entonces cómo...?

—Pero, ¿cómo...? —preguntó a la sirena—. Quiero decir, encanto, ¿cómo hacemos para...?

—¿Propagarnos? Es muy simple, querido, y de ninguna manera parecido al modo nauseabundo de las criaturas terrestres. Verás, las sirenas somos mamíferos, pero ovíparos. Yo pondré un huevo en el momento oportuno y, cuando se incube, alimentaré a nuestro hijo. Tu parte...

—¿Sí? —preguntó ansiosamente Robert.

—Como otros peces, querido. Tú sencillamente nadarás sobre el huevo y lo fertilizarás. Es muy simple.

Robert gimió, y repentinamente decidió ahogarse; dejó a su novia y nadó hacia el fondo del mar.

Pero, por supuesto, tenía agallas y no se ahogó.

Las tres pequeñas lechuzas

(Una fábula)

Tres pequeñas lechuzas vivían con su madre en el hueco de un tronco en medio del bosque.

—Hijos míos —les decía la madre—, nunca, nunca debéis salir durante el día. Las lechucitas deben salir por la noche. Nunca cuando brilla el sol.

—Sí, mamá —respondieron a coro las tres pequeñas lechuzas. Pero cada lechucita se decía a sí misma: «me gustaría probar alguna vez, para saber por qué no debo».

Mientras la madre permaneció allí para vigilarlas, la obedecieron. Pero un día la madre salió durante algún tiempo.

La primera lechucita miró a la segunda y le dijo:

—Hagamos la prueba.

Y la tercera lechucita las, miró y dijo:

—¿A qué esperamos?

Y salieron de su agujero en el tronco, a la brillante luz del sol en la que las lechuzas, cuyos ojos fueron hechos para la noche, no pueden ver bien.

La primera lechuza voló en dirección al árbol más próximo. Se sentó Si una rama y parpadeó ante la brillante luz solar.

Entonces, ¡bang!, explotó una escopeta bajo el árbol y una bala arrancó una pluma de su cola.

—¡Juuuuu! —chilló la primera lechucita y voló de regreso a casa antes de que el cazador pudiera hacer un nuevo disparo.

La segunda lechucita voló hasta el suelo. Parpadeó dos veces, miró a su alrededor, y justamente al volver la cabeza vio a una gran zorra roja salir de detrás de un matorral.

—¡Grrrr! —exclamó la zorra, y saltó hacia la segunda lechucita.

—¡Juuuuu! —gritó la segunda lechucita y, apenas a tiempo, voló nuevamente hacia el árbol hueco.

La tercera lechucita voló tan alto como pudo. Cuando se cansaron sus alas se dirigió de regreso hacia el árbol hueco que era su hogar, y se posó en su rama más alta, para descansar.

Miró hacia abajo y vio un gran gato montés encogido en una rama del mismo árbol. El gato montés no descubrió a la tercera lechucita posada sobre su cabeza, porque vigilaba el redondo agujero negro del árbol, que representaba el camino al hogar y la seguridad para la tercera lechucita.

—¡Juuuuu! —dijo la tercera lechucita, pero se lo dijo a sí misma para que no la

oyera el gato montés. Miró a su alrededor en busca de un medio seguro para volver a casa.

Vio un árbol espinoso en las cercanías y voló hacia él. Rompió una espina con el pico y la sostuvo firmemente. Sin hacer ruido voló de regreso y clavó la aguda espina en una parte delicada del gato montés, con toda la fuerza que pudo.

—¡Mewwwwwww! —gritó el gato. Trató de enderezarse para volverse hacia su agresor, y se cayó de la rama. Su cabeza golpeó la rama inferior y continuó su caída hasta aterrizar sobre la cabeza del cazador. Este dejó caer su escopeta y se desplomó a tierra, mientras la escopeta se disparaba y tocaba a la zorra, que se escondía detrás de un matorral.

—¡Juuuuu! —graznó la pequeña lechuga. Su pico le dolía mucho, porque había sostenido y clavado la espina con mucha fuerza, pero eso ya no importaba.

Entró orgullosamente en el árbol hueco y dijo a sus dos hermanas que acababa de matar a un gato montés, a un cazador y a una zorra.

—Quizá lo soñaste —sonrió la primera lechucita.

—Ciertamente, lo soñaste —coreó la segunda lechucita.

—Esperen hasta la noche y se los mostraré —reprendió la tercera lechucita.

El gato montés y el cazador sólo estaban aturcidos. Después de un rato, el gato montés volvió en sí y se escabulló. También despertó el cazador; encontró a la zorra abatida por el disparo de su escopeta cuando la dejó caer, tomó la presa y regresó a casa.

Cuando llegó la noche, las tres pequeñas lechugas salieron del árbol.

La tercera lechucita miró y remiró, pero no pudo encontrar al gato montés, al cazador o a la zorra.

—¡Juuuuu! —dudó—. Tenéis razón. Quizá lo soñé.

Todas estuvieron de acuerdo en que no era seguro salir cuando brillaba el sol, y que su madre tenía razón. La primera lechucita lo pensó así porque un cazador le disparó, y la segunda lechucita porque le asustó una zorra.

Pero la tercera lechucita pensó más que ninguna, porque el sueño que soñó le dejó su pico muy dolorido y le lastimaba tanto comer que pasó hambre todo el día.

MORALEJA: De día, quédense en casa. Las sesiones matinales son peligrosas.

Ocaso

Durante muchos días vagó a través de los hambrientos bosques, a través de las frías planicies cubiertas de matorrales enanos y arena, y vagó a lo largo de las lozanas márgenes de las corrientes que fluían hasta las grandes aguas. Siempre hambriento.

Le parecía que siempre tuvo hambre.

A veces tenía algo para comer, sí, pero siempre era algo pequeño. Una de las pequeñas cosas con pezuñas, una de las pequeñas cosas con tres dedos. Todas demasiado pequeñas. Ninguna de ellas era suficiente para poner un breve coto al monstruoso apetito que tenía.

¡Y corrían tan rápido las pequeñas cosas! Las veía, y su enorme boca jadeaba al correr, haciendo temblar el suelo en dirección a ellas, pero éstas se escurrían entre los árboles como pequeños rayos peludos. En su frenética lucha por alcanzarlas, arrancaba los arbustos que se interponían en su camino, pero siempre llegaba tarde.

Llegaba tarde para devorar las diminutas piernas que corrían más velozmente que sus poderosos miembros. Las veloces patitas daban cien pasos por cada uno suyo. Aun en campo abierto, donde no había árboles entre los cuales escabullirse, no podía atraparlas.

Cien años de hambre.

Él, el Tiranosaurio Rex, rey de todo lo viviente, la más poderosa y combativa maquinaria de carne que produjera el mundo, era capaz de matar a cualquier cosa que le hiciera frente. Pero nadie le hacía frente, todos corrían.

Las cosas pequeñas, corrían. Algunas de ellas, volaban. Otras trepaban a los árboles y se columpiaban de rama en rama tan rápidamente como él podía correr en el suelo, hasta que llegaban a un árbol lo suficientemente alto como para quedar fuera del alcance de sus veinticinco pies de altura y lo suficientemente grueso como para que no pudiera desenraizarlo, y permanecían allí colgados a diez pies de sus grandes quijadas, burlándose mientras él rugía en su famélica rabia.

Hambriento, siempre hambriento.

Un centenar de años de no-lo-suficiente. El último de su raza, y sin nadie que le hiciera frente para luchar y llenar su estómago cuando lo hubiera matado.

Su piel grisácea colgaba en pliegues fofos, quebradizos, cobijando malamente en sus entrañas su siempre presente dolor y agonía de hambre.

Su memoria era corta, pero vagamente recordaba que no siempre fue así. Alguna vez fue más joven y batalló terriblemente contra cosas que se defendían luchando. Ya entonces eran escasas y difíciles de encontrar, pero ocasionalmente las hallaba. Y las mataba.

La cosa con la armadura y los terribles picos en la espalda, que trataba de rodar encima de sus adversarios para cortarlos en dos. Y la otra con los tres enormes

cuernos apuntando hacia adelante y la gran cresta de hueso sólido.

Existían otros más parecidos a él. Algunos eran muchas veces mayores en talla, pero él los mataba con facilidad. Los más grandes tenían cabezas pequeñas y bocas breves, y comían hojas de los árboles y las plantas del suelo.

Sí, en aquellos días había gigantes sobre la Tierra. Algunos de ellos proporcionaban comidas satisfactorias. Eran cosas que se podían matar y que llenaban para poder yacer somnoliento durante días enteros. Y comer nuevamente si las cosas de alas coriáceas, con las largas hileras de dientes, no terminaban con el gargantuesco festín, mientras dormía.

Pero, si lo hacían, no importaba. Aún podía buscar, y luchar, y matar nuevamente para aplacar el hambre, o por el puro gusto de luchar y matar si no se tenía hambre. Él mató a todos: a los cornudos, a los armados con pesadas planchas, a los monstruosos. A todo lo que caminaba o se arrastraba. Sus flancos estaban encallecidos y totalmente marcados por las cicatrices de viejas batallas.

Había gigantes en aquellos días. Ahora existían cosas pequeñas. Las cosas que corrían, volaban y trepaban. No podían luchar.

Corrían tan rápido que conseguían moverse en círculos a su alrededor. Siempre, casi siempre, fuera del alcance de sus dientes encorvados, puntiagudos, que medían seis pulgadas de largo y que podrían —aunque rara vez tuvieran ya oportunidad de hacerlo— destrozar, de un solo mordisco, a una de las pequeñas cosas peludas, mientras la sangre caliente se escurría a lo largo de la escamosa piel de su cuello.

Sí, podía alcanzar a alguno de ellos, de cuando en cuando. Pero no tan a menudo y no los suficientes como para satisfacer el hambre monstruosa del Tiranosaurio Rex, rey de los reptiles de presa. Ahora, un rey sin reino.

El hambre espantosa le quemaba por dentro. Lo perseguía ahora que recorría la selva, abriéndose paso entre los árboles, como si fueran briznas de pasto de las planicies.

Y siempre por delante la presa escurridiza de pasos pequeños, el rápido repiquetear de las pezuñas al correr, correr...

La selva del Eoceno rebosaba de vida. Pero de vida ágil que en su rapidez y pequeñez burlaba al carnicero.

Era una vida que no luchaba haciéndole frente con ensordecedores rugidos que sacudieran la Tierra, tras brotar la sangre de los miembros destrozados. Esta era la vida que se escurría, que no luchaba para vencer o morir.

Ni siquiera en los humeantes pantanos. Las resbaladizas cosas que se deslizaban entre el agua enfangada, también eran rápidas. Nadaban como relámpagos, se retorcían, se ocultaban en los putrefactos troncos huecos y cuando se rompían éstos ya no estaban allí.

Oscurecía y un acerbo dolor lo atravesaba al dar cada paso, en su debilidad. Su

hambre provenía de cien años atrás, y esto era lo peor de todo. Porque no se trataba de una debilidad que lo hiciera detenerse; era algo que lo hacía continuar cuando cada paso constituía un esfuerzo.

En lo alto de un árbol, algo que colgaba de una rama gritaba:

—¡Yahh! ¡Yahh! ¡Yahh! —burlona y monótonamente, y un trozo de rama rota se abatió para golpear inofensivamente su gruesa piel. Lesa majestad. Por un momento se fortaleció con la esperanza de que algo se decidía a luchar.

Se revolvió y lanzó una dentellada a la rama que lo golpeará, haciéndola astillas. Se irguió en toda su altura y aulló un desafío a la pequeña cosa en el gran árbol. Pero ésta no bajó; continuó su ¡Yahh! ¡Yahh! y permaneció en la protección de la cobardía.

Él se lanzó contra el tronco del árbol, pero tenía dos metros de espesor y no pudo sacudirlo siquiera. Lo rodeó un par de veces, rugiendo su impotencia antes de proseguir su camino.

Ante él había una pequeña cosa gris, una bola de piel. Trató de darle un mordisco, pero ya no estaba allí cuando sus mandíbulas se cerraron en el vacío. Sólo vio un borroso movimiento gris que se perdió en las sombras antes de que él pudiera iniciar dar un solo paso.

Continuó su penosa jornada, rodeado de cosas que corrían a su alrededor o que permanecían en burlona espera para desaparecer cuando tratase de alcanzarlas.

Sus pasos eran más lentos, sus músculos respondían pesadamente.

Al despuntar el alba, llegó al arroyo.

Resultó un esfuerzo alcanzarlo, pero llegó e inclinó su gran cabeza para beber, y lo hizo copiosamente. El mordiente dolor de su estómago se alivió momentáneamente, para aplacarse después. Bebió más.

Y lenta, poderosamente, se hundió en el suelo fangoso. No cayó, pero sus piernas cedieron poco a poco, y allí se quedó, con el sol inclemente sobre los ojos, incapaz de moverse. El dolor de su estómago se extendía ahora por todo su cuerpo, pero embotado, lo sintió más como una debilidad doliente que como una agonía.

El sol se levantó y volvió a descender lentamente.

Apenas podía ver, y había cosas aladas que volaban describiendo círculos en lo alto. Cosas que barrían el cielo con circunferencias perezosas y cobardes. Eran comida, pero no bajarían a pelear.

Y cuando oscureció lo suficiente, vinieron otras cosas. Un círculo de ojos a un metro de altura, y ladridos excitados. Y algún aullido ocasional. Cosas pequeñas, comida que no lucharía para ser devorada.

Círculo de ojos. Alas contra el cielo iluminado por la luna.

Comida a su alrededor, pero comida veloz que corría sobre sus relampagueantes extremidades en el momento en que oían o veían algún enemigo, y cuyos ojos y oídos eran demasiado agudos para dejar de ver y escuchar.

Yacía con la cabeza casi en el borde del agua. Al amanecer, cuando el rojo sol se situó nuevamente sobre sus ojos, se las arregló para arrastrar su poderosa mole hacia adelante y poder beber de nuevo. Bebió ávidamente; un estremecimiento convulsivo lo sacudió y después quedó muy quieto, con la cabeza en el agua.

Y las cosas aladas empezaron a volar en círculos cada vez más bajos.

El asesinato en 10 sencillas lecciones

No hay nada romántico en el crimen. Es un negocio sucio, algo que no les gustaría.

Sí, tómese un crimen y sepárense sus componentes. Se encontrará con una tarea tan agradable como disecar una rana muerta desde hace algunas semanas. El olor es bastante parecido, y se tendrá la misma prisa en correr al incinerador con el asunto.

Pueden dejar de leer ahora mismo, justamente aquí. Si no lo hacen, recuerden que se lo advertí.

No les hubiera gustado Morley Evans; a muy poca gente le gustaba. Quizá, por casualidad, hayan leído acerca de él en los periódicos, pero no bajo ese nombre. Duke Evans era su nombre de guerra. Pero eso fue más tarde; pues, de muchacho, le llamaban Apestoso.

Suena como un chiste el nombre de Apestoso. Normalmente, lo es, pero no siempre. En ocasiones, los chicos muestran un especial talento para escoger apodos. No es que él oliera físicamente; sus padres le exigían que se bañara a intervalos razonables. De mayor iba aseado y bien vestido, con cierto estilo untuoso. En realidad no era muy grasiento. Aunque usaba aceite en el cabello.

Pero nos adelantamos demasiado. Regresemos al Apestoso Evans de la primera lección. Tenía entonces catorce años. Andaba con una pandilla que los sábados por la tarde acostumbraba a asolar las tiendas de quincallería, saliendo de ellas con los bolsillos repletos. La mayoría de ellos eran bastante hábiles y rara vez los sorprendían.

Harry Callan, el cabecilla, era un poco mayor que los demás y tenía contactos. Podía reunir paquetes de navajas de afeitar, agujas de fonógrafo y cosas así, por valor de veinte dólares, y convertirlos en cinco dólares en efectivo. Su habilidad, sus puños y su ventaja en tamaño, le otorgaban el mando de la pandilla.

Se puede decir que la primera lección de asesinato de Apestoso Evans ocurrió la tarde en que Harry Callan le sacudió el polvo. Sin ningún motivo en particular; sólo que de vez en cuando Harry daba una paliza a alguno de sus satélites, para estar seguro de tenerlos alineados.

Sucedió en el callejón trasero de la Bolera Gem, donde algunos de ellos a veces ajustaban cuentas. Empezó con palabras, la mayor parte de ellas dichas por Callan, y terminó por sacarle el alma del cuerpo a Apestoso Evans.

Fue una nueva experiencia, pues las únicas peleas de Apestoso se habían producido con chicos más pequeños. No duró mucho. Cuando terminó, yacía en el callejón sollozando a medias y maldiciendo al resto, con sangre escurriéndole por la nariz. En realidad, no estaba lastimado y pudo fácilmente haberse puesto en pie y seguir peleando.

Pero, a pesar de la ira ciega y el odio, comprendió perfectamente. Estaba derrotado.

Por tanto, permaneció en el suelo, su mano se cerró cogiendo un adoquín y fue entonces cuando el diablillo se metió en su mente y levantó la piedra. *Mata*, le dijo. *Mata a esa rata*.

No le condujo a nada. Con un puntapié, Harry Callan le quitó la piedra de la mano, le dio una patada en la cara, le rompió tres dientes y volvió a la puerta trasera de los Boliches Gem.

No habría servido de nada. No hubiera arrojado la piedra y, de hacerlo, su blanco no sería la cabeza de Harry Callan. Era débil, no estaba preparado todavía para el asesinato.

Después de un rato, se levantó y se fue a casa.

Si los casamientos se hacen en el cielo (según nos dicen) entonces los asesinatos se harán en el infierno.

Por supuesto, nadie cree ya en el infierno; en un infierno concreto, con diablillos rojos corriendo con horcas y esa clase de cosas. Pero, de todos modos, debe haber un infierno, porque allí es donde se fraguan los asesinatos. Para explicar la gestación de un asesinato se tiene que creer en él. Y ya que tenemos que creer en cierta clase de infierno, bien será apegarnos al modelo clásico. Además, dado que postulamos un infierno, que sea bueno de verdad. Con diablillos rojos y todo.

En otras palabras, imaginemos a un Diablillo Rojo riendo mientras Apestoso Evans camina rumbo a su casa.

Imaginemos al Diablillo Rojo hablando al mismísimo Amo.

—Buen material, Patrón. Un mocoso sucio como el que más. Llegará lejos, Patrón.

—¿Le has dado la primera lección?

—Si —afirmó el Diablillo Rojo—. Justo ahora. Unas cuantas más de vez en cuando y saldrá adelante.

—Está bien, es tuyo. Permanece a su lado.

—Es un trato, Jefe —aceptó el Diablillo Rojo—. Estaré a su lado. Claro que estaré.

Ese era Apestoso Evans a los catorce años. A los quince lo cogieron robando una llanta de aleación. Pasó una noche en chirona antes de que se percataran que era menor de edad y lo cedieran a las autoridades juveniles. En chirona tuvo tiempo de hablar con un veterano que le instruyó en el arte de la navaja.

La celda estaba oscura, a excepción del diseño marcado por las barras de las rejas en el suelo. Un trapezoide amarillo pálido, con angostas y negras barras paralelas. Una cucaracha pasó por allí y el grueso zapatón la aplastó.

—Si alguna vez le pegas a un tipo con la hoja, hazla girar —le había dicho el

veterano—. Si dejas entrar aire, el tipo cae rápido. No tiene tiempo de gritar o armar alboroto, ¿ves? Por eso es mejor una hoja ancha. Deja entrar más aire al hacerla girar. Los malditos estiletes no son buenos; tienes que acertarle en el corazón o clavarlo media docena de veces... —Hubo más aún. Fue una lección completa. Apestoso pensó en Harry Callan.

En otra celda, un borracho con *delirium tremens* gritaba como el demonio, porque las tarántulas le perseguían.

Apestoso Evans se estremeció.

Salió en libertad condicional.

Antes de que terminara su periodo de prueba, se vio envuelto nuevamente en dificultades y esta vez le costó seis meses en el reformatorio. Fueron muy útiles; aprendió bastante allí. Sin aburrirles demasiado con los detalles poco gratos, expondremos las lecciones tres a cinco, inclusive, de forma moderada.

Tenía quince años cuando salió, pero parecía mayor. Se sentía mayor. Decidió no regresar a casa. Si volvía, tendría que buscar un empleo y dar cuenta a las autoridades juveniles de sus progresos. Le vigilarían constantemente. Al diablo con eso.

Permaneció en su casa el tiempo necesario para escamotear algunas ropas y sacar del escondite materno el dinero del alquiler. Veinticinco machacantes en total.

Se coló en un tren de mercancías y se apeó en Springfield.

Alquiló un cuarto barato y recorrió la ciudad en busca de trabajo. Cuando leyó un letrero en el escaparate de un salón de billares: SE NECESITA MUCHACHO.

Era el Salón Acme, de Nick Chester. Quizá ustedes nunca oyeron hablar de Nick Chester. Lo conocerían si vivieran en Springfield.

Un tipejo enjuto, pero atildado. Usaba trajes de doscientos dólares y fumaba cigarros de cincuenta centavos. Vivía en una mansión en las afueras del pueblo y conducía un automóvil de modelo especial. Y todo, gracias a un pequeño salón de billar que quizá produciría veinte o treinta dólares a la semana.

Nick echó para atrás las gafas de veinte dólares y miró a Apestoso con ojos que no perdían detalle.

—¿Qué edad tienes, chico? —preguntó.

—Veinte.

—¿Has estado en prisión? —Nick no esperó la respuesta—. Por mí está bien mientras no te persigan.

Apestoso movió la cabeza.

—¿Cuál es tu nombre?

—Duke —decidió responder Apestoso—. Duke Evans.

—Está bien, Duke. Tendrás que colocar las bolas algún tiempo —indicó Nick—. Cuando te conozca bien, quizá te dé algo mejor.

Duke miró a Nick y supo lo que quería ser. Eso era exactamente lo que buscaba:

un traje de un par de cientos con un clavel blanco en la solapa, cigarros caros, un par de ojos inquisidores y un bolsillo lleno de pasta.

Poder. Eso quería. Trabajaría para ello, robaría, hasta cometería un...

Quizá hubo regocijo en el infierno. Es decir, si existe, por supuesto. Las cosas marchaban perfectamente. Era obvio que el Diablillo Rojo trabajaba de prisa.

—Va muy bien, Patrón —informó el D.R.—. Está en la sexta lección. Otro año...

—No tan pronto. Déjalo madurar. Asegúrate.

—Se graduará, Patrón, con los máximos honores. Pero, ¿he de esperar todavía dos o tres años más?

—Déjalo madurar durante cinco o seis años.

El D.R. tragó saliva y se sintió desolado.

—¿Tanto tiempo? ¡Oh, *cielos!*

Y le tuvieron que lavar la boca con azufre.

La séptima lección, a los dieciocho. Duke Evans empezaba a parecerse a Duke Evans. Usaba trajes de sólo treinta dólares, pero la línea del pantalón era recta como el filo de una navaja.

Ya no colocaba bolas; ahora recolectaba. Cantidades pequeñas, pero en abundancia. Ese era el sistema y la fuerza de Nick. Un dedo en un millar de pequeños negocios. Y Duke aprendía.

Entró en la floristería de la calle Grove, y encontró al pequeño florista en la trastienda haciendo una corona.

Duke le sonrió.

—Hola, Darkin. Su cuota; cuarenta machacantes.

El hombrecillo no le devolvió la sonrisa.

—N-no puedo. He perdido dinero desde que empecé a pagar.

Duke dejó de sonreír y sus ojos se endurecieron.

—Tengo órdenes de llevar el dinero.

—Pero, mire, ni siquiera tengo los cuarenta dólares. Aún no he pagado la renta. No puedo...

Retrocedió con temor en el rostro. Fue un error. Nadie antes demostró temer a Duke Evans. Y el florista era pequeño. El tipejo estaba muerto de miedo.

No era la labor de Duke; su obligación era regresar y denunciarle. Enviarían a uno de la brigada del músculo. Pero era tan fácil...

Golpeó a Larkin con el reverso de la mano, le tiró las gafas y después le golpeó el otro lado del rostro con la palma de la mano, avanzando cuando el otro retrocedía.

Y otra vez, sacudiendo la cabeza del hombrecillo hacia atrás y adelante antes de terminar con un directo a la boca del estómago. —Larkin se dobló.

—Esto ha sido una muestra. ¿Aún piensa que no puede pagar los cuarenta dólares?

Duke los obtuvo. De regreso a su cuartel general, se compró un cigarro. No le gustaba el sabor tanto como el de los cigarrillos, pero de ahora en adelante los fumaría. En su solapa llevaba un capullo de rosa blanca que tomó de un florero después de abandonar a Larkin.

Se hizo lustrar los zapatos, a pesar de que no lo necesitaban.

Nick Chester miró el capullo de rosa. Su ceja izquierda se levantó un milímetro, insuficiente para que lo notara Duke.

Duke hizo buena amistad con Tony Barria, hasta donde se podía ser amigo de Tony.

Este también era un hombre pequeño, como Larkin, pero no era la clase de tipo pequeño que se puede echar a un lado. Tony era un torpedo.

Frío y tenso, se movía con una gracia fácil que parecía nerviosa por lo rápida. En realidad nadie se sentía a gusto con Tony; se tenía la impresión de que si se le palmeaba en la espalda, explotaría. Quizá crearon la palabra torpedo especialmente para aplicársela a Tony Barria; pero después de un par de manos de cartas se le podía soltar la lengua con Chianti, que es la palabra de categoría para designar al vino tinto italiano. Y debido a que Duke deseaba aprender lo que Tony pudiera enseñarle, conservaba una botella de Chianti en su cuarto. Tomaba lecciones de lo que todo hombre con ambiciones debía saber.

—Mira, si quieres realmente usarla, una automática del cuarenta y cinco es lo apropiado. No pierdas el tiempo con un arma pequeña. Una cuarenta y cinco, porque si aciertas en el brazo, la pierna o en otro lado con una pistola más pequeña, no consigues nada. Tienes que darles en la cabeza o en el corazón. En las entrañas es mortal, pero el tipo vivirá algún tiempo. Quizá lo suficiente para hablar, ¿entiendes? Sin embargo, un plomo grande, dondequiera que pegue, los tira como un golpe de mazo. Pero si llevas una pistola sólo por si acaso, estará bien una automática del treinta y dos. Es liviana y no abulta...

Claro que esto es elemental, pero Duke también sacó algunas enseñanzas bastante finas. Como la de burlar la prueba de la parafina... pero si no saben eso, es mejor que no se lo diga; Yo no doy lecciones; sólo hablo de ellas.

Tony era un pistolero completo. Pensaba que las navajas eran para los afeminados, los puños para los gorilas y las ametralladoras para retrasados mentales que no podían aprender a tener buena puntería.

—En una ocasión me enfrenté a una «máquina de escribir», con una cuarenta y cinco. Sólo necesité un disparo, y tuve tiempo para tres más mientras el pobre bastardo apuntaba...

Duke Evans aprendió muchas cosas de Tony. Con excepción de una: cómo no tenerle miedo. Pero cuando se situara, Tony estaría a su lado. A Tony no le gustaba Nick, y Duke sacó partido de ese hecho...

Dejó pasar dos años. Creció en maldad, en estatura y en popularidad entre la pandilla. Se compró dos pistolas, de tal modo que no pudieran seguirle la pista. También compró un rifle, pero esto lo hizo abiertamente y habló de ello. Sus ocasionales viajes de cacería eran motivo para poder encontrar lugares aislados en los bosques donde practicar el tiro con la automática. Nadie sabía de sus prácticas y de las pistolas.

Durante algún tiempo se encargó de dirigir el escuadrón del brazo fuerte. Sólo para decirles a quién ver y la clase de trabajo que debían ejecutar. Le divertía mucho.

Una vez puso personalmente una piña que hizo pedazos el estanco de un tipo llamado Perelman que decidió, contra sus consejos, no realizar apuestas en las carreras de caballos. Por eso le pusieron la bomba en la tienda. Pero la razón por la que Evans hizo personalmente el trabajo fue que Perelman le dijo:

—Lárgate de aquí, mocoso.

Duke Evans ya no era un mocoso.

Escuchó la explosión desde varias manzanas de distancia y pensó: «Mocoso, ¿eh?»

Deseó que Perelman hubiese estado en la tienda cuando explotó la bomba. Se lo imaginó ávidamente. En la oscuridad del callejón donde esperaba, no se pudo ver la expresión de su rostro. Pero, desde luego, no resultaba nada grata.

Nada grata; Duke Evans no era un buen tipo. Ya se lo advertí.

Después de cierto tiempo, estaba preparado para el arranque y sacar su tajada del pastel.

Lo planeó todo muy bien y no iba a ser tan crudo como para usar una pistola. Eso quedaba para los torpedos baratos como Tony. Tenía razones para que la muerte de Nick pareciera un accidente.

Un día robó un automóvil y lo mantuvo oculto en la noche, después de que Nick se fuera a casa. Entonces hizo la llamada telefónica. Tenía bien planeado ese ángulo. Era importante que viera a Nick al momento; algo ocurría. Y dado que Nick nunca permitía que ninguno de sus hombres fuera a su casa, ¿no podría Nick tener la bondad...?

Bueno, no importan los detalles; ocurrió que Nick se vistió y salió a caminar un par de manzanas, una distancia demasiado corta para molestarse en sacar el coche del garaje. Y Nick tendría que cruzar en cierta calle.

Duke estacionó el coche robado, con las luces apagadas y el motor encendido, en el sitio justo. Podría arrancar cuando Nick estuviera a una tercera parte del cruce, y alcanzarlo ya fuera tratando de seguir o de retroceder.

No escuchó a los dos hombres que venían en dirección opuesta, hasta que llegaron a su lado y abrieron las puertas. Uno de ellos era Tony Barria; el otro, el Sueco.

Tony se sentó a su lado y apoyó la cuarenta y cinco en sus costillas. Duke recordó lo que una cuarenta y cinco hacía a un hombre, y empezó a sudar.

—Escucha, Tony, yo...

La pistola se clavó con más fuerza.

—¡Cállate! Dirígete hacia el norte.

—Tony, te daré...

El Sueco, en el asiento trasero, levantó la empuñadura de su pistola y la descargó con violencia.

Pero no fue sino hasta cerca del alba cuando el Diablillo Rojo llegó corriendo a la oficina principal, sonriendo triunfalmente y moviendo alegre su puntiagudo rabo.

—Lo acabo de graduar, Patrón —informó—. Le di la lección final. Ya sabe todo lo referente al asesinato. Lo durmieron, pero volvió en sí cuando llegaron a la bahía y estaba despierto cuando le pusieron los pies en la tina de cemento. Debiera haberlo oído pidiéndoles que no le gastaran esa broma. Pero lo aguantó todo; ya lo sabe todo muy bien, Sí, se graduó con estilo...

—Bien. Por supuesto, lo trajiste.

—Sí —asintió el D.R.—. Claro que lo traje; claro que lo traje...

Oscuro interludio

En colaboración con Mack Reynolds

Los ojos del sheriff Ben Rand tenían una expresión grave.

—Está bien, muchacho. Pareces bastante nervioso; eso es natural. Pero si tu historia es verídica, no debes preocuparte. No te preocupes por nada. Todo se arreglará, muchacho.

—Ocurrió hace tres horas, sheriff —dijo Allenby—. Siento haber tardado tanto en llegar al pueblo, para despertarle. Pero mi hermana estaba histérica. Tuve que calmarla y después se me presentaron problemas para arrancar la tartana que tengo por coche.

—No te preocupes por haberme despertado, chico. Para eso soy el sheriff. Y no era tarde, en realidad. Pero déjame aclarar algunos puntos. Dices que tu nombre es Lou Allenby. Ese nombre es conocido por aquí: Allenby. ¿Pertenece acaso a la familia de Rance Allenby, propietario de negocios en Cooperville? Te lo pregunto porque yo fui a la escuela con Rance... Ahora, cuéntame sobre el tipo que dijo que venía del futuro...

El Presidor del Departamento de Investigaciones Históricas era escéptico hasta el extremo. Argumentaba:

—Aún mantengo la opinión de que el proyecto no es factible. Presenta paradojas que resultarán insuperables.

El doctor Matthe, el notable físico, lo interrumpió políticamente:

—Sin duda, señor, estará usted familiarizado con la Dicotomía.

El Presidor no lo estaba, por lo que permaneció en silencio para indicar que deseaba una explicación.

—Fue Zenón quien explicó la teoría de la Dicotomía. Era un filósofo griego que vivió unos quinientos años antes de que el antiguo profeta naciera y fuera tomado por los primitivos para marcar los comienzos de su calendario. La Dicotomía establece que es imposible cubrir cualquier distancia dada. Su argumento básico consistía en que una vez que la mitad de la distancia hubiera sido recorrida, aún quedaría por recorrer la otra mitad, y cuando esta mitad transcurriera, la mitad correspondiente quedaría pendiente, y así sucesivamente. Se sigue que siempre quedará alguna porción del terreno por recorrer y que, el movimiento, por lo tanto, es imposible.

—No veo la analogía —objetó el Presidor—. En primer lugar, su griego asumía que cualquier entidad compuesta de un infinito número de partes deberá, en sí misma,

ser igualmente infinita, sabiendo como sabemos, que un número infinito de elementos hacen un total finito. Además...

Matthe sonrió gentilmente y levantó la mano.

—Por favor, señor, no me interprete mal. No niego que entendamos la paradoja de Zenón, en la actualidad. Pero créame, durante muchos siglos, los mejores cerebros que pudo producir la raza humana no fueron capaces explicarla.

El Presidor dijo, con tacto:

—No veo a dónde quiere llegar, doctor Matthe. Le ruego perdone mi indiscreción; pero, ¿qué posible conexión hay entre la Dicotomía de Zenón y su proyectada expedición al pasado?

—Únicamente establecía un paralelo, señor. Zenón concibió la paradoja, probando que era imposible cubrir cualquier distancia, y ninguno de sus contemporáneos fue capaz de explicarla. Pero, ¿ello les impidió cubrir las distancias? Obviamente, no. En la actualidad, mis asistentes y yo hemos ideado un método para enviar a nuestro joven amigo, Jan Obreen, al pasado distante. La paradoja surge de inmediato... supongamos que mata a un antepasado o que cambia la historia de algún modo. No trataré de explicar cómo esta aparente paradoja se ha eliminado en los viajes a través del tiempo; todo lo que sé es que esos viajes son posibles. Es indudable que mejores mentes que la mía resolverán algún día la cuestión, pero hasta entonces continuaremos realizando viajes en el tiempo, haya o no paradojas.

Jan Obreen permanecía sentado, nerviosamente, mientras escuchaba a sus distinguidos superiores. Se aclaró la garganta y se atrevió a interrumpir:

—Creo que llegó la hora del experimento.

El Presidor se encogió de hombros ante las constantes interrupciones, y abandonó la conversación. Con expresión de duda, dejó vagar sus ojos sobre el equipo que había en un rincón del laboratorio.

Matthe se apresuró a dar instrucciones de última hora a un estudiante.

—Hemos hablado de todo esto con anterioridad, Jan, pero para resumir... aparecerás aproximadamente en el llamado siglo veinte; exactamente dónde, no lo sé. El idioma que escucharás será el anglo-americano que has estudiado concienzudamente; por ese lado no tendrás ningún problema. Aparecerás en los Estados Unidos de Norte América, una de las antiguas naciones cuya división política tenía un propósito desconocido para nosotros. Uno de los objetivos de tu expedición será determinar por qué la raza humana se dividía entonces en docenas de Estados, en vez de tener un sólo gobierno. Te adaptarás a las condiciones que encuentres, Jan. Los datos históricos sobre la época son tan vagos que la ayuda que te podamos prestar será muy pequeña en cuanto a informarte de lo que debes esperar.

—Me siento muy pesimista por esta razón. Obreen —intervino el Presidor—, usted se ha ofrecido como voluntario y no tengo derecho a interferir. Su tarea más

importante es dejar un mensaje que pueda llegar hasta nosotros; si tiene éxito, se realizarán otros intentos en otros periodos de la Historia. Si fracasa...

—No fracasará —interrumpió Matthe.

El Presidor movió la cabeza y estrechó la mano de Obreen.

Jan Obreen subió a la pequeña plataforma y agarró los mandos de metal del tablero de instrumentos, ocultando, lo mejor que pudo, su desasosiego.

El sheriff, prosiguió:

—Bien, ese tipo... ¿Dices que pretendía venir del futuro?

Lou Allenby asintió:

—Aproximadamente, de unos cuatro mil años más adelante. Dijo que era del año tres mil doscientos y tantos, más o menos dentro de cuatro mil años; para entonces ya habrán cambiado el sistema de numeración.

—¿Y no pensaste que se trataba de una tomadura de pelo, muchacho? Por la forma en que hablas, parece que le creíste.

El muchacho se humedeció los labios.

—Sí, creo que le creí —repuso evasivamente—. Había algo en él; no sé: parecía diferente. No físicamente, pues podía pasar por alguien nacido en la actualidad, pero era... algo diferente. Como... como si estuviera en paz consigo mismo; daba la impresión que del sitio de donde venía todos eran así. Y era listo. Tampoco estaba loco.

—¿Y qué hacía entre nosotros, muchacho? —la voz del sheriff denotaba un ligero sarcasmo.

—Era una especie de estudiante. Parece, por lo que dijo, que casi todo el mundo en su tiempo es estudiante. Ya han resuelto todos los problemas de producción y distribución, nadie tiene que preocuparse por su seguridad; de hecho, no parecen preocuparse por ninguno de los problemas que actualmente nos aquejan. Vino a investigar nuestra época. No saben mucho acerca de ella, según parece. Algo ocurrirá durante un período malo de algunos cientos de años de duración, en los cuales se perderán la mayoría de los libros y los registros. Se conservarán unos cuantos, pero no muchos. No sabían, por tanto, casi nada acerca de nosotros y deseaban investigarlo.

—¿Creíste eso, muchacho? ¿Tenía alguna prueba?

Aquél era el punto peligroso; aquí descansaba el primer riesgo. No se tenía conocimiento de los contornos de la Tierra cuarenta siglos atrás, ni mucho menos de las zonas con presencia de árboles o edificios. Si aparecía en algún lugar erróneo, aquello podría significar su muerte inmediata.

Pero Jan Obreen fue afortunado, nada se interpuso en su camino. De hecho, ocurrió lo contrario. Apareció a diez pies de altura sobre un campo arado. La caída

pudo haber resultado bastante mala, pero la tierra suave lo protegió; pareció lastimarse un tobillo, pero no de gravedad. Se levantó penosamente y miró a su alrededor.

La presencia del campo demostraba por sí sola que el experimento Matthe se había desarrollado, al menos parcialmente, con éxito. Estaba bastante lejos de su propia época. La agricultura era aún un componente necesario de la economía humana, indicando una civilización más primitiva que la suya.

A una media milla de distancia había una zona densamente arbolada; no parecía un parque, ni siquiera un bosque planeado para albergar la controlada vida salvaje de su época. Era un bosque que crecía libremente, algo casi increíble. Pero tendría que habituarse a lo increíble. De todos los periodos históricos, ése era el menos conocido. Muchas cosas le serían extrañas.

A su derecha, a unos cientos de metros de distancia, se levantaba una construcción de madera. Era, indudablemente, una casa humana, a pesar de su primitivo aspecto. No tenía objeto posponerlo; tendría que tomar contacto con los seres humanos. Cojeó penosamente hacia su encuentro con el siglo veinte.

Evidentemente, la muchacha no fue testigo de su accidentada aparición, pero en el momento en que él llegó al patio de la granja, ella ya estaba en la puerta para recibirlo.

Su vestido pertenecía, evidentemente, a otra época, porque en la suya los vestidos de la parte femenina de la raza no estaban diseñados para excitar al hombre. El de ella, sin embargo, era de color brillante y agradable y marcaba a los juveniles contornos de su cuerpo. Pero no sólo fue el vestido lo que le sorprendió. Exhibía un toque de color en los labios, que le reveló repentinamente su procedencia artificial. Había leído que las mujeres primitivas usaban sobre su rostro, colores, pinturas y pigmentos de varias clases, y en esta ocasión que lo presenciaba por primera vez no le pareció repulsivo.

La muchacha sonrió, haciendo destacar la blancura de los dientes con el rojo de sus labios.

—Hubiera sido más fácil llegar por el camino, en vez de a través del campo. — Sus ojos lo midieron, y si hubiera tenido más experiencia podría haber notado en ellos un interés definido.

—Me temo que no estoy familiarizado con sus métodos de agricultura. Espero no haber dañado irrevocablemente sus esfuerzos de floricultura.

—¡Jesús! —exclamó Susan Allenby, con tono ofensivo—. Parece que se ha tragado un diccionario. —Sus ojos se abrieron al notar cómo se dolía Jan del pie izquierdo—. ¡Pero si se ha lastimado! Pase a la casa y permítame ver si puedo hacer algo.

La siguió en silencio, casi sin oír sus palabras. Algo, algo fantástico, crecía dentro

de él afectando extraña y gratamente su metabolismo.

Ahora entendía lo que Matthe y el Presidor querían decir al hablar de paradojas.

El sheriff prosiguió:

—Bien, ¿tú no estabas cuando él llegó a tu casa?

—No, eso fue hace diez días —explicó Lou Allenby—. Yo estaba en Miami, de vacaciones. Mi hermana y yo salimos una o dos semanas cada año, pero no lo hacemos a la vez porque creemos que es bueno dejar de vernos durante una temporada.

—Seguro, buena idea. Pero, ¿tu hermana creyó esa historia de que él venía del futuro?

—Sí. Y, sheriff, ella tenía las pruebas. Me gustaría haberlas visto. El campo donde cayó estaba recién arado. Después de curarle el tobillo y de que él le hubiera contado sus historias, tuvo la curiosidad de seguir sus huellas por la tierra, hasta su origen. Y terminaban, o más bien principiaban, justo en medio del campo, como si hubiera caído del cielo allí mismo.

—Quizá saltó de un aeroplano, en paracaídas. ¿Pensaste en eso?

—Pensé en eso, y también mi hermana. Ella dijo que si así hubiera sido, entonces debió de tragarse el paracaídas. No había lugar alguno donde ocultarlo.

—¿Y se casaron de inmediato, según dices? —preguntó el sheriff.

—Dos días después. Yo tenía el coche, así es que ellos fueron con el carro de caballos al pueblo y se casaron.

—¿Viste la licencia, muchacho? ¿Estás seguro realmente...?

Lou Allenby le miró y sus labios palidieron. El sheriff se apresuró a decir:

—Está bien, muchacho, no quise decir nada malo. Tómallo con calma.

Susan envió un telegrama a su hermano contándole todo, pero él había cambiado de hotel y no recibió el telegrama. La primera noticia que tuvo de la boda fue cuando llegó a la granja, casi una semana después.

Se sorprendió, naturalmente, pero John O'Brien —Susan alteró el nombre— parecía un buen sujeto. Bien parecido, también, aunque un poco extraño; sin embargo, él y Susan daban la impresión de estar muy enamorados.

Por supuesto, él no tenía dinero, no lo usaban en su época, según les dijo, pero parecía un buen trabajador. No había razón por la cual no saliera todo bien.

Los tres planearon, inicialmente, que Susan y John permanecieran en la granja hasta que éste aprendiera algo más. Entonces buscaría la manera de hacer dinero —se

mostraba bastante optimista al respecto— para pasar el tiempo viajando, llevándose con él a Susan. Decididamente, de ese modo aprendería muchas cosas acerca del presente.

Pero lo más importante era encontrar la forma de hacer llegar un mensaje al doctor Matthe y al Presidor. De ello dependía que continuaran ese tipo de investigaciones.

Explicó a Susan y a Lou que se trataba de un viaje en una sola dirección. El equipo lograba hacer viajar al pasado, pero no al futuro. Era un exilio voluntario, y tendría que pasar el resto de su vida en esta época. La idea consistía en que, cuando hubiera estado el tiempo suficiente en este siglo como para poder describirlo bien, escribiría un reportaje crítico y lo pondría en una caja que podría conservarse durante cuarenta siglos. Para lo cual la enterraría donde pudiera ser excavada, en un sitio ya determinado, en el futuro. El lugar exacto estaba señalado geográficamente.

Se emocionó al saber que en varios sitios se habían enterrado ya cápsulas del tiempo. Nunca fueron desenterradas y ahora planeaba incorporarlas como parte de su informe, para que pudieran encontrarlas en el futuro.

Pasaban las veladas en largas conversaciones, hablándoles Jan de su época y de todos los siglos transcurridos entre ambas edades. De la larga lucha y las conquistas del hombre en los campos de la medicina, la ciencia y las relaciones humanas. Y ellos, hablándole de la suya, describiendo las instituciones y el modo de vida que él encontraba tan extraño.

Lou no se sentía muy contento con el precipitado casamiento, pero pronto empezó a tomarle aprecio a Jan. Hasta que...

El sheriff prosiguió:

—¿Y no te dijo lo que era, hasta esta noche?

—Así es.

—¿Tu hermana le oyó decirlo? ¿Te respaldará?

—Así lo espero... ella parece fuera de sí ahora, está histérica. Pero le oyó decirlo, sheriff. Ese tipo debió de tenerla bastante dominada o no estaría tan impresionada.

—No es que dude de tu palabra, muchacho, en algo como eso, pero más vale que ella lo haya oído. ¿Cómo ocurrió?

—Empecé a preguntarle acerca de las cosas de su época y cuando le pregunté sobre los problemas raciales pareció sorprenderse y me dijo que le parecía recordar algo que estudió acerca de las razas en la Historia, porque ya no había razas.

»Dijo que en su época, a partir de la guerra de no sé qué, todas las razas se mezclaron en una sola. Que los blancos y los amarillos casi se exterminaron entre sí y que África dominó al mundo durante algún tiempo, y entonces todas las razas se

empezaron a mezclar en una sola, por colonización y casamientos, y que en su época el proceso se había completado. Me quedé mirándole y pregunté:

»—¿Quieres decir que tienes sangre, de negro?

»Y él me respondió, como si no importara nada:

»—Por lo menos, la cuarta parte.

—Bueno, muchacho, hiciste lo que te correspondía —le dijo ávidamente el sheriff —, no hay duda de ello.

—Lo vi de pronto todo rojo. Se había casado con mi hermana; dormía con ella. Me enloquecí hasta tal punto que no recuerdo cuándo cogí la escopeta.

—No te preocupes, muchacho. Hiciste bien.

—Pero me siento muy mal. Él no lo sabía.

—Eso es según como lo veas, muchacho. Quizá creíste demasiado en sus paparruchas. ¡Venir del futuro! Esos negros son capaces de cualquier truco, con tal de pasar por blancos. ¿Qué clase de pruebas son ésas que dio? Pamplinas, muchacho. Nadie viene del futuro o va para allá. Podremos acallar esto, para que no se entere nadie. Actuaremos como si no hubiera sucedido nunca.

La entidad trampa

Tomado del Diccionario Biográfico Mundial, edición de 1990: Dix, John, B. Louisville, Ky. USA, 1 de feb. 1960; hijo de Harvey R. (tabernero) y Elizabeth (Bayley), estudiante en las escuelas públicas de Louisville, de 1966-1974; huyó del hogar a los 14 años, trabajó como empleado en una bolera y de botones en un hotel; sentenciado a seis meses en Birmingham, Ala., 1978, combatió como soldado raso en la guerra Chino-Americana, 1979-1981; reportado como desaparecido en la batalla de Panamints, 1981; encabezó la revolución de 1982; se convirtió en Presidente de los Estados Unidos el 5 de agosto de 1982; Dictador de Norteamérica el 10 de abril de 1983; murió a la edad de 23 años, el 14 de junio de 1983.

El cemento de la casamata aún estaba húmedo. Al asomarse Johnny Dix por la mirilla, sobre el cañón de su ametralladora, lo tocó con el dedo con la esperanza de que se hubiera endurecido lo suficiente como para detener las balas de los amarillos.

Una densa nube de humo planeaba sobre las colinas de Panamints. De la pendiente que se extendía al otro lado de la casamata se escuchaba ensordecedor el rugido de la artillería americana. Adelante, a menos de una milla de distancia, los cañones móviles de los chinos devolvían los rugidos.

Johnny Dix estaba demasiado cerca de la guerra para ser capaz de ver o de saber que aquel era el punto crucial, la penetración más profunda de la abortada invasión china a California, lanzada después de que los proyectiles intercontinentales redujeran a escombros las principales ciudades de ambos países. A partir de aquel momento, los chinos serían empujados nuevamente hacia el mar y la guerra terminaría.

—Ya vienen —gritó Johnny Dix por encima del hombro. Su compañero estaba a un paso de distancia, pero, aún así, Johnny tenía que gritar para que le oyera—. Prepara otra cinta; tenemos que contenerlos.

Tenemos que contenerlos. La frase rebotó en su mente, como el estribillo de una canción. Aquella era la última línea de defensa. A sus espaldas se hallaba el Valle de la Muerte; el nombre resultaría apropiado si los arrojaban a las áridas llanuras. Allí los segarían como trigo.

Pero la línea Panamints aguantaba desde hacía tres días. Atacada por aire y por tierra, aguantaba. Y el ímpetu del ataque se había debilitado; incluso hicieron retroceder al enemigo algunos cientos de metros. Su casamata se hallaba en una nueva línea de avanzadas, rápidamente construidas la noche anterior bajo el amparo de la oscuridad.

Algo negro y feo, la proa de un enorme tanque, avanzó entre el humo y la neblina. Johnny Dix abandonó la ardiente empuñadura de la ametralladora: resultaba inútil

contra el monstruo que se aproximaba; le dio un codazo a su compañero.

—Un tanque va a pasar por encima de la mina. ¡Conecta deprisa el disparador! ¡Ahora!

El suelo bajo sus cuerpos se estremeció al transmitir la aterradora explosión de la mina. Ensordecidos y temporalmente cegados por el estallido que convirtió al monstruoso tanque en un montón de hierros, no escucharon la ululante picada del avión.

La bomba explotó a un metro escaso de la casamata. Y ésta dejó de existir.

Ambos debieron de haber muerto, instantáneamente, pero sólo uno de ellos pereció. La vida puede ser tenaz. La cosa que fue Johnny Dix se retorció y rodó. Un brazo —el otro había desaparecido— se agitó, con los dedos engarfiados como buscando todavía las asas de la ametralladora que yacía a algunos metros de distancia. Un ojo miraba hacia arriba sin ver, a través de un agujero pulposo que una vez fue una nariz. El casco voló a lo lejos, y con él la mayor parte del cuero cabelludo.

La cosa mutilada, ya sin vida, pero aún no muerta, se retorció nuevamente y empezó a arrastrarse.

El avión volvió a atacar. Las balas explosivas del cañón de su morro trazaron un sendero de destrucción que acribilló las rodillas de la cosa reptante, cortándole las piernas. Los dedos moribundos se crisparon espasmódicamente contra el suelo y después se aflojaron.

Johnny Dix estaba muerto, pero un accidente cronometró con precisión matemática el instante de su muerte. Su cuerpo mutilado vivió. Esta es la parte de la historia desconocida por los compiladores del Diccionario Biográfico Mundial cuando redactaron la ficha de Johnny Dix, Dictador de Norteamérica durante ocho meses, hasta su muerte a los veintitrés años de edad.

La entidad sin nombre a quien llamaremos el Extraño, hizo una pausa en su movimiento interplanar. Percibía algo que no debiera ser.

Regresó a un plano. Ahí no. Otro. Sí, era allí. Un plano de *materia*; aún así percibía las emanaciones de consciencia. Era una paradoja, una clara contradicción. Había planos de consciencia y planos de materia física, pero nunca los dos juntos.

El Extraño, un punto no material en el espacio, un foco de consciencia, una entidad; hizo una pausa entre las vertiginosas estrellas de plano material. Estas eran familiares, comunes a todos los planos materiales.

Pero aquí había algo diferente. Consciencia donde no debiera de existir una consciencia. Una extraña clase de consciencia. Sus percepciones parecían decirle que estaba aliada con la *materia*, pero eso era una completa contradicción de conceptos. La materia era la materia y la consciencia era la consciencia. Las dos no podrían

existir en una.

Las emanaciones eran débiles. Encontró que decreciendo su movimiento en el tiempo podía hacerlas más fuertes. Continuó disminuyendo hasta que pasó el punto de máxima fuerza, y después retornó a él. Ahora estaba claro, pero las estrellas ya no giraban en remolinos. Casi inmóviles, colgaban de la curva cortina del infinito.

Empezó a moverse el Extraño —a cambiar el foco de su pensamiento— hacia las estrellas de las que provenían las ambiguas emanaciones, hacia el punto que percibía ahora como el tercer planeta de esa estrella.

Se acercó y se encontró a sí mismo fuera de la envoltura gaseosa que rodeaba al planeta. Otra vez se detuvo, confundido, para analizar y tratar de entender las cosas asombrosas que le indicaban su existencia abajo.

Había entidades, millones, hasta billones, de ellas. Su número era mayor dentro de la pequeña esfera, que en el total del plano del que venía. Pero cada uno de estos seres estaba *prisionero de una porción finita de materia*.

¿Qué cataclismo cósmico, qué vibración interplanetaria pudo haber originado cosa tan imposible? ¿Eran entidades de uno de los millares de planos de consciencia que, de alguna manera desconocida y por alguna ignota razón, se ligaron en esta inconcebible asociación de consciencia y materia?

Trató de concentrar su percepción en una sola entidad pero las miríadas de emanaciones de pensamiento de la superficie del planeta eran demasiadas y tan confusas que se lo imposibilitaron.

Descendió hacia la superficie sólida del planeta, penetrando a través de sus gases exteriores. Se dio cuenta que tendría que acercarse a uno de los seres, para poder sintonizar algo entre la confusión tumultuosa de los pensamientos de los demás.

El gas se espesó al descender. Parecía extrañamente agitado como por intermitentes pero frecuentes concusiones. Si el sonido y la audición no fueran cosas extrañas a una entidad incorpórea, el Extraño hubiera podido reconocerlas como ondas de choque procedentes de explosiones.

Reconoció la masa de humo como una modificación del gas que encontró originalmente. Para una criatura que percibía sin ver, no era ni más ni menos opaco que el aire más puro de las capas superiores.

Encontró solidez. Eso, por supuesto, no era una barrera para su progreso, pero percibía que estaba en un plano vertical que coincidía con la superficie sólida y que, desde ese plano, de todos sus lados, venían las misteriosas y confusas emanaciones de la consciencia.

Una de tales fuentes estaba muy cerca. Escondiendo sus propios pensamientos, el Extraño se aproximó. Las emanaciones conscientes de la cercana entidad eran ya claras y, sin embargo, no lo eran.

No supo que su confusión se debía al hecho de que el dolor agonizante borraba

todo, a excepción de sí mismo. El dolor, posible sólo a una alianza de mente y materia, era inconcebible para el Extraño.

Se acercó más aún, encontrando solidez de nuevo. Esta vez era un tipo diferente de superficie. Por fuera parecía húmeda debido a algo espeso y pegajoso. Más allá, una capa flexible cubría otra menos flexible. A mayor profundidad había una materia suave y extraña, insólitamente ordenada en circunvoluciones.

Estaba más cerca de la fuente de las incomprensibles emanaciones de consciencia, pero extrañamente se hacían más débiles. No parecían venir de un punto fijo, sino de muchos puntos sobre las circunvoluciones de materia blanda.

Se movió lentamente, ansioso de descifrar el extraño fenómeno. La materia misma era diferente, un vez que la penetró. Estaba hecha de células y un fluido se movía entre ellas.

Entonces, de modo terriblemente repentino, hubo un movimiento convulsivo de las partes de la extraña materia, un rápido destello de la incomprensible emanación consciente del dolor, y después el vacío absoluto. Simplemente, la entidad que estudiaba se fue. No se movió, pero se desvaneció completamente.

El Extraño estaba asombrado. Esto era lo más sorprendente que había encontrado en este planeta, único en que la materia se ligaba con la mente. La muerte —un misterio tan profundo para los seres que la han visto a menudo— era un misterio aún más profundo para quien jamás concibiera la posibilidad del final de una entidad.

Pero lo más desconcertante fue que, en el instante de la extinción de la incoherente consciencia, el Extraño sintió una fuerza repentina, una tracción. Fue desplazado ligeramente en el espacio, aspirado por un vórtice, como el aire es aspirado por un vacío repentino.

Trató de moverse, primero en el espacio y después en el tiempo, y no pudo hacerlo. Estaba atrapado, prisionero en esta incomprensible cosa a la que entrara en busca de la entidad desconocida. Él, un ser de pensamiento, quedó intrincadamente ligado con la materia física.

No sintió temor, porque tal emoción era desconocida para él. En cambio, el Extraño inició un calmado examen de su predicamento. Ampliando su campo de percepción, expandiéndose y contrayéndose alternativamente, empezó a estudiar la materia que lo retenía prisionero.

Era una cosa grotescamente formada; básicamente, un cilindro oval. De un extremo se proyectaba una extensión articulada. Dos proyecciones más cortas, pero de mayor grosor, se extendían en el otro extremo del cilindro.

Lo más extraño era la cosa ovoide al extremo de una columna flexible y corta. Era dentro de ese ovoide, cerca de la parte superior, donde se fijaba el foco de su consciencia.

Empezó a estudiar y explorar su prisión, pero no pudo entender el propósito de

los extraños y complejos nervios, tubos y órganos.

Entonces sintió las emanaciones de otras entidades cercanas, y amplió aún más la extensión de sus percepciones. Su asombro creció.

Los hombres se arrastraban a través del campo de batalla, dejando atrás el destrozado cuerpo de Johnny Dix. El Extraño los estudió y vagamente empezó a entender. Vio ahora que el cuerpo que ocupaba era semejante al de ellos, pero menos completo. Aquellos cuerpos podían *moverse*, sujetos a muchas limitaciones, dirigidos por las entidades que moraban dentro, como él estaba alojado en ese cuerpo particular.

Prisioneros en la superficie sólida del planeta, estos cuerpos podían, sin embargo, moverse en un plano horizontal. Devolvió sus percepciones al cuerpo de Johnny Dix y trató de probar los medios de inducirlo a la locomoción.

De su estudio de las cosas que se arrastraban a su lado, el Extraño obtuvo algunos conceptos de mucha utilidad. Sabía que la proyección con las cinco pequeñas proyecciones era un «brazo». «Piernas» significaban los miembros del otro extremo. «Cabeza» era donde estaba preso.

Si pudiera descubrir cómo se movían estas cosas... Experimentó. Al cabo de un rato, un músculo del brazo se movió. A partir de entonces aprendió rápidamente.

Y cuando por fin el cuerpo de Johnny Dix empezó a arrastrarse lenta y torpemente —sobre un brazo y dos piernas rotas— en la dirección de los otros seres que se arrastraban, el Extraño no sabía que estaba logrando la realización de un hecho imposible.

No sabía que el cuerpo que movía estaba imposibilitado para hacerlo. No sabía que cualquier doctor competente no dudaría en declarar la muerte de ese cuerpo. La gangrena y la descomposición ya habían hecho presa en él; pero, a pesar de todo, el Extraño hizo que se movieran los rígidos músculos.

La cosa mutilada que fuera Johnny Dix se arrastró, temblorosa, hacia las líneas chinas.

Wong Lee yacía tendido contra el borde inclinado del agujero de una bomba. Por encima, sólo se proyectaba su yelmo de acero y la mitad superior de los anteojos de su máscara contra gases.

A través del infierno de humo y fuego que tenía enfrente, miró hacia las líneas americanas de donde venía el contraataque. El agujero que ocupaba estaba situado ligeramente detrás de sus propias líneas frontales, ahora bajo el peso del fuego enemigo. Con otros ocho dejó el abrigo de su trinchera varios metros atrás, para reforzar una posición avanzada. Los demás estaban muertos, porque los proyectiles llovieron inmisericordemente. Wong Lee, aun siendo leal, vio claramente que serviría mejor a sus dirigentes esperando aquí, que aceptando una muerte cierta tratando de

avanzar los últimos metros.

Esperó, escudriñando a través del humo, preguntándose si alguien o algo podría sobrevivir al holocausto que tenía delante.

A una docena de metros, vagamente perfilado entre el humo, vio venir algo hacia él. Algo que no parecía humano —aunque todavía no podía verlo con claridad— se arrastraba a través del infierno de fuego y acero, moviéndose lentamente. Aquí y allá colgaban jirones de un uniforme americano.

Ya se podía ver que no usaba máscara antigás ni yelmo. Wong Lee tomó una granada de gas de la pila que tenía a su lado y la arrojó con precisión. Cayó a medio metro escaso de la cosa que se arrastraba. Un géiser de gas blanquecino se elevó: un gas cuya simple aspiración causaba la muerte instantánea.

Wong Lee sonrió regocijadamente y dio todo por concluido. La figura desprovista de máscara podía considerarse muerta. Lentamente, el gas se disipó en el aire lleno de humo.

Wong Lee dejó escapar una exclamación. La cosa continuaba avanzando. Se arrastró a través de la blanca y mortífera nube. Ahora estaba más cerca y se podía ver lo que fuera un rostro. También vio el destrozado horror que fuera el cuerpo y el método imposible de su progresivo avance.

Un terror helado atenazó su estómago. No se le ocurrió correr, pero tendría que detener a esa cosa antes de que lo alcanzara o enloquecería.

Olvidando, en su terror, el peligro de los proyectiles que caían, se puso en pie de un salto, apuntó su pesada automática hacia la monstruosidad que se arrastraba, a sólo tres metros de distancia, y tiró del gatillo. Una y otra y otra vez. Vio a las balas dar en el blanco.

Aún no había terminado de vaciar el cargador cuando oyó el aullido de una granada que caía. Trató de regresar al agujero, pero era demasiado tarde. Se desplomó hacia atrás, perdido el equilibrio, cuando cayó la granada. Cayó y explotó justamente detrás de la cosa que se arrastraba. Escuchó el sonido metálico de un fragmento de acero rebotando en su yelmo. Casi milagrosamente no lo tocó ningún otro fragmento.

El impacto del yelmo le hizo casi perder el sentido.

Cuando volvió en sí, Wong Lee se encontró yaciendo quietamente en el fondo del agujero de la granada. Al principio pensó que la batalla había concluido o que se alejaba. Pero el humo sobre el borde del cráter y las constantes sacudidas del suelo bajo sus plantas le dijeron que no era así. La batalla continuaba; pero los destrozados tímpanos de Wong Lee no le comunicaban impresiones auditivas de ella.

Sin embargo, *oía*. No el fragor de la batalla, sino un voz quieta y calmada que parecía hablarle dentro de su propia mente. Le preguntaba, desapasionadamente:

—¿Qué eres tú?

Parecía estar hablando en chino, pero ello no lo hacía menos asombroso. Lo más

extraño era que no preguntaba *quién* sino *qué* era.

Wong Lee se enderezó trabajosamente y miró alrededor. La vio yaciendo a su lado, a unos cuantos centímetros.

Era una cabeza humana, o lo que quedaba de ella. Con creciente horror comprendió que era la cabeza de la cosa que se arrastrara en su dirección. La granada que cayó la hizo volar hasta allí.

Por lo menos, ahora estaba muerto.

¿O acaso no lo estaba?

Otra vez, en la mente de Wong Lee, se dejó escuchar la pregunta:

¿Qué eres tú?

Y repentinamente, no sabiendo cómo, Wong Lee tuvo la certeza de que quien preguntaba era la cercenada y horriblemente mutilada cabeza que estaba a su lado.

Wong Lee gritó. Se arrancó la máscara antigás, al ponerse en pie y gritar nuevamente. Ganó el borde del agujero y empezó a correr.

Apenas había dado diez pasos cuando, así a sus pies, cayó la bomba de demolición de mil libras, y explotó. Grandes cantidades de tierra y rocas producidas por la explosión de la bomba se elevaron en el aire y descendieron, llenando casi por completo la mayor parte de los agujeros menores del nuevo cráter.

En uno de ellos, enterrada bajo varios pies de tierra, yacía la mutilada cabeza que fuera alguna vez parte del cuerpo de Johnny Dix, y ahora la prisión inviolable de un ser extraño. Incapaz de dejar las nuevas fronteras de materia, de moverse en el espacio o en el tiempo a no ser con la corriente temporal de este plano, el Extraño — hasta una hora antes un ser de pensamiento puro— empezó calmada y sistemáticamente a estudiar las posibilidades y limitaciones de su nueva forma de existir.

Erasmus Findly, en su monumental *Historia de los Americanos*, dedica un volumen entero al dictador Johnny Dix y al renacimiento del imperialismo en los Estados Unidos, inmediatamente después de la terminación de la guerra Chino-Americana. Pero Findly, como hacen la mayor parte de los historiadores, rechaza el carácter legendario otorgado a menudo a la figura de Dix.

«Es natural —dice— que un surgimiento de la oscuridad más completa al absoluto y tiránico control del gobierno más grande sobre la faz de la Tierra, pueda conducir a tales leyendas como aquellas que los supersticiosos le atribuyen a Dix.

»Es indudable que Dix fue a la guerra Chino-Americana como soldado raso, sin distinguirse en modo alguno. Posiblemente por esta razón, hizo destruir todos los registros referentes a su persona, después de su ascenso al poder. O quizá hubiera algo en esos registros, que le interesara destruir.

»Pero la leyenda de que fue dado por perdido durante la batalla crucial en la

guerra —la batalla de Panamints— y no fue visto hasta la primavera siguiente, cuando la guerra hubo terminado, es probablemente falsa.

»De acuerdo con esta leyenda, en la primavera de 1982, John Dix, desnudo y cubierto de tierra, entró en una granja del Valle de Panamints donde le proporcionaron ropa y alimentos y de ahí se dirigió a Los Angeles, entonces en proceso de reconstrucción.

»Igualmente absurdas son las leyendas de su invulnerabilidad: las declaraciones de que docenas de veces las balas de los asesinos pasaron a través de su cuerpo sin causarle el menor inconveniente.

»El hecho de que sus enemigos, los verdaderos patriotas americanos, lograron acabar con él, es prueba de la falsedad de la leyenda de la invulnerabilidad. Y la escena llena de horror en el Rose Bowl, tan vívidamente descrita por numerosos testigos contemporáneos, fue sin duda un truco de escotillón preparado por sus enemigos».

Calmada y sistemáticamente, el Extraño empezó el estudio de la naturaleza de su prisión. Con paciencia, encontró la clave.

Explorando, descubrió una memoria en la cabeza de Johnny Dix. Un sencillo episodio devino de pronto tan vívido para él como si se tratase de su propia experiencia:

Estaba en una pequeña embarcación, pasando cerca de una isla en una bahía. Junto a él se hallaba un hombre que parecía muy alto. Sabía que el hombre era su padre y que eso ocurría cuando tenía siete años de edad, durante un viaje a un sitio llamado Nueva York. Su padre dijo:

—Esa es la isla Ellis, chico, donde dan permiso de entrada a los inmigrantes. Malditos extranjeros; están llevando el país a la ruina. No hay oportunidades para un americano auténtico. Alguien debiera borrar del mapa a Europa.

Bastante simple, pero cada pensamiento de aquella memoria, llevó connotaciones ideológicas al Extraño. Supo lo que era una embarcación, qué era y dónde estaba Europa, y qué significaba ser un americano. Y supo que América constituía el único país bueno de este planeta; que todos los demás estaban formados por pueblos despreciables y que, aun en este país, los únicos buenos eran los blancos que habían permanecido en él durante largo tiempo.

Exploró más y encontró muchas cosas que lo asombraron. Empezó a relacionar esas memorias con una imagen del mundo en el que estaba atrapado. Era una imagen extraña, distorsionada, aunque no tenía modo de saberlo. Se trataba de un punto de vista angosto, ultranacionalista. Y algo peor.

Aprendió —y asimiló— todos los odios y prejuicios del soldado raso Johnny Dix, y éstos eran muchos y muy violentos. Como no sabía nada acerca de otras ideas de

aquel raro mundo, aquellos odios y prejuicios, lo mismo que los recuerdos se convirtieron en sus recuerdos.

Aunque no lo sospechaba, el Extraño se encaminaba hacia una prisión más estrecha que la física; estaba atrapado en los pensamientos de una mente que no había sido ni fuerte ni recta.

Y emergió una fuerza que era la extraña mezcla de la mente de una entidad poderosa y los estrechos prejuicios y creencias de un Johnny Dix.

Veía el mundo a través de lentes oscuras, distorsionadas. Y se percató de lo mucho que había que hacer.

—*Habría que dar un puntapié a esos cabezas huecas de Washington* —proclamó él, o más bien, Johnny Dix—. *Si yo mandara en este país...*

Sí, el Extraño vio cosas que habría de hacer para enderezar el mundo. Era un buen país, rodeado de naciones malas. Y sería preciso enseñarles una lección a esas naciones, o exterminarlas. Mataría a *todos* los amarillos, hombres, mujeres y niños. Existía una raza negra que debería ser enviada a un lugar llamado África, a donde pertenecía. Y aun entre los blancos americanos, existían gentes que tenían más dinero del que merecían, y sería necesario despojarlos de él para dárselo a gente como Johnny Dix. Sí, necesitamos un gobierno que pueda decir a gente como ésa hacia dónde ir. Y suficiente poderío militar para poder decir al resto del mundo cuál era el camino a seguir.

Pero también vio el Extraño que, enterrado y formando parte de un trozo de materia que se desintegraba, tendría pocas oportunidades de llevar a cabo cualesquiera de esas importantes tareas.

Por tanto, empezó ávidamente a estudiar la estructura de la materia. Podía llevar su percepción hasta la escala de los átomos y de las moléculas para estudiarlos. Vio que en la misma tierra que le rodeaba tenía los materiales necesarios para reconstruir el cuerpo de Johnny Dix. Por medio de las memorias de su primera exploración sobre el incompleto cuerpo de Johnny Dix, tal como estaba cuando entró a él por vez primera, empezó el estudio de la química orgánica.

Las memorias de Dix le informaron del concepto de las partes que faltaban en el cuerpo, y comenzó a trabajar.

La transmutación de los elementos químicos del suelo no fue un problema difícil. Y el calor necesario se obtendría a partir de un simple proceso de acelerar la acción molecular.

Lentamente, empezó a crecer carne nueva sobre la cabeza de Johnny Dix; cabellos, ojos y un nuevo cuello. Tomó tiempo, pero ¿qué era el tiempo para un inmortal?

Una noche de primavera del año siguiente, una figura humana, desnuda pero

perfectamente formada, se abrió paso hasta la superficie del terreno que fuera ablandado, por acción molecular, para permitir al renovado ser salir al exterior.

Descansó un rato, para dominar el arte de respirar aire. Entonces, en forma experimental al principio pero ganando rápidamente en habilidad y confianza, probó el uso de los diferentes músculos y órganos sensoriales.

El grupo de trabajadores del Proyecto de Reconstrucción de Glendale miró con curiosidad al hombre de ropas mal ajustadas, que subió a una caja de madera y empezó a hablar:

—Amigos —gritó—, ¿cuánto tiempo vamos a tolerar...?

Un policía uniformado se adelantó rápidamente.

—Oye —objetó—, no puedes hacer eso. Aunque tuvieras permiso, son horas de trabajo y no se puede interrumpir...

—¿Y está usted satisfecho, oficial, con el modo como se desarrollan las cosas aquí y en Washington?

El policía levantó la vista, y sus ojos encontraron los del hombre sobre la caja de madera. Durante un momento sintió como si una corriente eléctrica pasara por su mente y su cuerpo. Y supo que ese hombre tenía las respuestas adecuadas, que ese hombre era un líder a quien seguiría a cualquier parte.

—Mi nombre es John Dix —decía el hombre—. Ustedes no han oído hablar de mí, pero de hoy en adelante escucharán mi nombre a menudo. Estoy empezando algo. Si quiere saberlo, quítese la placa y deséchela. Pero conserve la pistola, pues puede ser de utilidad.

El policía se llevó la mano a la placa y desabrochó el alfiler.

Ese fue el principio.

El 14 de Junio de 1983 fue el día final. Durante la mañana se abatió una pesada niebla sobre Los Angeles —ahora la capital de Norteamérica—, pero para mediodía el sol brillaba plenamente.

Robert Welson, jefe del pequeño grupo de patriotas que, por alguna razón, no se unieron a la histeria general con la cual el pueblo respaldó a John Dix, estaba ante una ventana del nuevo Edificio Panamera, mirando la gran muchedumbre reunida en el reconstruido Rose Bowl. A su lado, en el suelo, descansaba un rifle de alto poder, con mira telescópica Mercer.

En el escenario levantado en el estadio, John Dix, Dictador de Norteamérica, estaba de pie, solo, aunque un gran número guardias uniformados ocupaban todos los asientos inmediatos a la plataforma y se encontraban desparramados entre la audiencia, por doquier. Un micrófono colgaba sobre la plataforma, y el sistema de altavoces llevaba la voz del dictador hasta los rincones más lejanos del Bowl, y más allá. En la habitación del Panamara, Robert Welson y sus compañeros lo podían oír

perfectamente:

—*El día ha llegado. Estamos preparados. Patriotas de América, pido que se levanten en su justa ira y borren, ahora y para siempre, el poder de los países malignos de más allá de los mares.*

En el estadio se levantó una aclamación, una poderosa onda de sonido.

A través de ella, Robert Welson escuchó tres golpes secos en la puerta del cuarto. Cruzó la habitación y abrió la puerta. Un hombre alto y un chico esmirriado, con una cabeza muy grande y ojos de gran tamaño, vacuos, entraron en el silencio.

—¿Para qué traje al chico? —protestó Welson—. El no puede...

El hombre alto habló:

—Usted sabe que Dix no es humano, Welson. Usted sabe que sus balas no le han hecho el menor daño anteriormente. ¡En Pittsburgh vi las balas penetrar en su cuerpo, sin herirle en lo más mínimo! Pero este chico clarividente —o telépata o qué sé yo, no me importa— tiene algo relacionado con él. La primera vez que el chico lo vio, le dio un ataque. No podemos combatir a Dix si no sabemos contra qué luchamos, ¿no es así?

Welson se encogió de hombros.

—Quizá. Juegue usted esa carta. Yo continuaré intentándolo con plomo forrado de acero. —Dejó escapar un suspiro y caminó nuevamente hacia la ventana. Se apoyó sobre una rodilla y levantó el vidrio. Su mano izquierda se extendió para tomar el rifle.

—Allá va —advirtió Welson—. Quizá si le metemos *suficiente* plomo en el cuerpo...

McLaughlin, autor de la biografía más famosa de Johnny Dix, si bien evitaba la aceptación directa de cualesquiera de las leyendas que llenaron muchos otros libros, trata, sin embargo, los aspectos místicos de la subida de Dix al poder.

«Es extraño, en verdad —escribe—, que inmediata, repentinamente después de su asesinato, la ola de locura que dominaba a los Estados Unidos desapareció abrupta y completamente. Si no hubieran tenido éxito los verdaderos patriotas que rehusaron seguirle, la historia del mundo durante la última parte del siglo veinte podría haber sido la de una sangrienta carnicería, sin paralelo en la Historia.

»El exterminio, o la supresión implacable, sería la suerte de todos los países que conquistara, y hay pocas dudas, en vista de los armamentos superiores de que disponía, sobre que la desolación hubiera sido extensiva. Quizá la conquista del mundo sería su objetivo final. Aunque, por supuesto, América misma sufriría más que nadie, en último término.

»Decir que John Dix era un desequilibrado no puede explicar la extensión de su poder sobre el pueblo de su propio país. Casi es posible dar crédito a la extendida

superstición de que estaba dotado de poderes sobrehumanos. Pero si en efecto era un superhombre, era un superhombre aberrante.

»Era algo así como si un ser ignorante, prejuicioso y de criterio estrecho, hubiera recibido milagrosamente el poder de convencer a la mayoría de la población, con capacidad para imprimir sus dogmáticos odios sobre todos, o casi todos, aquellos que lo escuchaban. Los pocos que fueron inmunes, combatiendo con terrible desventaja, salvaron al mundo del Armagedón.

»La manera exacta de su muerte permanece, después de todo este tiempo, envuelta en el misterio. Ya sea que fuera muerto por un nuevo arma —destruida después de servir su propósito—, o que la cosa monstruosa vista por la muchedumbre en el estadio fuera simplemente una ilusión o el truco de un extraordinario prestidigitador, la verdad nunca será conocida con certeza».

El cañón del rifle descansó en el alféizar de la ventana. Robert Welton lo afirmó y aplicó su ojo a la mira telescópica. Su dedo descansó contra el gatillo.

La voz del dictador resonó a través del altavoz:

—*El día de nuestro destino...* —Sin terminar la oración, hizo una pausa, descansando sobre la mesa ante la cual se hallaba. La audiencia esperó la terminación de la frase, antes de lanzar la aclamación.

El hombre alto situado detrás de Robert Welton puso una mano ansiosa sobre su hombro.

—No dispare aún —murmuró—. Algo sucede. Mire al chico, el clarividente.

Welton se volvió.

Vio que el esmirriado muchacho se recostaba en una silla, con los músculos rígidos. Sus ojos estaban cerrados, su rostro contorsionado. Los labios se abrieron para musitar:

—Allí están, cerca de él. Como dos brillantes puntos de luz, sólo que ustedes no pueden verlo. Pero hay un punto como ellos... *¿dentro de la cabeza de John Dix!*

»Hablan. Están hablándole los dos puntos de luz. Pero no con palabras. Puede entender lo que dicen, aun cuando no sea en palabras. Uno de ellos pregunta: *¿Por qué estás aquí? Pareces extraño. Como si un ser menor...* No puedo entender esa parte; no entiendo las palabras.

»La cosa, el punto dentro de la cabeza de Dix está contestando. Dice:

»*Estoy atrapado aquí. La materia me retiene. La materia y sus memorias me aprisionan. ¿Pueden ayudarme a escapar?*

»Ellos responden que lo intentarán, concentrándose los tres al mismo tiempo. La fuerza combinada de los tres lo librerá de su prisión. Están luchando...

Algo extraño *pasaba*. El dictador aún guardaba silencio, descansando sobre la mesa. Pasaron varios minutos y no se movía, no completaba la frase que iniciara.

Robert Welson volvió la vista hacia la ventana. Para ver claramente, miró a través de la mira telescópica del rifle, pero su dedo ya no estaba en el gatillo. Quizá el chico, percibía algo. Nunca antes el dictador había hecho una pausa tan grande.

A sus espaldas, el chico gritó:

—*¡Libre!* —como si se tratara un pensamiento triunfal, repetido desde su cerebro.

Y aunque desde el interior el chico no podía ver lo que ocurría en el Rose Bowl, su grito fue simultáneo a lo que le sucedía a John Dix.

Welson dejó escapar un grito ahogado, pero el sonido se perdió entre los repentinos gritos y chillidos de la audiencia del estadio.

Con horrible rapidez, el cuerpo del dictador se desvaneció ante sus ojos, convirtiéndose en un tenue vapor blanquecino que desapareció en el aire, mientras sus ropas vacías caían al suelo.

Pero la cosa nauseabunda que se desprendió de los hombros y permaneció a la vista de todos, sobre la mesa, no se desintegró. Era una cosa sin cabellos, sin ojos, casi sin carne y en plena putrefacción, que alguna vez fuera una cabeza humana.

La pequeña Lamb

Ella no vino a cenar, así que a las ocho de la noche encontré jamón en el frigorífico y me hice un emparedado. No me preocupé, sin embargo, estaba algo inquieto. Miraba por la ventana hacia la colina y el pueblo, pero no la vi venir. Era una noche de luna, muy brillante y clara. Las luces del pueblo se destacaban hermosas y el contorno de las colinas, al fondo se recortaba negro contra el azul de la noche bajo una luna amarilla y gibosa. Me hubiera gustado pintarlo, aunque no la luna. Si se plasma una luna en un cuadro, éste parece dulzón y cursi. Van Gogh lo hizo y el resultado no fue agradable; parecía terrorífico. Pero él estaba loco; un hombre, en su sano juicio, no haría muchas de las cosas que hizo Van Gogh.

Todavía no había limpiado la paleta, por lo que la tomé de nuevo y traté de trabajar un poco más en la pintura que había comenzado el día anterior. Empecé a mezclar el verde para llenar un fragmento pero no salía bien y me di cuenta de que tendría que esperar a la luz del día, para obtener el efecto deseado. Por las noches, sin luz natural, puedo trabajar en líneas o aplicar algunas pinceladas finales, pero cuando se trata de colores, ¡denme la luz del día! Limpié la paleta y los pinceles, para continuar otra vez por la mañana; eran ya cerca de las nueve y ella no había llegado todavía.

No, no tenía por qué preocuparme. Ella estaría con amigos en alguna parte y se encontraría bien. Mi estudio se hallaba a casi un kilómetro del pueblo, en las colinas, y no había manera de hacérmelo saber, porque no tenía teléfono. Probablemente estaba en la Waverly Inn tomando una copa con sus amigos y no existía motivo para pensar que yo me encontrara preocupado. Ninguno de los dos vivíamos con la obligación de dejar tarjetas de entradas y salidas; eso estaba bien claro. Pronto llegaría.

Quedaba media jarra de vino y me serví un trago. Lo bebí mirando por la ventana hacia el pueblo. Apagué la luz para poder observar mejor la noche. A un kilómetro de distancia, en el valle, pude ver las luces de la Waverly Inn: aquella luz chillona, como la ruidosa música que a menudo me alejaba del lugar. Extrañamente, a Lamb no le molestaba el tocadiscos automático, aunque le gustara también la buena música.

Otras luces punteaban aquí y allá: pequeñas granjas, otros estudios. La casa de Hans Wagner se encontraba a unos trescientos metros de la mía, colina abajo. Grande, con tragaluz, pero con un estilo estrictamente académico. No llegaba a pintar con la misma nitidez de una fotografía en color, pero de hecho, veía las cosas como las ven las cámaras y las pintaba sin filtrarlas por la catálisis de la mente. Un buen artesano. Y vendía su mercancía. Podía permitirse el lujo del tragaluz.

Bebí lo que quedaba del vaso de vino y sentí un nudo en medio del estómago. No sé por qué. A menudo, Lamb llegaba más tarde que ahora, mucho más tarde. No tenía

ninguna razón real para preocuparme.

Puse el vaso en el alféizar de la ventana y abrí la puerta. Pero antes de salir, encendí las luces de nuevo. Una lámpara para Lamb. Así, si ella miraba hacia la colina podría verlas y no pensaría que yo no estaba esperándola.

Deja de comportarte como un tonto, me dije; todavía no es tarde. Es temprano, apenas pasan de las nueve. Fui colina abajo hacia el pueblo, y el nudo del estómago se agudizó más y me maldije porque no había razón para ello. La línea de las colinas que servía de telón de fondo al pueblo ascendía al descender yo, haciendo resaltar las estrellas. Uno puede hacer unos agujeros en el lienzo y poner una luz detrás del marco. Me reí al imaginármelo... ¿por qué no? Pero nunca se había hecho y no hacía falta que me preocupase. Lo estuve pensando un rato y llegué a una conclusión: nadie se atrevió a realizar algo parecido porque era inmaduro e infantil.

Al pasar ante la casa de Hans Wagner, disminuí el paso pensando si Lamb estaría allí. Hans vivía solo y Lamb no le visitaría, por supuesto, a menos que el grupo la acompañara. Me detuve y no escuché ningún ruido: el grupo no estaba allí. Continué.

El camino se dividía; elegí la ruta más corta, la que ella probablemente elegiría si regresaba directamente a casa. Pasaba por la casa de Carter Brent, pero el lugar estaba oscuro. En la de Silvia, las luces estaban encendidas y se escuchaba música de guitarra. Llamé a la puerta y, mientras esperaba, me di cuenta que era un disco: Segovia tocando a Bach, la Chacona de la Partitura en Re Menor, una de mis favoritas. Tan hermosa, como Lamb.

Silvia llegó a la puerta y respondió a mi pregunta. No, ella no había visto a Lamb. Y no, tampoco estuvo en la posada. Había pasado en casa toda la tarde; pero, ¿por qué no entraba a tomar un trago? Me sentí tentado —más por Segovia que por la bebida—, pero le di las gracias y seguí mi camino.

Quizá debí dar la vuelta y regresar a casa, porque sin ninguna razón estaba cayendo en uno de mis humores negros. Me sentía ilógicamente molesto por no saber dónde estaba; si la encontraba, probablemente la reñiría, y odio las riñas. No es que no las tuviéramos a menudo. Ambos nos mostrábamos bastante tolerantes acerca de las cosas sin importancia. Y el hecho de que Lamb no hubiera regresado aún a casa, era una cosa sin importancia.

Pero a cierta distancia de la posada se escuchaba su ruidosa matraca y eso no aminoraba mi disgusto. Por la ventana pude ver que Lamb no estaba allí, tampoco en el bar. Pero, desde luego, faltaba mirar en los reservados y, además, alguien podría dar razón de ella. Había dos parejas en el bar. Yo las conocía: Charlie y Eve Chandler, y Dick Bristow con una chica de Los Angeles, que me habían presentado alguna vez, pero no recordaba su nombre. Y un tipo, solo, que parecía imitar a un cazatalentos cinematográfico de Hollywood. Tal vez fuera eso realmente.

Entré y, gracias a Dios, el tocadiscos cesó su ruido tan pronto como hube

traspasado la puerta. Fui al bar, mirando hacia la línea de reservados; Lamb no estaba en ninguno.

—Hola. —Saludé—. ¿Ha estado Lamb por aquí? —pregunté a Harry, el cantinero.

—No. No la he visto, Wayne. Y llevo aquí desde las seis. ¿Quieres un trago?

No me apetecía, precisamente, pero no quise que pensara que sólo había ido a buscar a Lamb, así es que le acepté uno.

—¿Qué tal va la pintura? —me preguntó Charlie.

No se refería a ninguna pintura en particular, y aunque lo supiera daría lo mismo. Charlie trabajaba en la librería local y, sorprendentemente, puede señalar las diferencias entre Tomas Wolfe y una revista cómica, pero no sabría diferenciar entre El Greco y Walt Disney. No lo tomen a mal; a mí me gusta Disney.

Así que le contesté con la vaguedad acostumbrada para las preguntas ambiguas, y tomé un trago de la bebida que Harry me sirvió. Pagué mientras me imaginaba cuánto tiempo tendría que permanecer para que no fuera muy obvio que sólo había ido buscando a Lamb.

Por alguna razón decayó la conversación. Si alguien hablaba con otra persona antes de llegar yo, no lo hacía ahora. Miré a Eve y observé que trazaba húmedos círculos en la barra, con la base de una copa de martini. La aceituna se agitaba incansable en el fondo y supe de pronto cuál era el color exacto que trataba de obtener un par de horas antes de decidir no continuar con la pintura. Era el color de una aceituna sumergida en ginebra y vermouth. Miré el color y traté de memorizarlo para intentarlo al día siguiente. Quizá esta misma noche, cuando regresara a casa. La idea disipó mi mal humor.

Pero, ¿dónde estaba Lamb? Si no estuviera ya en casa a mi regreso, ¿podría pintar? ¿O me preocuparía por ella, sin razón? ¿Sentiría nuevamente el nudo en la boca del estómago?

Vi mi vaso vacío. Bebía demasiado aprisa. Ahora tendría que tomar otro o sería más obvio aún el objeto de mi visita. Y no quería que la gente pensara que estaba celoso de Lamb y sintieran lástima de ella. Lamb y yo confiábamos implícitamente el uno en el otro. Yo tenía curiosidad por saber dónde estaba y deseaba que regresara a casa; eso era todo. No tenía sospechas del lugar donde estaba. Pero los demás no lo entenderían.

—Harry, sírveme un martini. —No me afectaría una copa más. Y deseaba estudiar de cerca el color, íntimamente y a la mano. Sería el motivo pictórico central, y todo giraría a su alrededor.

Harry me dio el martini. Sabía bien. Miré la aceituna pero no era el color exacto que deseaba. Su tono resultaba más oscuro, aunque me hacía una idea. Y todavía deseaba trabajar esa misma noche, si podía encontrar a Lamb. Si ella me

acompañaba, allí, podría trabajar; pondría las manchas de color, y mañana las sombras. Pero a menos que ya estuviera en casa, o en camino, la cosa no parecía muy probable.

Conocíamos a docenas de personas; no podría buscarla en todos los sitios imaginables. Pero la posibilidad más cierta era el Club de Mike, a un kilómetro de distancia, al otro lado del pueblo. Difícilmente iría ella, a menos que alguien la llevara en coche, pero también podía ocurrir eso. Llamaría por teléfono para informarme.

Terminé mi martini y me volví para dirigirme al teléfono. El tipo que parecía buscador de estrellas de Hollywood regresaba hacia la barra, procedente de la sinfonola que ya emitía los ruidos mecánicos preliminares. Una polka, particularmente ruidosa, empezó a dejarse oír. Tuve ganas de golpear al tipo en la nariz. El teléfono estaba justo al lado de la sinfonola y no podría oír o hablar si llamaba al Club de Mike.

Como los discos duran tres minutos, traté de esperar, pero un minuto fue más que suficiente. Deseaba hacer la llamada y largarme de allí, por lo que me dirigí hacia la caseta y pasé la mano por la parte posterior del tocadiscos automático y desconecté el aparato. No fue nada violento, pero el silencio repentino resultó tan brutal que pude oír, como si las hubiera gritado, las últimas palabras que Eve Chandler decía a Charlie. Su voz aguda se escuchó claramente:

—... puede estar en la casa de Hans. —Y cortó el resto del comentario. Si es que intentaba hacerlo.

Sus ojos encontraron los míos, y los suyos parecían atemorizados.

No hice caso del chico de Hollywood; si deseaba protestar por la moneda que había echado en la sinfonola, estaba en su derecho, pero yo no estaba dispuesto a iniciar las explicaciones. Entré en la cabina telefónica y cerré la puerta. Si conectaban la sinfonola nuevamente, antes de que terminara mi llamada, eso sí sería asunto mío, pero permaneció en silencio.

Marqué el número de Mike y, cuando alguien contestó, pregunté:

—¿Está Lamb ahí?

—¿Quién dice?

—Soy Wayne Gray —dije con paciencia—. ¿Está Lamb Gray?

—¡Oh! —era la voz de Mike—, no le había reconocido. No, señor Gray, su esposa no ha estado aquí.

Le di las gracias y colgué. Cuando salí de la cabina, los Chandler no estaban. Oí un coche que arracancaba fuera.

Me despedí de Harry con una ademán y salí. Las luces traseras del coche de los Chandler se dirigían hacia la colina. En la misma dirección que si se encaminaran al estudio de Hans Wagner, quizá para advertir a Lamb que yo había oído algo que no

debía, y que podría ir hacia allá.

Pero parecía demasiado ridículo para tomarlo en cuenta. Cualquier cosa que hiciera sospechar a Eve Chandler que Lamb estaba con Hans, era errónea. Lamb no haría nada así. Probablemente Eve, la había visto tomando un trago con Hans en algún sitio, alguna vez, y tuvo esa impresión equivocada. Totalmente errónea. Aunque no fuera sólo porque Lamb tenía mejor gusto. Hans es guapo y agradable con las damas, lo cual no reza conmigo, pero es estúpido y no puede pintar. Lamb no caería en los brazos de un tipo inflado como Hans Wagner.

Decidí ir a casa. A menos que deseara dar a la gente la impresión de que estaba peinando el pueblo en busca de mi mujer, no podría continuar preguntando por ella. Y aunque no me importa lo que la gente piense acerca de mí personalmente, o como pintor, no desearía que pensarán que yo tengo ideas raras acerca de Lamb.

Seguí la ruta del coche de los Chandler, bajo la luz de la luna. Llegué de nuevo a la casa de Hans pero no estaba allí el coche; si los Chandler se detuvieron, seguro que se habían marchado de inmediato. Pero, por supuesto, eso es lo que yo mismo hubiera hecho, dadas las circunstancias. No les habría gustado que yo viera que estaban aparcados en su jardín; hubiera estado mal visto.

Las luces estaban encendidas, pero pasé de largo, hacia mi casa. Quizá Lamb ya estuviera en ella; así lo esperaba. De cualquier modo, no iba a detenerme con Hans. Lo hubieran hecho o no los Chandler.

No vi a Lamb a lo largo del camino, entre la casa de Hans y la mía. Pero pudo haberlo recorrido antes de llegar yo, aun... bueno, aun suponiendo que ella hubiese estado allí. Si acaso los Chandler se detuvieron a advertirla.

Tres cuartos de kilómetro desde la posada a la casa de Hans. Sólo un cuarto de kilómetro de la de Hans a la mía. Y Lamb pudo ir corriendo; yo caminaba.

Dejé atrás la casa de Hans, su hermoso estudio con aquel tragaluz que yo le envidiaba. No el sitio ni los muebles de lujo, sólo aquel maravilloso tragaluz. ¡Oh!, sí, se puede tener una luz maravillosa en el exterior, pero se levanta viento y polvo en los momentos más inoportunos. Y cuando se pinta lo que está dentro de la cabeza y no lo que se mira, no hay ninguna ventaja en pintar en el exterior. Yo no necesito ver una colina cuando la pinto. Ya las he visto antes.

La luz continuaba encendida en mi casa. Pero así la dejé y no probaba que Lamb hubiera ya regresado. Me dirigí hacia ella, sintiéndome un poco falto de aliento por la ascensión de la colina, y en ese momento me percaté de que estaba caminando muy rápido. Me detuve unos instantes para observar de nuevo el paisaje, y allí estaba nuevamente la composición, con la luna gibosa un poco más alta y más brillante. Había aclarado el negro de las colinas cercanas pero las más lejanas se veían aun más oscuras. Yo podía hacer eso. Gris sobre negro y negro sobre gris. Y, para que no resultara monocromático, las luces amarillas. Como las de la casa de Hans. Luces

amarillas como los cabellos de Hans. Alto, bien parecido, de tipo nórdico-teutón. Planos interesantes en su rostro. Sí, podía comprender por qué las mujeres lo preferían. Las mujeres, pero no Lamb.

Recobré el aliento y continué ascendiendo. Grité el nombre de Lamb al llegar cerca de la puerta, pero no respondió. Entré, y ella no estaba allí.

El lugar estaba muy vacío. Me serví un vaso de vino y fui a ver la pintura que había comenzado. No estaba bien; no significaba nada. Tendría que raspar la tela y empezar de nuevo. Bueno, ya lo había hecho antes. Es el único modo de obtener algo: ser implacable cuando algo está mal. Pero no podría empezar esa misma noche.

El reloj marcaba las once menos cuarto, aún no era tarde. Pero no deseaba pensar, por lo que decidí leer un rato. Quizá algo de poesía. Fui a la estantería. Vi un libro de T.S. Eliot: *La medianoche sacude las memorias*, como un loco sacude un geranio muerto. Pero no era medianoche y yo no estaba de humor para Eliot. Ni siquiera para Prufrock: *Vayamos entonces, tú y yo, donde la noche se extiende hacia el cielo, como un paciente anestesiado sobre la mesa...* Él podía hacer cosas con las palabras, que a mi me hubiera gustado hacer con los pinceles; pero no son los mismos medios. La pintura y la poesía son diferentes, tan diferentes como comer y dormir. Pero ambos campos pueden ser, y son, muy amplios. No me apetecía leer.

Y ya era bastante con pensar. Abrí el baúl y saqué mi automática calibre cuarenta y cinco. El cargador estaba lleno; metí una bala en la recámara y puse el seguro. La guardé en mi bolsillo y salí. Cerré la puerta y caminé colina abajo, hacia el estudio de Hans.

Me pregunté si los Chandler se habrían detenido para advertirles. En ese caso, Lamb se hubiera ido a casa o, posiblemente, se fuera con los Chandler a la suya. Pudo haber pensado que eso sería más seguro que regresar apuradamente. Así, aunque no hubiera estado allí abajo, su comportamiento no probaría nada. Y si lo estaba, demostraría que los Chandler no se detuvieron.

Caminé tratando de sentir la negrura de las montañas, el amarillo de las luces. Pero no significaban nada. Insensible como un paciente anestesiado sobre la mesa. La lucha inútil de las tierras áridas por algo que un hombre puede tocar, pero nunca tener: como sacudir un geranio muerto, como un loco. Lamb. Sus cabellos negros y sus ojos más oscuros aún en la blancura de su rostro. Y la blancura hermosa y esbelta de su cuerpo. La suavidad de su voz y el tacto de su manos corriendo por mis cabellos. Y por los cabellos de Hans, amarillos como la burlona luna.

Llamé a la puerta. Ni fuerte, ni suave, sólo un toque.

¿Parecía asustado? No lo sé. Los planos de su rostro eran agradables, pero no sé qué había en ellos. Puede ver las líneas de su rostro, pero no leerlas. Ni tampoco su voz.

—Hola, Wayne. Pasa —me invitó Hans.

Entré. Lamb no estaba en el salón, ni en el estudio. Había otros cuartos, por supuesto; una alcoba, una cocina, un baño. Deseaba mirar en todos ellos de inmediato, pero eso hubiera resultado demasiado grosero. No me marcharía hasta mirar en todas partes.

—Estoy un poco preocupado por Lamb; ella no suele estar fuera hasta esta hora. ¿La has visto? —pregunté.

Hans movió su rubia cabeza.

—Pensé que podía haberse detenido aquí al pasar de regreso a casa —le dije casualmente. Le sonreí—. Quizá es únicamente que me sentía solo e inquieto. ¿Qué tal si vienes conmigo a tomar un trago? Sólo tengo vino, pero en cantidad suficiente.

Por supuesto, él tendría que decir:

—¿Por qué no lo tomamos aquí? —Y lo dijo. Me preguntó qué deseaba y le respondí que un martini, porque así se vería obligado a ir a la cocina para prepararlo y eso me daría la oportunidad de echar una ojeada.

—Está bien, Wayne, yo tomaré uno también —señaló Hans—. Perdóname un momento.

Se marchó a la cocina. Yo eché una rápida ojeada en el baño y después me dirigí a la habitación y busqué bien, hasta debajo de la cama. Lamb no se encontraba allí. Entonces, fui a la cocina.

—Se me olvidó decirte que hicieras el mío suave. Quisiera pintar un poco cuando regrese a casa.

—Está bien —acató Hans.

Lamb tampoco estaba en la cocina. Ni salió después de que yo hubiese llamado y entrado. Recuerdo la puerta de la cocina de Hans. Es muy ruidosa, y no la oí. Y es la única puerta, aparte de la de entrada.

Fui un tonto.

A menos, claro, que Lamb hubiese estado allí y se hubiera marchado con los Chandler cuando se detuvieron para avisarles, si es que lo hicieron.

Regresé al gran estudio con el tragaluz y caminé a su alrededor durante un minuto, mirando los cuadros colgados de las paredes. Después, me senté a esperar. Las pinturas me daban deseos de vomitar. Hans regresó.

Me dio la bebida y se lo agradecí. Bebí mientras él esperaba con aire de superioridad. No se lo critico. Él hacía dinero y yo no. Pero yo pensaba peor de él de lo que pudiera pensar él de mí.

—¿Qué tal va tu trabajo, Wayne?

—Bien —le aseguré. Bebí. Me había tomado la palabra y preparó la bebida floja, casi puro vermouth. Sabía horrible. Pero la aceituna se veía más oscura, más cerca del color que tenía en mente.

—¿Estuvieron aquí los Chandler? —indagué.

—¿Los Chandler? No, no los he visto desde hace un par de días. —Terminó su copa—. ¿Quieres otra? —preguntó.

Quise decir que no, pero no lo hice. Mis ojos se detuvieron en la puerta de un retrete del tamaño suficiente para permitir que dentro permaneciera un hombre. O una mujer.

—Gracias, Hans. Si me haces el favor.

Le entregué mi vaso. Él fue a la cocina y yo me encaminé en silencio hacia el servicio. Estaba cerrado, y la llave no estaba metida en la cerradura.

Hans salió de la cocina, con un martini en cada mano. Vio mi mano en el picaporte de la puerta.

Durante un instante se quedó muy quieto y después sus manos empezaron a temblar; los martinis dejaron caer gotas al piso.

—Hans, ¿tienes cerrado el lavabo? —le pregunté con calma.

—¿Está cerrado? No, no normalmente. —Y al darse cuenta de que no era la respuesta adecuada, preguntó—: ¿Qué te pasa, Wayne?

—Nada —le mentí—. Nada absolutamente. —Saqué la cuarenta y cinco del bolsillo. Estaba lo suficientemente alelado como para no pensar en arrojarse sobre mí.

—¿Qué tal si me das la llave? —le sonreí.

Más martini se derramó sobre el piso. Esos tipos rubios, altos y grandes no tienen redaños; estaba paralizado de espanto. Trataba de que su voz sonara normal.

—No sé dónde está. ¿Hay algo malo?

—Nada —eludí—. Pero quédate donde estás. No te muevas, Hans.

No lo hizo. Los vasos temblaron, pero las aceitunas se mantuvieron en su sitio. Lo miré de reojo, mientras ponía el cañón de la pistola en el agujero de la cerradura. La desvié del centro para no herir a nadie que estuviera oculto.

Tiré del gatillo. El sonido del disparo, aun en el gran estudio, resultó ensordecedor, pero no aparté los ojos de Hans.

Di un paso hacia atrás al abrirse la puerta. Entonces apunté la cuarenta y cinco al corazón de Hans. Así esperé hasta que se abriera totalmente.

Una aceituna golpeó el piso con un sonido que ordinariamente no sería audible. Miré a Hans y después al interior del servicio.

Lamb estaba allí, desnuda.

Disparé a Hans y mi brazo no tembló, por lo que un disparo fue suficiente. Cayó con la mano moviéndose hacia el corazón, pero sin tener tiempo de llegar a él. Su cabeza golpeó los mosaicos con un sonido hueco: el sonido de la muerte.

Me guardé de nuevo la pistola en mi bolsillo.

El caballete de Hans estaba cerca, su navaja depositada en el borde.

Tomé la navaja y corté a Lamb, mi desnuda Lamb, para desprenderla del marco. La enrollé y la sostuve estrechamente; nadie más la vería así. Partimos juntos y,

dándonos la mano, remontamos la colina rumbo a casa. La miré a la luz de la luna. Yo reí y ella rió, pero su risa era como címbalos de plata, y la mía, como pétalos de geranio muertos sacudidos por un loco.

Su mano soltó la mía y danzó.

Por encima de su hombro, su risa de cascabel repicó al decir:

—¿Te acuerdas, querido? ¿Te acuerdas de que me mataste cuando te dije que Hans y yo...? ¿No recuerdas haberme matado esta tarde? ¿No te acuerdas, querido? ¿No te acuerdas?

Flapjack, los marcianos y yo

En colaboración con Mack Reynolds

Quiere oír cómo Flapjack salvó al mundo de los marcianos, ¿eh? Muy bien, socio. Sucedió en las orillas del Mojave, justo al sur del Valle de la Muerte. Flapjack y yo estábamos...

—Flapjack —le dije perentoriamente—, ya no vales un comino desde que te has hecho rico. Te sientes demasiado orgulloso como para atravesar el desierto trabajando honestamente tu jornada, ¿no es así?

Flapjack no respondió. Me ignoró y miró con disgusto la arena, el polvo y los cactus que se extendían frente a él. No tenía que responder; su actitud demostraba con bastante claridad que deseaba regresar a Crucero, o quizá a Bishop.

—Algunas veces —proseguí, frunciendo el ceño— creo que no naciste para esto, Flapjack. ¡Oh!, claro que has pasado la mayor parte de tu vida en el desierto y las montañas, como yo mismo. Y quizá los conoces mejor que yo; tengo que admitir que fuiste tú quien tropezó con lo que resultó nuestro último golpe. Pero aun así, creo que no te gustan ni el desierto ni las montañas.

»Tengo razones para decir eso, Flapjack. Es por el modo en que has actuado desde que sacamos unos cuantos dólares con aquel golpe. Pero no adoptes ese aire ofendido, tú sabes muy bien cómo te comportas desde que tenemos dinero en el banco. ¿Qué haces tan pronto como llegamos a Bishop o a Needles? Sales disparado hacia la taberna más cercana, eso es lo que haces. Todo el pueblo tiene que enterarse de que tenemos dinero para gastar.

Flapjack bostezó y pateó el polvo del terreno. No le importaba mi manera de hablarle, porque uno llega a desear escuchar alguna voz en el desierto, pero en realidad no prestaba ninguna atención a lo que yo le decía. Mas eso no me detuvo; la había tomado con él.

—Y no te satisface gastarte el dinero en una sola taberna, no. En cuanto terminas un galón de cerveza en un salón, te encaminas al siguiente. Todo el mundo habla de ti, Flapjack, pero eso te da lo mismo. De hecho, como te digo, te sientes tan orgulloso que no te importa lo que digan de ti.

»No tenemos tanto dinero como para retirarnos. Si nos quedamos a vivir en el pueblo, no tardaremos en estar en la más completa ruina. Sobre todo, si te pasas la vida en la taberna. Bueno, al menos no pagas rondas a todos.

Flapjack rezongó.

—¡Oh!, ¿crees que ya es hora de acampar? —le pregunté mientras dejaba vagar mis ojos por el paisaje—. Está bien, supongo que cualquier sitio es bueno. De todos modos, no hay agua en doce millas a la redonda.

Cogí el bulto de los lomos de Flapjack y empecé a levantar mi pequeña tienda. Nunca había tenido una tienda, antes de dar mi golpe —o de que Flapjack lo diera en mi beneficio—, pero el tipo aquel me sorprendió en un momento de debilidad, y con dinero en el bolsillo, y me la encajó.

Flapjack me miró durante un minuto y después se fue a buscar algún yerbajo que le sirviera de cena. Sabía que no se alejaría y que no haría falta vigilarlo, así es que me preocupé de mis propios asuntos y dejé que él atendiera los suyos.

No era una exageración lo que le decía. Su actitud tenía sólo una explicación. Flapjack deseaba regresar a donde tuviera su ración diaria de cerveza y alguna hierba de buena calidad que mordisquear para acompañarla. Desde que pateó aquella roca y descubrió la plata, tenía crédito en todas las tabernas de los alrededores. Le bastaba asomarse para que el cantinero llenara un cubo de cerveza para él. Se lo bebía y se encaminaba a la siguiente taberna. Le vuelve loco la cerveza, y la aguanta bastante bien.

Quizá nunca debí haber hecho el trato, pero, como ya he dicho, fue Flapjack quien dio el golpe, por lo que pienso que es justo. Aunque a veces me pese, como cuando por error se metió en un sitio lleno de chicas en Crucero y se paró en medio de la elegante pista de baile y... bueno, ¿qué se puede esperar de un burro? De todos modos, no había nadie bailando en aquel momento, así que no me explico por qué armaron tanto escándalo. Es curioso, Flapjack nunca ha hecho nada parecido en lugares donde es bien recibido, y eso me da en qué pensar. Especialmente después de lo que sucedió con los marcianos. Pero a eso todavía no hemos llegado.

En cualquier caso, sólo bromeaba con Flapjack; yo mismo estaba ya a punto de necesitar un viajecito al pueblo, y quizá por eso lo culpaba a él. Me gusta tanto ir al pueblo, como al mismo Flapjack, sólo que nunca pasa mucho tiempo antes de que el ruido, los edificios y el dormir en cama me haga marcharme nuevamente hacia las colinas. Quizá es la única diferencia entre Flapjack y yo; a él le gustaría quedarse más tiempo.

Media hora más tarde estaba haciéndome la cena y, probablemente, Flapjack pensó que no lo vería entrar a la tienda. Rebuscaba algo que robar. Flapjack es el burro más ladrón que jamás he conocido. Si piensa que algo me gusta, lo roba en menos que canta un gallo, aunque a él mismo no le guste. Recuerdo la vez que me cansé de que robara los *pancakes* por las mañanas y cociné un par de docenas con una horrorosa cantidad de chile. ¿Creen que le importó? No a Flapjack. Estaba tan feliz de poder robar mis *pancakes* que no le importó el sabor.

Flapjack es un peligro, ciertamente lo es. Pero les estaba hablando de los marcianos. Más vale que continúe con mi relato.

Ya amanecía; déjenme ver... para ser exacto, debió ser el seis o el siete de agosto; algunas veces se pierde la cuenta en el desierto.

De todos modos, abrí los ojos al oír a Flapjack rebuznar en tono indignado. Me di cuenta de que algo ocurría; Flapjack no acostumbra a emplear ese tono a menudo. Saqué la cabeza de la tienda, justo a tiempo de ver ese —bueno, al principio pensé que era un globo— globo en llamas. Por debajo soltaba enormes llamaradas. En cualquier momento esperaba verlo explotar.

Pero no explotó. El globo se posó en el suelo, a no más de cincuenta pies de distancia de mi tienda y se apagaron las llamas.

«¡Santo cielo! —me dije a mí mismo y a Flapjack—, debe haberse escapado de alguna feria».

Me arrastré fuera de la tienda, pensando acercarme hasta la cosa aquella, para investigar. No esperaba que llevara a algún paisano, porque no colgaba ninguna canasta por debajo. Y si la hubiera habido, tanto la canasta como los cristianos estarían bien asados por las llamas que había despedido el armatoste al descender.

Me olvidaba de Flapjack: no se le puede culpar por haberse puesto nervioso; pero, en vez de huir, retrocedió hacia la tienda. Y cuando me oyó a sus espaldas, lanzó las pezuñas traseras con la velocidad del rayo. No creo que lo hiciera intencionadamente, pero es lo último que recuerdo de una buena parte de la historia.

Cuando desperté de nuevo, el sol ya estaba alto. Había permanecido fuera de combate por lo menos una hora, o quizá dos. Me llevé la mano a la cabeza y gruñí; de pronto, me acordé del globo. Me levanté tambaleándome y miré hacia donde le viera por última vez.

El globo no era tal globo. Yo he visto globos en la feria de Missouri y dibujos de otros, y esto, cualquier cosa que fuese, no era un globo. Se lo garantizo.

Además, ¿quién ha oído de alguien que viaje *dentro* de un globo?

Quizá no deba decir *alguien*, sino *algo*, ya que las criaturas que salían por aquella puerta lateral no eran cristianos comunes y corrientes. Lo primero en que pensé fue en un circo, pues los circos llevan consigo los humanos monstruosos más extraños. Sólo que no pude decidir si se trataba de humanos o de animales. Era algo intermedio.

Esas criaturas entraban y salían de la gran esfera, que yo había confundido con un globo, a veces sobre sus patas traseras y a veces sobre las cuatro. Sobre dos patas medían unos cuatro pies de altura, y sobre las cuatro, menos de la mitad, ya que sus piernas y brazos, si es que las extremidades superiores eran brazos, parecían muy cortas. Acarreaban toda clase de curiosos aparatos que colocaban en el desierto, a mitad de distancia entre la esfera y mi tienda. Tres de ellos ensamblaban los

instrumentos traídos por los demás.

Flapjack estaba cerca de ellos y no demostraba ningún temor, sólo curiosidad, como cualquier otro burro.

Bueno, me armé de valor y me aproximé para echar una ojeada a lo que estaban ensamblando, pero no pude entender para qué servía.

—Hola —saludé, y ellos no me respondieron ni me concedieron más atención de la que me habrían prestado de ser una alimaña del desierto.

Así es que anduve alrededor de ellos, manteniendo cierta distancia, hasta que llegué al costado de la esfera y extendí la mano para tocarla. ¡Santo Cielo! Estaba hecha de un metal tan terso y duro como el cañón de un Colt, y era tan grande como una casa de dos pisos.

Una de las criaturas se acercó y me indicó que me alejara, agitando en su mano lo que parecía una linterna. Me asaltó la sospecha de que no era una linterna y la verdad es que no sentí mucha curiosidad por saber qué ocurriría si hacía algo más que agitarla en su mano. Retrocedí unos veinte pies y permanecí observándolos.

Al poco rato, me pareció que habían terminado de ensamblar sus aparatos. Flapjack y yo estábamos a unos cuantos pies de distancia y traté de acercarme más, pero una indicación de uno, con su linterna, me hizo retroceder.

Dos de ellos permanecieron de pie sobre sus patas traseras, tirando de palancas y manipulando unos botones. Encima del aparato había una gran bocina, semejante a la de los fonógrafos antiguos, y repentinamente se escuchó una voz.

—Ya debe estar correctamente ajustado, Mandú.

Por poco me desmayo. Las cosas ésas parecían escapadas de un zoológico y, sin embargo, tenían una máquina parlante, de alguna clase que yo desconocía. Me senté en una roca y miré el altavoz.

—Así parece —indicó la bocina—. Si este terrícola tiene el tipo de mentalidad que hemos deducido, podremos comunicarnos.

Todas las criaturas se alejaron del aparato, a excepción de una que miró directamente a Flapjack y dijo:

—Saludos.

—Igualmente —le contesté—. Flapjack es un burro, ¿qué tal si se dirige a mí?

—¿Quiere alguno de ustedes —solicitó el altavoz— hacer callar a esa criatura domesticada que está haciendo ruidos constantemente?

Flapjack no hacía ningún ruido que yo pudiera oír. Pero una linterna me apuntó y me callé la boca para ver qué ocurría.

—Supongo —siguió el altavoz— que ustedes son la inteligencia dominante en este planeta. Saludos de los habitantes de Marte.

Había algo curioso en aquella bocina; algo que me permite recordar todas y cada una de las palabras que dijo, tal y como fueron, aun cuando no sepa exactamente lo

que aquellas fantásticas palabras significaban.

Mientras trataba de pensar una respuesta a lo que decía, maldita sea si Flapjack no se adelantó. Abrió la boca, enseñó los dientes y rebuznó a placer.

—Gracias —agradeció el altavoz—. Y en respuesta a su pregunta, le diré que éste es un telepaton sónico. Transmite mis pensamientos y ellos se reproducen en la mente del que escucha, según el lenguaje que hable y entienda. Los sonidos que parecen percibirse no son exactamente los que salen de la bocina; ésta emite un sonido abstracto que el subconsciente, con la ayuda de las ondas relativas, interpreta como un sonido de su lenguaje. No es selectivo; muchas criaturas hablando diferentes lenguajes podrían entender lo que estoy pensando. Nuestro ajuste consiste en sintonizar la parte del receptor, que es selectiva, para que coincida con la norma particular de su inteligencia individual.

—¡Está loco! —grité—. ¿Por qué no arregla esa maldita cosa para entender lo que yo digo?

—Por favor, mantén quieto a ese animal, Yagarl —ordenó el altavoz. Flapjack me miró con aire de reproche. Eso no me preocupó, pero una de las criaturas me hizo una señal con la linterna y me calmé. Pues, de todos modos, el altavoz hablaba nuevamente y quería enterarme.

—Nosotros, los marcianos, teníamos los mismos problemas —decía—. Felizmente, hemos sido capaces de resolverlos sustituyendo a los animales por robots. Es obvio que la situación de ustedes es diferente. Debido a la falta de manos apropiadas, o de tentáculos, se han visto obligados a domesticar a una de las especies más bajas.

Flapjack rebuznó brevemente, y la bocina dijo:

—Naturalmente, ustedes desean conocer el propósito de nuestra visita. Deseamos su consejo para resolver un problema vital para nosotros. Marte es un planeta moribundo. Su agua, su atmósfera, sus recursos minerales están prácticamente agotados. Si hubiéramos sido capaces de desarrollar adecuadamente el viaje interestelar, podríamos buscar un planeta no ocupado, en algún lugar de la galaxia. Por desdicha, no podemos. Nuestras naves sólo nos pueden transportar a otros planetas de este sistema solar. Y sólo el descubrimiento de un sistema enteramente nuevo nos permitirá alcanzar las estrellas. No hemos encontrado ni siquiera una pista que nos conduzca a un principio semejante.

»En el sistema solar, su planeta es el único, además de Marte, que puede albergar a la vida marciana. Mercurio es demasiado caliente; Venus no tiene superficie sólida y su atmósfera nos resulta venenosa. La fuerza de gravedad de Júpiter nos aplastaría, y sus lunas están, como la de ustedes, desprovistas de aire. Los demás planetas son terriblemente fríos.

»Así, nos enfrentamos con la necesidad, si deseamos sobrevivir, de venir a

instalarnos en la Tierra: pacíficamente si ustedes se rinden; por medio de la fuerza si nos vemos obligados a emplearla. Y tenemos armas que pueden destruir la población de la Tierra en unos cuantos días.

—Un momento —grité—. Si tan sólo por un segundo han pensado que pueden...

La criatura que apuntaba la linterna hacia mí la desvió hacia mis rodillas y, cuando yo trataba de alcanzar al que manejaba el altavoz, apretó el botón. De repente mis rodillas se convirtieron en hule y caí al suelo. También me quedé sin habla.

Las piernas no me respondían. Tuve que valerme de los brazos para enderezarme a medias y ver qué ocurría.

Flapjack rebuznaba.

—Cierto —prosiguió el altavoz—. Esa sería la mejor solución para ambos. No deseamos ocupar por la fuerza, o por otros medios, un planeta ya civilizado. Si usted pudiera sugerir otra respuesta a nuestro problema...

Flapjack rebuznó nuevamente.

—Gracias —expresó el altavoz. Estoy seguro de que eso dará resultado. Me pregunto por qué no pensamos en ello antes. Apreciamos su ayuda inconmensurablemente; le quedamos eternamente agradecidos. Nos vamos con el corazón lleno de buena voluntad. No regresaremos.

Mis rodillas comenzaron a reaccionar de nuevo y me puse en pie. Sin embargo, no me moví. Mis piernas permanecieron fuera de combate durante un minuto; con aquellas malditas linternas, también mi corazón podría haber quedado fuera de combate si hubieran apuntado un poco más arriba.

Flapjack rebuznó brevemente, una vez más. Las criaturas desarmaron el aparato del altavoz y lo transportaron, por piezas, a la esfera en la que habían llegado.

En diez minutos, todos estuvieron de nuevo en el interior del globo que no lo era y cerraron la puerta. La parte inferior empezó a despedir llamas nuevamente y yo corrí a mi tienda para observarlos desde allí. Luego, con un zumbido ensordecedor, la esfera subió y desapareció en el cielo.

Flapjack vino trotando hacia mí, tratando de evitar mirarme a los ojos.

—Te crees muy listo, ¿no es así? —le pregunté.

No me contestó.

Pero tengo la seguridad de que sí lo creía. Algunas horas después, me volvió a robar los *pancakes*.

Y ésa es la historia, socio. Así es como Flapjack salvó al mundo de los marcianos. ¿Quiere saber qué les dijo? A mí también me gustaría saberlo, pero no me lo dirá nunca. Hey, Flapjack, ven acá. Ya has tenido suficiente cerveza por hoy.

De acuerdo, socio, aquí está él. Pregúntele. Quizá se lo diga. O quizá no. Este Flapjack es un peligro. Pero si quiere, pregúnteselo, ande...

La broma

El robusto hombre del traje verde chillón extendió su manaza sobre el mostrador del estanco.

—Jim Greeley —se presentó—. Compañía de Novedades Ace.

El empleado le dio la mano y de pronto se sacudió convulsivo cuando algo zumbó dolorosamente en su palma.

La risa del hombrón estalló alegremente.

—Es nuestro Alegre Zumbador —dijo, volviendo la mano para mostrar el pequeño aparato de metal oculto en ella—. Uno de los mejores trucos que tenemos. ¿Qué le ha parecido? Deme cuatro de esos cigarros, de los de dos por veinticinco. Gracias.

Puso medio dólar sobre el mostrador y, disimulando una sonrisa, encendió uno de los cigarros, mientras el dependiente trataba inútilmente de levantar la moneda. Riendo, el tipo depositó sobre el mostrador otra moneda, esta vez sin truco, y levantó la anterior con la punta de una navajilla. Colocó la moneda en una cajita y la guardó en un bolsillo del chaleco.

—Es un nuevo truco, bastante bueno. Es una broma segura para reírse y... bueno, «bromas para todos» es el lema de la Compañía Ace; soy viajante comercial de Ace.

—Yo no podría...

—No estoy tratando de venderle nada —interrumpió el hombre—. Sólo vendemos al por mayor. Pero me divierte mostrar nuestra mercancía.

Exhaló un anillo de humo y pasó a la recepción del hotel.

—Doble con baño —pidió al empleado—. He hecho una reserva a nombre de Jim Greeley. El equipaje será enviado desde la estación y mi esposa vendrá más tarde.

Sacó una estilográfica del bolsillo, ignorando la que le ofrecía, y firmó en la tarjeta. La tinta era azul brillante, pero resultaría divertido cuando el empleado, un poco más tarde, tratara de archivar la tarjeta y la encontrara totalmente en blanco. Entonces le explicaría lo ocurrido, rellenaría nuevamente el impreso del registro y sería una buena broma y una propaganda excelente para Novedades Ace.

—Deje la llave en el casillero —indicó—. No voy a subir ahora. ¿Dónde están los teléfonos?

Se dirigió a las cabinas telefónicas indicadas por el empleado y marcó un número. Una voz femenina respondió:

—Habla la policía —dijo él— hemos recibido cierta información en el sentido de que usted alquila habitaciones a gente deshonesto. ¿O sólo era gente de paso?

—¡Jim! ¡Oh, me alegra tanto que estés en la ciudad!

—También yo, querida. ¿No hay moros en la costa; no está tu marido? Espera, no me lo digas; no me habrías dicho lo que dijiste si él estuviera ahí, ¿no es verdad? ¿A

qué hora regresa a casa?

—A las nueve de la noche, Jim. ¿Pasas a recogerme antes? Le dejaré una nota diciendo que voy a quedarme con mi hermana, porque está enferma.

—Bien, cariño. Esperaba que dijeras eso. Veamos, son las cinco y media. Estaré ahí en un momento.

—No tan pronto, Jim. Tengo cosas que hacer, y aún no estoy arreglada. Ven después de las ocho. De ocho a ocho y media.

—Muy bien, encanto. A las ocho. Así nos dará tiempo a prepararnos para una gran noche. Ya he reservado una habitación doble en el hotel.

—¿Cómo sabías que estaría disponible?

El hombrón rió, divertido.

—De no haber sido así, habría llamado a alguna de las otras que tengo anotadas en la agenda. No te enfades; sólo bromeaba. Te llamo desde el hotel, pero aun no me he registrado; no era más que una broma. Es algo que me gusta de ti, Marie, tienes sentido del humor; por eso me quieres. Todos mis seres queridos tienen que apreciar el humor, como yo lo hago.

—¿Todos tus seres queridos?

—Y todos a los que amo. ¿Cómo es tu marido, Marie? ¿Tiene sentido del humor?

—Algo. Un poco chiflado; no es como tú. ¿Tienes esta vez artículos nuevos?

—Verdaderas preciosidades. Te los mostraré. Uno de ellos es una cámara con un truco que... bueno, ya la verás. Y no te preocupes, encanto, recuerdo muy bien que tienes un corazón delicado y no te mostraré nada que pueda asustarte. No te voy a espantar, cielo; todo lo contrario.

—Grandullón. Está bien, Jim, no antes de las ocho. Pero bastante antes de las nueve.

—Con campanillas, encanto. Nos vemos.

Salió de la cabina telefónica cantando *Esta Noche es mi Noche con mi Nena*, y se ajustó la chillona corbata ante un espejo del vestíbulo. Se pasó la mano inquisitivamente por su rostro. Sí, necesitaba un afeitado. Bueno, tendría tiempo de sobra en dos horas y media. Se dirigió a un botones.

—¿Hasta qué hora estás de servicio, hijo?

—Hasta las dos treinta. Nueve horas. Acabo de empezar mi turno.

—Bien. ¿Cómo va lo del alcohol? ¿Hay horas de venta?

—No se pueden comprar botellas después de las nueve. Bueno, a veces sí, arriesgando algo. Quizá sea mejor que yo se lo consiga antes de esa hora, si lo desea.

—Me parece bien. —Jim sacó unos billetes de la cartera—. Cuarto 603. Lleva una botella de whisky y dos de agua mineral, un poco antes de las nueve. Pediré algo de hielo cuando lo necesite. Y escucha, quiero que me ayudes a gastar una broma.

—¿Cuál?

—Mira estas chinches y cucarachas artificiales —le mostró el contenido de una pequeña caja—. Ponlas sobre las sábanas. Cuando mi mujer aparte la ropa, se llevará el susto de su vida. ¿Te gustan las bromas, hijo?

—Seguro.

—Más tarde te enseñaré algunas bastante buenas. Tengo una maleta llena.

Solemnemente guiñó un ojo al botones y salió a la calle.

Entró a una taberna y pidió algo de beber. Mientras el camarero le servía, fue a la máquina de discos y metió una moneda. Regresó sonriendo y silbando *Tengo una Cita con un Ángel*. La música del disco le hizo cambiar el tono erróneo de su silbido.

—Se le ve feliz —comentó el camarero—. Casi todos vienen a llorar sus penas.

—No tengo ninguna —aseguró Jim—. Al contrario, me siento más contento porque encontré en su sinfonía una vieja canción favorita que me viene al dedillo. Hoy tengo una cita con un ángel, sólo que de carne y hueso. Sí, señor. —Extendió la mano sobre el mostrador, y propuso—: Chóquela con un hombre feliz.

El zumbador produjo su efecto acostumbrado y Jim rió a carcajadas.

—Tome un trago conmigo, camarada. No se enfade. Me gustan las bromas inofensivas. Me dedico a venderlas.

El camarero sonrió, aunque sin mucho entusiasmo.

—Parece usted la persona idónea para ello. Está bien, beberé ese trago con usted. Pero espere, hay un pelo en su vaso, le traeré otro. —Vacío el vaso y lo puso entre los sucios, regresando con otro, de cristal tallado con intrincado diseño.

—Buen intento —halagó Jim—, pero ya le he dicho que yo los vendo; reconozco a primera vista los vasos goteadores. Además, es un modelo viejo. Tiene sólo un agujero y si se le pone el dedo encima ya no gotea. Mire, de este modo. Salud.

El vaso goteador no goteó.

—Ponga otras dos copas por cuenta mía. Me gustan los tipos que lo mismo saben aguantar una broma que gastarla —se rió—. Trataré de hacer una, de todos modos. Déjeme hablarle de las últimas novedades que tenemos. Es un nuevo plástico llamado Skintex que... espere, aquí tengo una muestra.

Sacó del bolsillo un objeto que se desenrolló al ponerlo en el mostrador: era una máscara de sorprendente aspecto natural.

—Es mejor que cualquier tipo de máscara que haya en el mercado. Se ciñe tan perfectamente que se sostiene por sí misma. Pero lo que la hace diferente es que parece tan real que es necesario mirar un par de veces antes de darse cuenta de que no lo es. Vamos a comercializarla para bailes y fiestas, y en Carnaval haremos una fortuna.

—Es verdad que parece real —convino el camarero.

—Contamos con una enorme variedad. Actualmente tenemos sólo unas cuantas en producción. Este es el modelo del Guapo Dan. Sirva otro par de copas.

Enrolló la máscara y la guardó nuevamente en el bolsillo.

Esta vez se olvidó poner el dedo en el vaso y un chorrito de bebida cayó sobre su corbata de fantasía. Al darse cuenta, rió más estentóreamente que antes y ordenó una ronda para todos. No le salió muy caro, porque sólo había otro parroquiano además de él y el camarero.

El otro cliente correspondió con otra ronda, y luego Jim les enseñó un par de trucos con monedas.

Pasaba de las siete cuando salió de la taberna. No estaba borracho, pero sentía el peso del alcohol. Realmente se sentía feliz. Pensó en tomar un bocado, pero decidió esperar por si Marie deseaba ir a cenar a algún sitio.

De pronto recordó que necesitaba ir a la barbería. Se detuvo y se pasó la mano por la cara. Realmente necesitaba afeitarse. Por suerte, encontró una barbería unos cuantos pasos más adelante. Sólo había un peluquero y no tenía ningún cliente.

Antes de entrar se detuvo en el quicio de una puerta vecina y sacando la máscara de Skintex se la puso sobre el rostro y, con ella puesta, entró en la barbería. Con la voz algo apagada por la máscara, dijo:

—Un afeitado, por favor.

Cuando el barbero se colocó a su lado, se inclinó, y retrocedió con expresión de asombro. El bromista no pudo contenerse más y soltó la risa, con lo que la máscara se le cayó de su sitio. La cogió y se la enseñó al barbero.

—Daré vida a cualquier fiesta, ¿no es así? —preguntó cuando pudo dejar de reír.

—Seguro —aceptó el hombrecillo, con admiración—. Diga, ¿quién las fabrica?

—Mi compañía, Novedades Ace.

—Yo estoy con un grupo teatral amateur —explicó el barbero—. Oiga, podríamos usar alguna de esas máscaras, para papeles cómicos, si es que fabrican máscaras cómicas. ¿Las hacen?

—Las hacemos. Nosotros las fabricamos y las vendemos al por mayor, por supuesto. Pero podrá adquirirlas en Brachman y Minton, aquí en la ciudad. Mañana iré a verlos y les dejaré bien surtidos. ¿Qué hay de ese afeitado? Tengo una cita con un ángel.

—Muy bien —asintió el hombrecillo—. Brachman y Minton. Nosotros compramos allí la mayor parte de nuestro vestuario y maquillaje. Está bien. —Puso una toalla bajo el grifo del agua caliente, la escurrió y la colocó sobre el rostro del hombretón. Empezó a batir la crema de afeitar, en la taza.

Bajo la toalla húmeda el hombre del traje verde canturreaba *Tengo una Cita con un Ángel*. El barbero quitó la toalla y aplicó la crema, con toques diestros.

—¡Sí! —exclamó el hombretón—, tengo una cita con un ángel y aún tengo mucho tiempo libre. Deme un servicio completo, masaje, todo lo que tenga. Me gustaría quedar tan guapo con mi rostro verdadero como con la máscara ésa, nuestro

modelo del Guapo Dan. A propósito, debería ver las otras. Las verá si va a Brachman y Minton dentro de una semana. Nos lleva ese tiempo entregar la mercancía después de recogerles el pedido mañana.

—Sí, señor —asintió el barbero—. ¿Dijo servicio completo? ¿Masaje y todo? —apoyó la navaja y empezó a rasurar con cortes nítidos y seguros.

—¿Por qué no? Hay tiempo. Y esta noche es mi noche con mi chica. Y qué chica, compañero. Rubia, con un cuerpo que no puede usted imaginarse. Tiene una pensión aquí cerca... Oiga, tengo una idea. Una buena broma.

—¿Cuál?

—La engañaré. Usaré la máscara del Guapo Dan cuando llame a la puerta. Quizá se decepcione cuando le muestre mi verdadera jeta, después de ver a alguien tan bien parecido, pero la broma será buena. Y apuesto a que se sentirá menos desilusionada cuando vea que es el viejo Jim. Sí, haré eso.

El hombrazo rió anticipadamente.

—¿Qué hora es? —preguntó. Se sentía somnoliento. Ya había terminado de afeitarse y los movimientos del masaje facial resultaban soporíferos.

—Las ocho menos diez.

—Bien, hay tiempo de sobra. Hasta un poco antes de las nueve. Entonces sorprenderé a Mary Rhymer cuando me presente ante su puerta. ¿Cuál es el nombre de su grupo teatral? Le diré a Brachman que ustedes quieren algunas de las máscaras Skintex.

—Es el Centro Social de la Avenida Grove. Mi nombre es Dane; Brachman me conoce. Seguro, dígame que necesitaré algunas.

Toallas calientes, cremas frías, dedos masajeando. El hombre de verde se adomerció.

—Muy bien, señor. Está listo. Es un dólar con sesenta y cinco. —Se rió quedamente—. Hasta le puse su máscara para que todo quede a punto. Buena suerte.

Jim se enderezó y se miró en el espejo.

—Perfecto —sonrió. Se levantó y sacó dos billetes de la cartera—. Así está bien. Buenas noches.

Se puso el sombrero y salió. Ya oscurecía y echando una ojeada a su reloj pulsera descubrió que eran casi las ocho y media. Cálculo perfecto.

Empezó a canturrear nuevamente *Esta Noche es Mi Noche con mi Nena*.

Deseaba silbar, pero no podía hacerlo con la máscara. Se detuvo ante la casa y miró alrededor antes de subir los escalones. Rió quedamente mientras quitaba el letrero de VACANTE, que colgaba de la puerta, y se lo ponía delante del pecho al tocar el timbre.

Unos segundos después escuchó los pasos de ella acercándose a la puerta. Se abrió y él se inclinó cortésmente. Ella no reconocería su voz ahogada por la máscara.

—¿Tié usted un cuarto, sañora?

Era hermosa, tan hermosa como cuando la viera por primera vez un mes antes. Ella dijo, vacilando:

—Sí tengo uno, pero temo no poder enseñárselo esta noche. Espero a una persona y se está haciendo tarde.

Él se inclinó nuevamente.

—Astá bienn, sañora. Ragrasaré dasbués.

Y entonces, echando la barbilla hacia adelante para soltar la máscara, se quitó el sombrero, levantando la máscara al mismo tiempo.

Sonrió y empezó a decir... Bueno, no importa lo que quisiera decir, porque Marie Rhymer gritó y se desplomó en el umbral.

Asombrado, el hombretón dejó caer el letrero que aún sostenía y se inclinó sobre ella.

—Marie, cariño, que... —y rápidamente cruzó el umbral y cerró la puerta. Recordando que el corazón de ella era débil, puso una mano donde pensó que debería estar latiendo. Debería, pero no latía ya.

Salió de allí rápidamente. Con su propia esposa e hijo en Minneápolis, no podía... Bueno, se escabulló.

Caminando rápidamente llegó hasta la barbería. Las luces estaban apagadas. Se detuvo frente a la puerta. El oscuro cristal de la entrada, iluminado por una distante luz, resultaba transparente, pero, al mismo tiempo, ofrecía las características de un espejo. En él vio tres cosas.

Vio en el espejo, la cara horrorosa que era su propio rostro. Verde brillante, con un cuidadoso y experto sombreado que lo convertía en el semblante de un cadáver andante, de un vampiro con ojos hundidos y labios azules. La cara verde se reflejaba sobre el traje de idéntico tono y la chillona corbata roja: la misma cara que el experto barbero maquillador le arregló mientras dormía...

Y vio la nota, colocada al otro lado de la puerta de la barbería, escrita con lápiz verde sobre un papel blanco:

CERRADO

Dane Rhymer

Marie Rhymer, Dane Rhymer. Y a través del cristal, dentro de la oscura barbería, vio la pequeña figura del barbero colgando de la lámpara y dando vueltas lentamente, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha...

Dibujante

En colaboración con Mack Reynolds

Había seis cartas en el buzón de Bill Garrigan, pero echando una rápida ojeada a los sobres, adivinó que ninguna de ellas venía acompañada por un cheque. Serían, probablemente, chistes de aficionados que le enviaban como pie para sus caricaturas. Y, muy posiblemente, ninguno de ellos valdría la pena.

Se los llevó a la choza de adobe que llamaba su estudio, sin molestarse en abrirlos. Arrojó a un rincón su maltrecho sombrero y tomó asiento frente a la mesa que le servía como tablero de dibujo y a la vez para comer.

Hacía tanto tiempo desde que efectuó su última venta, que tuvo la esperanza, aunque no lo creyera realmente, de que en algún sobre habría un buen chiste vendible. A veces ocurren milagros.

Abrió el primer sobre. Seis chistes de un tipo de Oregón, enviados en las condiciones habituales: si le gustaba alguno de ellos lo dibujaría y, si se vendía, el tipo obtendría un porcentaje. Bill Garrigan leyó el primero.

UN MUCHACHO Y UNA CHICA LLEGAN A UN RESTAURANTE. UN LETRERO EN SU COCHE DICE: «HERMAN, EL TRAGAFUEGO». A TRAVÉS DE LAS VENTANAS DEL RESTAURANTE SE VE A GENTE COMIENDO A LA LUZ DE LAS VELAS.
EL TIPO DICE: —¡MIRA, PARECE UN BUEN LUGAR PARA COMER!

Bill Garrigan gruñó y leyó la siguiente tarjeta. Y la siguiente. Y la siguiente. Abrió el siguiente sobre. Y el siguiente.

El negocio iba mal. Las caricaturas son una forma bastante dura de ganarse la vida, aunque uno viva en un pueblecito del Suroeste, donde no cuesta mucho vivir. Y una vez que uno empieza a caer... bueno, es un círculo vicioso. Al estar cada vez peor visto en el trabajo de los mercados importantes, los mejores redactores de chistes empiezan a enviar su material a otro lado. Se queda uno con las sobras, lo cual, por supuesto, no ayuda mucho a que las cosas mejoren.

Sacó el último chiste del último sobre. Rezaba:

ESCENA EN ALGÚN OTRO PLANETA. UN EMPERADOR, MONSTRUOSO, HABLA CON UNO DE SUS CIENTÍFICOS.
EMPERADOR: —SÍ, ENTIENDO QUE USTED HA DESCUBIERTO UN MODO DE VIAJAR A LA TIERRA, PERO ¿QUIÉN QUERRÍA IR CON TODOS ESOS HORRIBLES SERES HUMANOS VIVIENDO ALLÍ?

Garrigan se rascó pensativamente la punta de la nariz. Tenía posibilidades.

Después de todo, el mercado de ficción científica crecía a pasos agigantados. Y si pudiera dibujar a esas criaturas extraterrestres lo suficientemente repulsivas como para darle valor al chiste...

Cogió un lápiz y un trozo de papel y empezó a trazar un bosquejo. La primera versión del emperador y el científico no le pareció lo suficientemente buena. Arrugó el papel y cogió otro.

Veamos, dibujaría a los monstruos con tres cabezas, cada una de éstas con seis protuberantes ojos. Media docena de brazos rechonchos. Hummm. No está mal. Torsos muy largos, piernas muy cortas. Pies planos. ¿Y los rostros, fuera de los seis ojos? Dejémoslos en blanco. Una gran boca, en medio del pecho. De esta manera, el monstruo no discutiría consigo mismo respecto a cuál de las cabezas tendría la función de comer.

Añadió unas cuantas líneas como fondo: contempló su obra. Era buena. Quizá excesivamente buena; tal vez los editores pensarán que tales monstruosidades eran demasiado para sus lectores. Y, sin embargo, a menos que las hiciera tan horribles como pudiese, el chiste se perdería.

Realmente, tal vez podría hacerlas aún un poco más repulsivas. Hizo la prueba y lo consiguió.

Trabajó el boceto hasta que se aseguró de que le había sacado todo el partido posible al chiste; cogió un sobre y lo dirigió a su mejor cliente, o al que fuera su mejor cliente hasta hacía unos meses, cuando empezó la cuesta abajo. Su última venta había tenido lugar un par de meses antes. Pero quizá le aceptarían este trabajo; a Rod Corey, el editor, le gustaban las caricaturas un tanto estrambóticas.

Bill Garrigan casi olvidó la carta, hasta que obtuvo una respuesta seis semanas después.

Abrió el sobre. Contenía el boceto con una anotación en letras rojas: «O.K. Termínalo», y las iniciales «R.C.»

¡Por fin volvería a comer!

Bill regresó a toda velocidad de la oficina de correos, despejó completamente la mesa y buscó papel, lápiz, pluma y tinta.

Puso todo su empeño en conseguir una obra excelente, pues Rod Corey representaba a los clientes de más calidad; los únicos que pagaban cien dólares por obra. Por supuesto, los caricaturistas de renombre ganaban más que eso, pero Bill Garrigan ya no se hacía ilusiones sobre su propia grandeza. Claro que daría su brazo derecho por ascender hasta la cumbre, pero no parecía aquella una posibilidad congruente. Por el momento, se conformaba con vender lo suficiente para no morir de hambre.

Le llevó casi dos horas terminar el dibujo; cuidadosamente lo empaquetó entre

cartones y se dirigió a la oficina de correos. Lo entregó y se frotó las manos con satisfacción. Dinero en el banco. Podría reparar la transmisión de su coche y también hacer algunos pagos, a cuenta de sus deudas, en la tienda de comestibles y con el alquiler. Lo único malo era que el viejo R.C. no acostumbraba a pagar con demasiada rapidez.

El cheque no le llegó hasta que apareció publicada su caricatura en una revista especializada. Pero entretanto pudo hacer un par de ventas a otras publicaciones de menor importancia y no llegó a pasar hambre.

Cambió el cheque en el banco y se detuvo en la taberna para echar un par de tragos. Le supieron tan bien, y le produjeron tal bienestar, que entró a una tienda de licores a comprar una botella de Metaxa. No era precisamente lo que podía permitirse, pero la ocasión merecía celebrarse de algún modo.

Una vez en casa, abrió la botella del preciado licor griego, tomó un par de tragos y se recostó en el sillón, cruzando los pies sobre la mesa y dejando escapar un suspiro de satisfacción. Al día siguiente, lamentaría el dinero, gastado y probablemente sentiría el malestar del alcohol; pero ese sería otro día.

Extendió una mano, cogió el menos sucio de los vasos que estaban a su alcance y se sirvió una buena dosis. Quizá, pensó, la fama es el alimento del alma y nunca sería un caricaturista famoso, pero esta tarde su arte ponía a su alcance el licor de los dioses.

Se llevó el vaso a los labios, pero no llegó a beber. Sus ojos se abrieron de estupor.

Ante él, la pared de adobe pareció desvanecerse, vacilar. Y en ella se abrió una pequeña abertura que se agrandó, creció, se ensanchó y pronto fue del tamaño de una puerta.

Bill miró el licor, con reproche. *Diablos*, se dijo; *apenas lo he tocado*. Sus ojos incrédulos se volvieron hacia la abertura del muro. Podría ser un terremoto; no podía ser otra cosa. Pero entonces...

Dos criaturas de seis brazos emergieron de él. Cada una tenía tres cabezas y cada cabeza seis ojos abultados. Cuatro piernas, una boca en medio de...

—¡Oh, no!

Cada una de las criaturas sostenía un objeto de imponente aspecto, con algún parecido a una pistola. Ambos apuntaban a Bill Garrigan.

—Caballeros —trató de decir Bill—. Me doy cuenta de que éste es uno de los licores más fuertes de la Tierra; pero, ¡por Dios, no es posible que dos copas puedan causar *este* efecto!

Los monstruos le miraron, se encogieron de hombros y cerraron todos sus dieciocho ojos excepto uno.

—Bastante repulsivo —comentó el primero que atravesase la abertura—. El más

repulsivo espécimen del sistema solar, ¿no es así, Agol?

—¿Yo? —murmuró Bill Garrigan débilmente.

—Tú. Pero no temas, no hemos venido a hacerte daño sino a llevarte ante la poderosa presencia de Bon Whir III, nuestro emperador, donde serás adecuadamente recompensado.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde?

—¿Quieres tener la bondad de hacer las preguntas una por una? Podría responderte simultáneamente a tus tres preguntas, una con cada cabeza, pero me temo que no estés lo suficientemente preparado como para entender una comunicación múltiple.

Bill Garrigan cerró los ojos.

—Tienes tres cabezas, pero sólo una boca. ¿Cómo podrías hablar por triplicado con una sola boca?

Las bocas de los monstruos rieron.

—¿Qué te hace pensar que hablamos con la boca? Sólo reímos con ella. Comemos por ósmosis. Hablamos haciendo vibrar los diafragmas que tenemos en la parte superior de las cabezas. Ahora, dinos, ¿a cuál de tus tres preguntas quieres que contestemos en primer lugar?

—¿Cómo seré recompensado?

—El emperador no nos lo ha comunicado. Pero será una gran recompensa. El desea conocer al gran caricaturista; nuestro deber es sólo llevarte. Estas armas son mera precaución, para el caso de que te resistas. Y no son mortales; somos demasiado civilizados como para matar. Su efecto es inmovilizador.

—Ustedes no están aquí realmente —negó Bill. Abrió los ojos y los volvió a cerrar enseguida—. Nunca he fumado drogas. Jamás he tenido *delirium tremens* y no creo sufrirlo todo a la vez a causa de sólo dos tragos, o cuatro si contamos los que tomé en la taberna.

—¿Estás listo para acompañarnos?

—¿A dónde?

—A Snook.

—¿Dónde está eso?

—El quinto planeta, retrógrado, del sistema k-14-320-GM, Continuum Espacial 1745-88 JHT-97608.

—¿En dónde, con respecto a este lugar?

El monstruo hizo un gesto con uno de sus seis brazos.

—Inmediatamente, a través de esa abertura en la pared. ¿Estás listo?

—No. ¿Por qué voy a ser recompensado? ¿Por aquella caricatura? ¿Cómo la vieron?

—Sí, por esa caricatura. Estamos bastante familiarizados con tu mundo y

civilización; es paralela a la nuestra, pero en un *continuum* diferente. Somos un pueblo con gran sentido del humor. Tenemos artistas, pero no caricaturistas; carecemos de esa facultad. La caricatura que dibujaste es, para nosotros, enormemente graciosa. Todos se están riendo todavía en Snook. ¿Estás listo?

—No —protestó Bill Garrigan.

Ambos monstruos levantaron sus armas. Dos chasquidos metálicos sonaron simultáneamente.

—Ya has vuelto a recuperar la conciencia —le dijo una voz—. Este es el camino para el salón del trono, por favor.

No tenía sentido discutir. Bill fue... Allí estaba ahora, dondequiera que fuera, y quizá lo recompensarían dejándolo regresar si se comportaba con serenidad.

El salón le era familiar; pues era tal y como él lo dibujara. Y reconocería al emperador, en cualquier parte. Lo mismo que al científico que le acompañaba.

¿Podía, como presumiblemente estaba ocurriendo, darse la coincidencia de que existiera una escena y unas criaturas como las que dibujó? ¿No leyó, en cierta ocasión, acerca de la teoría de que existía un número de *continuums* de espacio-tiempo, de tal modo que todo lo que se pudiera imaginar existía realmente en algún sitio? Pensó que era algo ridículo cuando lo leyó, pero ahora no estaba tan seguro.

Una voz anunció:

—El grande y poderoso emperador Bon Whir III, Señor de los Fieles, Comandante de las Glorias, Receptor de la Luz, Amo de las Galaxias, Bienamado de su pueblo.

La voz se detuvo, y Bill dijo:

—Bill Garrigan.

El emperador rió.

—Gracias, Bill Garrigan, por habernos proporcionado la mayor diversión de nuestras vidas. Te hice venir para recompensarte. Te ofrezco, por tanto, el puesto de Caricaturista Real. Un puesto que no ha existido antes, dado que no tenemos caricaturistas. Tu único deber será dibujar una caricatura al día.

—¿Una al día? ¿Y de dónde sacaré los chistes?

—Nosotros te los proporcionaremos. Tenemos magníficos chistes; todos gozamos de un magnífico sentido del humor, tanto creativo como apreciativo. Sin embargo, sólo podemos dibujar representativamente. Tú serás el hombre más grande de este planeta, después de mí. —Se rió de nuevo—. Quizá hasta llegues a ser más popular que yo, aunque mi pueblo me quiere realmente.

—Creo que no —rechazó Bill—. Creo que mejor regresaré a... Pero, diga, ¿cuál es el sueldo de ese puesto? Quizá pueda desempeñarlo durante algún tiempo y regresar a la Tierra con algún dinero, o su equivalente.

—La paga será mayor que tus sueños más exaltados. Tendrás todo lo que quieras.

Y podrás aceptar la oferta por un año, con opción para desempeñarlo de forma vitalicia si así lo deseas al finalizar ese plazo.

—Bien —susurró Bill, preguntándose cuánto dinero podría imaginarse en sus sueños más exaltados. Un montón, calculó. Regresaría rico a la Tierra.

—Te ruego que aceptes —solicitó el emperador—. Cada caricatura que dibujes, y te será posible dibujar más de una diaria si así lo deseas, aparecerá en todas las publicaciones del planeta. Y tú cobrarás derechos de autor por cada una de ellas.

—¿Cuántas publicaciones tienen?

—Más de cien mil. Son leídas por veinte billones de lectores.

—Bueno —respondió Bill—, quizá haga la prueba durante un año. Pero...

—¿Qué?

—¿Qué haré cuando no esté dibujando? Entiendo que físicamente les soy tan repulsivo como ustedes lo son para... quiero decir, no tengo amigos. Ciertamente, no podría hacer amistades con... usted me entiende.

—Ya nos hemos cuidado de eso, anticipando tu aceptación, mientras estabas inconsciente. Tenemos los más grandes físicos y cirujanos plásticos del universo. A tu espalda tienes un espejo. Si te vuelves...

Bill Garrigan se volvió. Y se desmayó.

A Bill le bastaba con una de sus cabezas para concentrarse en la caricatura que dibujaba, directamente a tinta. No necesitaba molestarse más con bocetos. No le hacía falta, con la multiplicidad de ojos que le permitían ver lo que realizaba desde diversos ángulos al mismo tiempo.

Su segunda cabeza pensaba en la gran riqueza acumulada en su cuenta bancaria y su tremendo poder y popularidad. Ciertamente, el dinero estaba acuñado en cobre, que era el metal precioso de aquel mundo, pero tenía suficiente como para venderlo por una fortuna, en la Tierra. Lástima, pensaba la segunda cabeza, que no fuera posible llevar consigo su poder y popularidad.

Su tercera cabeza hablaba con el emperador. A veces, éste le visitaba.

—Sí —decía el emperador—, mañana termina el plazo, pero espero que podamos persuadirte para permanecer con nosotros. Bajo tus propias condiciones, por supuesto. Y, dado que no deseamos emplear la coacción, nuestros cirujanos plásticos te reintegrarían a tu forma original en caso de que decidieras dejarnos definitivamente.

La boca de Bill Garrigan, en medio de su pecho, sonrió. Era maravilloso ser tan querido. Su cuarta colección de caricaturas acababa de publicarse y se habían vendido diez millones de copias sólo en aquel planeta, además de las exportaciones al resto del sistema. No era el dinero; ya tenía más de lo que pudiera ambicionar. Y, además, la ventaja de tener tres cabezas y seis brazos...

Su primera cabeza levantó la vista de la mesa de dibujo y la posó en su secretaria. Ella le vio mirarla, y sus párpados descendieron con modestia. Era muy hermosa. Él no le había hecho ninguna insinuación aún; antes deseaba estar seguro de cuál sería su decisión acerca del retorno a la Tierra. Su segunda cabeza pensó en la chica que había conocido una vez, allá en su planeta natal, y se estremeció, alejando sus pensamientos de ella. Cielos, aquella chica era repulsiva.

Una de las cabezas del emperador observaba la casi terminada caricatura, y su boca se reía históricamente.

Sí, era maravilloso ser apreciado. La primera cabeza de Bill continuó mirando a Thwill, su hermosa secretaria, y ella se encendió en un delicado tono amarillo.

—Bueno, camarada —dijo la tercera cabeza de Bill al emperador—, lo pensaré. Sí, lo pensaré bien.

Los Geezenstacks

Una de las cosas más extrañas acerca de Aubrey Walters es que no era una niña extraña. Era tan normal como su padre y su madre, que vivían en un apartamento en la calle Otis, y jugaban al bridge una noche a la semana, salían de paseo alguna que otra vez y pasaban el resto de las veladas tranquilamente en casa.

Aubrey tenía nueve años de edad, sus cabellos eran bastante rebeldes y tenía pecas; pero, a los nueve años, éstas no son cosas para preocupar a nadie. Iba bastante bien en la escuela, hacía amistades con facilidad y recibía lecciones de violín con un instrumento de tamaño adecuado para su edad; tocaba abominablemente.

Su mayor defecto, posiblemente, radicaba en su predilección por quedarse levantada hasta tarde por las noches, lo cual en realidad era culpa de sus padres, que la permitían permanecer despierta y vestida hasta que sintiera sueño y deseara irse a la cama. Desde que tenía cinco años, raramente se acostaba antes de las diez de la noche. Y si la metían en la cama, de todos modos nunca se dormía temprano. Así que, ¿por qué no dejar a la niña estar levantada?

Ahora, a los nueve años, permanecía despierta hasta la misma hora que sus padres, es decir, más o menos hasta las once de la noche, e incluso más tarde cuando los acompañaba a jugar al bridge o a sus paseos. Aubrey se divertía, cualquiera que fuera la distracción. En el teatro se sentaba, quieta como un ratón, o los miraba con infantil seriedad tras el borde de un vaso de ginger ale, mientras ellos tomaban un par de cócteles en algún club nocturno. Escuchaba los sonidos y la música y miraba cómo bailaban los demás, con profunda atención y divertido asombro.

Algunas veces, tío Richard, el hermano de su madre, los acompañaba. Ella y tío Richard eran buenos amigos. Fue tío Richard quien le dio los muñecos.

—Hoy me ha ocurrido algo curioso —explicó—. Iba caminando por la Plaza Rodgers, cerca del Edificio Mariner, ya sabes, Edith, donde Doc Howard tenía su oficina, cuando algo golpeó la acera a mis espaldas. Me volví, y allí estaba este paquete.

Era una caja blanca, un poco más grande que una de zapatos, y estaba atada en forma extraña con una cinta gris. Sam Walters, el padre de Aubrey, la miró con curiosidad.

—No se ve abollada —observó—. No pudo caer de muy alto. ¿Iba atada así cuando la encontraste?

—Exactamente. Después de abrirla para ver lo que contenía, coloqué la cinta tal y como estaba. Me detuve y miré hacia arriba para ver quién la había dejado caer, pensando que vería a alguien asomado a una ventana. Pero no había nadie; entonces, recogí la caja. Tenía algo dentro, no muy pesado, y la caja y la cinta parecían... bueno... no como algo que se tira a propósito. Me quedé mirando hacia arriba, y no

ocurrió nada. Sacudí la caja y...

—Bien, bien —urgió Sam Walters—, ahórranos el suspense. ¿Encontraste a quien la había dejado caer?

—No. Subí hasta el cuarto piso, preguntando en todos los apartamentos cuyas ventanas daban a la plaza donde la había recogido. Todos estaban en casa y ninguno la reconoció.

—¿Y qué contiene, Richard? —preguntó Edith.

—Muñecas. Cuatro muñecas. Las traje para Aubrey, si es que le gustan.

Desató el paquete y Aubrey exclamó:

—¡Oh, tío Richard! ¡Son... son adorables!

—¡Hum! —rezongó Sam—. Más parecen maniquíes que muñecas. Por el modo de vestir, digo. Deben costar unos cuantos dólares cada una. ¿Estás seguro de que no aparecerá el dueño?

Richard se encogió de hombros.

—No me imagino cómo. Ya te he dicho que me he recorrido cuatro pisos buscándolo. Por el aspecto de la caja y el ruido que hizo, no pudo haber caído desde muy alto. Y al abrirla, bueno, mira. —Sacó una de las muñecas y la sostuvo para que Sam la inspeccionara.

—Cera. La cabeza y las manos. Ni una grieta. No puede haber caído desde más arriba del segundo piso. Y aun así, no veo cómo... —Se encogió nuevamente de hombros.

—Son los Geezenstacks —indicó Aubrey.

—¿Cómo? —preguntó Sam.

—Voy a llamarlos los Geezenstacks —aclaró Aubrey—. Mira. Este es Papá Geezenstack y ésta es Mamá Geezenstack, y la niñita, ésta, es Aubrey Geezenstack. Y al otro hombre lo llamaremos Tío Geezenstack. El tío de la niñita.

—Como nosotros, ¿eh? —rió Sam—. Pero si Tío Geezenstack es el hermano de Mamá Geezenstack, entonces su nombre no sería Geezenstack.

—Es lo mismo —desechó Aubrey—, todos son Geezenstacks, Papá, ¿me comprarás una casa de muñecas para ellos?

—¿Una casa de muñecas? Pues... —empezó a decir—, por supuesto... —pero captó la expresión de su esposa y recordó. El cumpleaños de Aubrey sería una semana más tarde y aún no habían decidido qué regalarle. Entonces se detuvo—. No sé. Lo pensaré.

Era una hermosa casa de muñecas. Tenía sólo un piso, pero su aspecto era bastante natural y se podía levantar el techo para arreglar los muebles y mover los muñecos de un cuarto a otro. La escala era adecuada para los pequeños maniquíes que había traído tío Richard.

Aubrey se sentía feliz. Todos los demás juguetes se eclipsaron y los Geezenstacks ocuparon todos sus pensamientos.

No fue sino hasta algún tiempo después que Sam Walters empezó a pensar en lo extraño que resultaba lo que ocurría con los Geezenstacks. Al principio, con una sonrisa de ligero asombro ante las coincidencias que se sucedían. Después con un interés cada vez mayor.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera hablar del tema con Richard. Regresaban los cuatro de una partida, cuando preguntó:

—Escucha, Richard, ¿dónde conseguiste esas muñecas?

Los ojos de Richard lo miraron sin expresión.

—¿Qué quieres decir? Ya te dije cómo las encontré.

—Ya lo sé, pero, ¿no bromeabas o algo por el estilo? Quiero decir que quizá las compraste para Aubrey y, pensando que pondríamos alguna objeción a que le hicieras un regalo tan costoso, tu...

—No, honestamente, no.

—Demonios, Richard, no pueden haber caído de una ventana, o haber sido tiradas, sin romperse. Son de cera. ¿No pudo ser que alguien que caminara a tus espaldas, o en un automóvil...?

—No había nadie en las cercanías. Sam. Nadie, en absoluto. Yo mismo me lo he preguntado. Además, si mintiera, ¿por qué habría de contar una historia tan increíble? Podría haberos dicho que las encontré en un banco del parque o en el asiento de un cine. Pero, ¿por qué sientes tanta curiosidad por saber el verdadero origen de los muñecos?

—Bueno... pues... pensaba en ello, eso es todo.

Y Sam Walters siguió pensando.

Eran pequeñas cosas, la mayor parte de ellas. Como la vez en que Aubrey, dijo:

—Papá Geezenstack no va a trabajar esta mañana. Está en cama, enfermo.

—¿Y qué le ocurre al caballero? —preguntó, divertido, Sam.

—Algo que ha comido le ha hecho daño, creo.

Y al día siguiente, durante el desayuno.

—¿Y cómo sigue el señor Geezenstack, Aubrey?

—Un poco mejor. Ha dicho el doctor que quizá pueda volver a trabajar mañana.

Y al día siguiente, el señor Geezenstack regresó al trabajo; ese mismo día, Sam Walters volvió a casa sintiéndose bastante enfermo debido a un mal estomacal. Sí, faltó al trabajo dos días. Era la primera vez en varios años, que faltaba por enfermedad.

En algunos casos todo sucedía de un modo vertiginoso; y, en otras, más lentamente. No se podía señalar y decir, «Bien, si esto les sucede a los Geezenstacks, nos sucederá a nosotros dentro de veinticuatro horas». A veces tardaba menos de una

hora. En otras ocasiones, el período era de una semana.

—Mamá y Papá Geezenstack riñeron hoy.

Y San trató de evitar reñir con Edith, pero no pudo. Últimamente llegaba tarde a casa, aunque no por su gusto. Ya había ocurrido antes; pero, esta vez, Edith se lo tomó muy a pecho. Las buenas palabras no pudieron calmar la ira de ella y, finalmente, Sam perdió los estribos.

—Tío Geezenstack va a salir fuera de la ciudad. —Richard no viajaba desde hacía años, pero a la siguiente semana decidió salir para Nueva York.

—Pete y Amy, ya sabes. Me escribieron pidiéndome...

—¿Cuándo? —preguntó Sam, casi con rudeza—. ¿Cuándo has recibido la carta?

—Ayer.

—Entonces, la semana pasada tú no... Mira, Richard, te parecerá tonto, pero, ¿pensabas ya en salir la semana pasada? ¿Dijiste algo a alguien acerca de la posibilidad de salir de viaje?

—Claro que no. Ni siquiera había pensado en Pete y Amy hasta que recibí su carta ayer. Quieren que esté una semana con ellos.

—Volverás a los tres días... quizá —murmuró Sam—. No se lo explicaba, sin embargo, aun cuando Richard regresó tres días más tarde. Resultaba absurdo decir que sabía de antemano cuánto tiempo estaría Richard fuera, porque Tío Geezenstack estuvo de viaje ese mismo período.

Sam Walters empezó a observar a su hija y a meditar. Ella era, desde luego, la que decidía lo que los Geezenstacks habían de hacer. ¿Sería posible que Aubrey tuviera alguna capacidad sobrenatural que le permitía, inconscientemente, predecir cosas que ocurrirían a los Walters y a Richard?

Por supuesto, él no creía en la clarividencia. Pero, ¿era Aubrey clarividente?

—La señora Geezenstack va de compras hoy. Se comprará un abrigo nuevo.

Aquello tenía todo el aspecto de haber sido preparado de antemano. Edith sonrió a Aubrey y miró a Sam.

—Eso me recuerda, Sam, que mañana iré al centro de la ciudad, y como hay una oferta especial en...

—Pero, Edith, estamos en tiempo de guerra. Y no necesitas un abrigo.

Discutieron tan acaloradamente que llegó tarde al trabajo. Sus razones no eran sólidas, porque sí podían permitirse aquel gasto y porque, además, ella no compraba un abrigo desde hacía dos años atrás. Pero él no podría admitir abiertamente que la razón verdadera era la señora Geezenstack. Vaya, era demasiado tonto, aun para sí mismo.

Edith compró el abrigo.

Era extraño, pensó Sam, que nadie notara esas coincidencias. Pero Richard no estaba siempre con ellos, y Edith... bueno, Edith tenía la costumbre de escuchar la

charla de Aubrey sin oír nueve décimas partes de ella.

—Aubrey Geezenstack trajo a casa sus calificaciones, papá. Ha sacado nueve en aritmética, ocho en gramática y...

Y un par de días más tarde, Sam llamaba al director de la escuela.

—Señor Bradley, deseo hacerle una pregunta algo... peculiar, pero tengo razones personales para ello. ¿Sería posible que un estudiante de su escuela supiera con anticipación sus calificaciones...?

No, no era posible. Los mismos profesores no lo sabían hasta que sacaban la nota media, y eso no se hizo hasta la mismísima mañana en que se redactaron las calificaciones y se enviaron a las casas. Sí, ayer por la mañana los niños tenían su hora de juegos.

—Sam —le preguntó Richard—, te veo algo decaído. ¿Tienes problemas en los negocios? Mira, las cosas van a mejorar de ahora en adelante, y no tendrás por qué preocuparte en lo sucesivo.

—No es eso, Richard. Es decir, no hay nada por qué preocuparse. No exactamente. —Y tuvo que eludir el interrogatorio, inventando un par de mentiras para justificarse con Richard.

Cada día dedicaba más tiempo a pensar en los Geezenstacks. Demasiado. No hubiera resultado tan malo si fuera supersticioso o crédulo. Pero no lo era. Por eso, cada nueva coincidencia le afectaba con más fuerza que la anterior.

Edith y su hermano hablaron de ello cuando Sam no se encontraba presente.

—Ha actuado de una forma muy rara últimamente, Richard. Me empieza a preocupar. Se comporta de una manera tan... ¿Crees que podríamos convencerle para que fuese a ver a un médico o a un...?

—¿Un psiquiatra? ¡Quién sabe! Pero no soporto verlo así, Edith. Algo lo está devorando. He tratado de sonsacarle, pero no se atreve a confiar en mí. Sin embargo, creo que tiene algo que ver con las muñecas.

—¿Muñecas? ¿Quieres decir las muñecas de Aubrey? ¿Las que tú le diste?

—Sí. Los Geezenstacks. Sam se sienta y se pasa largos ratos mirando la casa de muñecas. Le he oído preguntar a la niña cosas acerca de ellos, y lo hacía hablando en serio. Creo que sufre una decepción o algo así motivada por su presencia. O simbolizado por ellos.

—Pero, Richard... eso es terrible.

—Mira, Edith, Aubrey ya no está tan interesada por los muñecos como al principio. ¿No habría algo que pudiera sustituir su atención?

—Lecciones de baile. Pero ya está estudiando violín y no creo que debamos...

—¿Crees tú que si le prometemos sus lecciones de baile estará de acuerdo en dejar los muñecos? Creo que debemos sacarlos del apartamento. Y no quiero herir a Aubrey, así que...

—Bien, pero, ¿qué le diremos a Aubrey?

—Dile que yo conozco a una familia pobre cuyos niños no tienen ninguna muñeca. Creo que estará de acuerdo, si se lo explicas de manera convincente.

—¿Y qué hay de Sam? Él se dará cuenta inmediatamente.

—Dile a Sam, cuando Aubrey no esté presente, que crees que la niña ya es muy mayor como para jugar con muñecas; que está tomando un interés enfermizo en ellas; que el doctor aconseja... tú ya sabes lo que quiero decir.

A Aubrey no le entusiasmó la idea. No estaba tan apasionada por las muñecas como al principio; pero, ¿cómo jugar con muñecas cuando se está yendo a clases de ballet?

Así que, finalmente, Aubrey aceptó. Pero la escuela de danza no abriría sus puertas hasta diez días más tarde, por lo que se le permitió quedarse con las muñecas hasta el momento de empezar las clases.

—Está bien, Edith —le dijo Richard—. Diez días es mejor que nada, y... bueno si no accediera a entregarlas voluntariamente, armaría un escándalo y Sam se enteraría de todo. No le has mencionado nada de esto, ¿verdad?

—No. Pero quizá le haría sentirse mejor saber que...

—No lo creo. No sabemos aún qué es lo que le fascina y le repele de esas muñecas. Esperemos hasta que eso ocurra, y entonces se lo diremos. Aubrey ya ha accedido a desprenderse de ellas, pero él podría objetar algo o desear conservarlas. Si las hago desaparecer antes, Sam no podrá decir nada.

—Tienes razón, Richard. Y Aubrey no le dirá nada, porque le he dicho que las lecciones de baile serán una sorpresa para papá, y ella no podría mencionar las muñecas sin tener que explicarle el resto del trato.

—Bien, Edith.

Hubiera sido mejor habérselo dicho todo a Sam. O quizá todo habría sucedido exactamente igual, aunque Sam lo hubiese sabido.

Pobre Sam. Pasó un mal rato a la noche siguiente. Una de las compañeras de escuela de Aubrey estaba en la casa, jugando con ella y la casa de muñecas. Sam las miraba, tratando de expresar menos interés del que en realidad sentía. Edith tejía y Richard, que acababa de llegar, leía el periódico.

Sólo Sam escuchaba a las chicas y oyó la propuesta.

—... Juguemos entonces al funeral, Aubrey. Imaginemos que uno de ellos está...

Sam dejó escapar un grito ahogado y casi rodó por tierra al levantarse de su asiento.

Fue un mal momento, pero Edith y Richard se las arreglaron para aparentar que no habían observado el incidente. Edith recordó que ya era hora de que la amiguita de Aubrey se marchara y cambió una mirada significativa con Richard, mientras ambos acompañaban a la puerta a la niña.

—Richard, ¿te diste cuenta? —murmuró.

—Hay algo mal, Edith. Quizá no debemos esperar. Después de todo, Aubrey está de acuerdo en cederlas y...

En la estancia, Sam aún respiraba agitadamente. Aubrey lo miraba como si tuviera temor de él. Por primera vez lo miraba así, y Sam se sintió avergonzado.

—Querida, lo siento yo... pero escúchame. Prométeme que nunca jugarás a los funerales con tus muñecas, o pretenderás que estén gravemente enfermas o que tengan un accidente. ¿Me lo prometes?

—Seguro, papá. Por esta noche, las voy a acostar.

Puso la tapa de la casa de muñecas en su sitio y se la llevó a la cocina.

En el vestíbulo, Edith decía:

—Voy a hablar con Aubrey a solas, me encargaré de todo. Tú habla con Sam. Dile que... dile que salgamos esta noche de paseo. Quizá acepte.

Sam estaba mirando todavía la casa de muñecas.

—Vamos a divertirnos, Sam —propuso Richard—. ¿Qué te parece si salimos a algún sitio? Hemos estado metidos en casa demasiado tiempo. Nos sentará bien.

Sam aspiró profundamente.

—Muy bien, Richard. Si tú quieres... Creo que me haría bien.

Edith regresó con Aubrey y guiñó un ojo a su hermano.

—Id a la calle a traer un taxi de la parada de la esquina. Aubrey y yo saldremos en un momento.

A espaldas de Sam, mientras se ponían los abrigos, Richard miró inquisitivamente a Edith y ella asintió.

Afuera, la niebla era tan espesa que sólo se alcanzaba a ver a unos cuantos metros de distancia. Sam insistió en que Richard esperara en la puerta del edificio, para acompañar a Edith y Aubrey, mientras él traía el taxi. Antes de que regresara, salieron la niña y Edith.

—¿Ya las...? —preguntó Richard.

—Sí. Iba a tirarlas, pero preferí darlas. Así estaré segura de que el día menos pensado no reaparecerán entre la basura...

—¿Las diste? ¿A quién?

—Algo curioso. Richard. Abrí la puerta y allí había una anciana cruzando por el pasillo. No sé de qué apartamento venía, pero debe ser encargada del aseo o algo por el estilo, aunque parecía una verdadera bruja; pero cuando vio las muñecas en mis manos...

—Ahí está el taxi —señaló Richard—. Entonces, ¿se las diste?

—Sí, pobre mujer. Me dijo «¿Mías? ¿Que me quede con ellas para siempre?» ¿No fue un modo raro de actuar? Pero me reí y le dije: «Por supuesto, señora, son tuyas para siem...»

Se interrumpió cuando el taxi se detuvo junto a la acera, y Sam abrió la puerta invitándolos a entrar.

—¡Pasen, pronto!

La niebla era más espesa ahora. No se podía ver nada más allá de las ventanillas. Era como si una pared gris se oprimiera contra el cristal, como si hubiera desaparecido el mundo exterior, completa y definitivamente. Hasta el parabrisas presentaba el mismo aspecto.

—¿Cómo es posible que conduzca tan rápido? —preguntó Richard, con un deje de nerviosismo en su voz—. Y a propósito, ¿dónde vamos, Sam?

—¡Cielos! —exclamó Sam—, olvidé decírselo a ella.

—¿A ella?

—Sí, el conductor es una mujer. Ahora, en todos lados encuen...

Se inclinó hacia adelante y golpeó el cristal con los nudillos. La mujer volvió el rostro.

Y cuando Edith la vio, empezó a gritar.

El fin

El profesor Jones trabajó en la teoría del tiempo, durante muchos años.

—Y he encontrado la ecuación clave —informó a su hija, un día—. El tiempo es un campo. Esta máquina que he diseñado puede manipular, e incluso invertir, ese campo.

Oprimiendo un botón al hablar, prosiguió:

—Esto debe hacer correr el tiempo hacia el tiempo el correr hacer debe esto.

Prosiguió, hablar al botón un oprimiendo.

—Campo ese, invertir incluso e, manipular puede diseñado he que máquina esta. Campo un es tiempo el. —día un, hija su a informo— clave ecuación la encontrado he y.

Años muchos durante, tiempo del teoría la en trabajó Jones profesor el.

fin El

Nota bibliográfica

- Desagradable. *Nasty*. *Playboy*, abril 1959.
- Abominable. *Abominable*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Rebote. *Rebound*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla gris. *Nightmare in gray*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla verde. *Nightmare in green*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla blanca. *Nightmare in white*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla azul. *Nightmare in blue*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla amarilla. *Nightmare in yellow*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Pesadilla roja. *Nightmare in red*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Desgraciadamente. *Unfortunately*. *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, octubre 1958.
- El cumpleaños de Granny. *Granny's Birthday*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- El ladrón de gatos. *Cat Burglar*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- La casa. *The house*. *Fantastic*, agosto 1960.
- Segunda oportunidad. *Second chance*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Los grandes descubrimientos perdidos I. La invisibilidad. *Great Lost Discoveries I. Invisibility*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Los grandes descubrimientos perdidos II. La invulnerabilidad. *Great Lost Discoveries II. Invulnerability*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Los grandes descubrimientos perdidos III. La inmortalidad. *Great Lost Discoveries III. Immortality*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Carta mortal. *Dead letter*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- La procesión. *Recessional*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Afición. *Hobbyist*. *Playboy*, mayo 1961.
- El anillo de Hans Carvel. *The ring of Hans Carvel*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Flota vengadora. *Vengeance Fleet*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- El truco de la cuerda. *Rope trick*. *Super Science Stories*, julio 1950.
- Error fatal. *Fatal error*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver I. *The short happy lives of Eustace Weaver I. Super Science Stories*, 1961 junio.
- Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver II. *The short happy lives of Eustace Weaver II. Super Science Stories*, 1961 junio.
- Las cortas y felices vidas de Eustace Weaver III. *The short happy lives of Eustace Weaver III. Super Science Stories*, 1961 junio.
- Expedición. *Expedition*. *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, febrero 1957.
- Barba brillante. *Bright beard*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.
- Jotacé. *Jaycee*. *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, 1955.

Contacto. *Contact*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Carrera de caballos. *Horse race*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Muerte en la montaña. *Death on the mountain*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Pocas posibilidades. *Bear possibily*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Todavía no es el fin. *Not yet the end. Captain Future*, invierno 1941.

Una historia de peces. *Fish story*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Las tres pequeñas lechuzas. *Three little owls*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Ocaso. *Runaround*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

El asesinato en 10 sencillas lecciones. *Murder in ten easy lessons. Galaxy Science Fiction*, enero 1951.

Oscuro interludio. *Dark interlude*. (En colaboración con Mack Reynolds.) Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

La entidad trampa. *Entity trap*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

La pequeña Lamb. *The little Lamb*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Flapjack, los marcianos y yo. *Me and Flapjack and the martians*. (En colaboración con Mack Reynolds.) *Astounding Science Fiction*, diciembre 1952.

La broma. *The joke*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

Dibujante. *Cartoonist* (En colaboración con Mack Reynolds.)

Los Geezenstacks. *The Geezenstacks. Weird Tales*, setiembre 1943.

El fin. *The end*. Publicado originalmente en *Nightmares and Geezenstacks*, Bantam Books, julio 1961.

FREDRIC BROWN

Mencionado por San Lundwall como autor de uno de los más cortos relatos jamás escritos (tres párrafos), Fredric Brown cuenta con una especial reputación basada en su humor y superlativa sátira que impregna la mayor parte de su obra. «Placet is a Crazy Place» (1946, recogido en la antología *Angels and Starships*, 1954) es uno de los más altos pilares entre todos los mundos de cómica improbabilidad de la ciencia ficción.

Nació en Cincinnati en 1906, empezando a trabajar como oficinista y, posteriormente, como lector de pruebas y periodista antes de convertirse en escritor profesional en 1947. Gran parte de su obra fue dedicada a la ciencia ficción, logrando un puesto puntero en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción antes de su muerte, en 1972. Su novela *What Mad Universe* (1949; *Universo de locos*), considerada como su mejor obra, es una sátira sobre un universo paralelo. Entre sus otras novelas merecen destacarse *The Lights in the Sky are Stars* (1953; *Por sendas estrelladas*), *Rogue in Space* (1957; *Vagabundo del Espacio*), *The Mind Thing* (1961; *La Mente asesina de Andrómeda; El Ser Mente*) y *Martians, Go Home* (1955; *Marciano, vete a casa*). Casi toda la obra corta de Fredric Brown, de la que parte ha sido publicada en colaboración con Mack Reynolds, puede encontrarse en: *Space on my Hands* (1951; *Amo del espacio*), *Honeymoon in Hell* (1958; *Luna de Miel en el Infierno*), *Nightmares and Geezenstacks* (1961; *Pesadillas y Geezenstacks*), *Daymares* (1968).